

A photograph of three young women laughing and smiling. One woman is lying on her back with her head upside down, wearing a green towel. Another woman is in the foreground, laughing with her mouth wide open. A third woman is on the right, smiling broadly. The background is plain white.

Jimena

Luisa J.C



Círculo Rojo
EDITORIAL

Jimena

Luisa J.C



Primera edición: noviembre 2018

ISBN: 978-84-1317-666-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Luisa J.C

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografías de cubierta: Depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

*A mis tres ángeles
Iñaky mi hijo, a papá y a mamá.*

A Javi por su apoyo.

1

Y llegó el día.

Hace una semana estábamos de despedida de soltera de mi gran amiga Carla, cinco locas por Madrid, pero teníamos que tener un gran recuerdo de ese día y así fue.

Hoy Carla cumple su sueño, casarse de blanco en una iglesia con su amado Leo.

Estamos las cinco juntas preparándonos para la boda, Carla nerviosa perdida, pero tan feliz que hoy la perdonamos toda la guerra que nos está dando.

Va guapísima, ese vestido que tanto le ha costado encontrar le ha quedado perfecto, como un guante a ese pedazo de cuerpo que tiene ella, y de nosotras qué voy a decir, vamos espectaculares las cuatro.

Nos hemos comprado los vestidos en una tienda muy prestigiosa de Madrid, la ocasión lo merecía. Sole va con un vestido azulón, como sus ojos, Iratxe con un mono rosa, con su pelo negro suelto, Sofía va con un vestido maravilloso en tono *nude*, con un recogido precioso con esa melena color castaño y sus ojos color miel.

Y yo de rojo, con mi 1,72 de estatura y unos zapatos con un tacón de vértigo, el vestido me queda perfecto, y el color, con mi melena rubia y mis ojos azul-verdosos, es el ideal. La verdad es que tengo mucha suerte, como y no engordo. «No es ningún sacrificio tener la figura que tengo», pienso.

Son las 11.30 de la mañana y la madre de Carla nos está metiendo prisa porque la boda es a las 12.00 y deberíamos de estar saliendo ya para la iglesia, pero aquí estamos haciendo el ganso una vez más. Como dice Ángela (la madre de Carla), «ya tenéis una edad para dejar de ser tan pavas», pero nosotras nos reímos cada vez que nos lo dice, yo creo que por eso nos lo dice, en el fondo le hacemos gracia.

Vamos de camino a la iglesia, Carla en un Mercedes junto a su padre y nosotras en el coche de Iratxe, que es la que no bebe y la que nos tendrá que llevar a casa después del bodorrio, aunque iremos juntas a mi casa, que es donde vamos a ir a dormir Sole, Sofia, Iratxe y yo (Jimena). Echaremos de menos a Carla, pero ella estará más feliz que una perdiz de estar con su nuevo marido.

Ya estamos en la iglesia, esperando a que llegue nuestra novia más guapa del mundo.

Leo está esperándola en el altar y el pobre está muy nervioso y cuando la ve aparecer ya se emociona hasta tal punto que nos ponemos todas a llorar. Carla está preciosa, con una sonrisa radiante, para ella este día era muy importante y ya ha llegado.

Cuando se juntan en el altar, se miran y sonríen, «ya estamos todos», dice Leo.

La boda fue preciosa y cuando se dieron el «sí, quiero» volvimos a emocionarnos todos.

Ya están casados.

Nos vamos para el banquete, una finca situada en Torrelodones chulísima, con caballos y ruedo, aunque en esta boda quedaba excluida la capea por decisión de Carla, amante de los animales, en cambio, teníamos una impresionante discoteca preparada para después de comer.

Comimos, bebimos, nos reímos.

Carla no quería que le cortáramos la liga porque decía que eso no se llevaba ya, pero nosotras insistimos tanto que terminó cediendo.

Los amigos de Leo hicieron lo mismo con la corbata y cuando en un momento dado nos cruzamos con ellos me quedé clavada con uno de sus amigos, guapo no, guapísimo, en ese momento empezó mi cabeza a pensar cómo podía ser que no le conociera si se suponía que los conocíamos a todos, bueno, maquinando estaba yo ya para saber de todo acerca de él.

¿Cómo se llama, de dónde es, por qué no le conozco? y, lo más importante, ¿está soltero?

Ya en la discoteca en un momento en que Carla vino donde estábamos nosotras, le pregunté por el amigo de Leo.

—Se llama Arturo, tiene 40 años, no le conoces —cuenta Carla—, porque acaba de trasladarse a España después de haber estado viviendo en Escocia 7 años y sí, está soltero.

Guauuu, me vuelvo loca... y decido que voy a ir a por él.

Es un pedazo de hombre, moreno, con el pelito corto y esa barba de dos días, madre mía, loca me vuelvo de pensarlo.

Y así pasa que nos acercamos a ellos y como había muy buen rollo fue muy fácil meternos en el grupo, aunque a algunas de sus mujeres no les hizo tanta gracia el que estuviéramos como pavas, pero da igual, mi objetivo era Arturo y sabía que ninguna era de él, con lo cual, vía libre.

Accedimos a tomar unas copas con ellos y una cosa lleva a la otra, el caso es que terminamos liándonos.

Después de muchas horas danzando, decidimos que era hora de irnos, con mucha pena, porque eso significaba que el día que tanto habíamos esperado había acabado, pero ya no podíamos más.

Arturo y yo nos damos nuestros teléfonos y quedamos en llamarnos.

Ya en el coche, vamos recordando toda la boda, los novios, los modelitos, los tocados de las señoras y vamos tan contentas y tan absortas las cuatro que no nos damos cuenta de que hay un coche parado en medio de la calzada, cuando queremos reaccionar ya no nos da tiempo y chocamos con el coche, acabamos de sufrir un accidente.

Caos, mucho caos, gritos, lloros, dolor, mucho dolor.

Los ocupantes del otro coche, que estaban fuera (gracias a Dios), llaman al 112 y no tardan mucho en venir a por nosotras, aunque se nos haga un mundo, rápido están a nuestro lado y empieza el triaje para ver cuál de las cuatro está peor.

Sole, Sofía y yo salimos mejor paradas que Iratxe, que tiene las dos piernas rotas, aparte de múltiples contusiones. Los gritos de Iratxe mientras intentan sacarla del coche son escalofriantes, estamos todas en estado de *shock*.

Sole tiene un fuerte golpe en la clavícula causado por el cinturón de seguridad, Sofía se queja de las cervicales y le ponen un collarín hasta que la lleven al hospital y la valoren, y yo tengo dolor en un brazo en el cual me ponen un cabestrillo hasta que me hagan unas placas, aunque parece no estar roto.

Empieza el traslado al hospital, primero evacúan a Iratxe y después una a una somos trasladadas al hospital madrileño 12 de Octubre y, ya estando allí,

empiezan a venir Carla, Leo y, para sorpresa mía, Arturo.

Cuando salgo un momento a la sala de espera hasta que me den el resultado de la placa y me lo encuentro allí junto a mis amigos no supe reaccionar, y menos cuando se levanta de la silla, me abraza y me besa.

Qué paz sentí en ese momento, él me pide perdón —por apretujarme—, pero yo le abrazo, es lo único que quiero en ese momento, su abrazo. Carla se abalanza sobre mí llorando, no puede dar crédito a que sus amigas estén ahora sufriendo después de haber pasado un día tan especial para ella.

Sole y Sofía están dentro, aún las están atendiendo, no sabemos de ellas, pero no es grave lo que les pasa, sin embargo, Iratxe tiene que pasar por el quirófano esa misma noche, Carla dice que nos van a dejar verla antes de bajarla, espero poder estar ahí para ver a mi chica bonita.

Dos días después del gran susto, todas estamos recuperándonos, Iratxe sigue en el hospital, pero seguramente le den el alta hoy. Se viene a mi casa junto con Sofía y Sole, hemos pensado que es lo mejor, las cuatro en mi casa, así podremos cuidar de ella sin problemas.

Carla está de luna de miel en Venecia y no viene hasta dentro de 4 días, no quería ir, pero la obligamos, ya que nosotras nos haríamos cargo de todo, ella no podía dejar de hacer su viaje, no nos lo perdonaríamos.

No he vuelto a ver a Arturo, aunque sí me ha llamado por teléfono todos los días para saber de mí y preguntarme por mis amigas, «es tan mono», me pidió vernos, pero ahora no puede ser, estamos entregadas en cuerpo y alma a Iratxe, ella nos necesita ahora a todas y entre ella y el trabajo no puedo estar pensando en otra cosa, aunque pensar sí pienso en él, ya que, no sé por qué, me ha encandilado y estoy muy tonta, sí.

Nos llevamos a Iratxe a mi casa, tiene para tres meses entre escayola y reposo, pero la vamos a cuidar mucho y además, al estar juntas, vamos a pasar unos meses muy juveniles las cuatro marías juntas, menos mal que mi casa es grande y tengo habitaciones de sobra para todas, o sea, que solo se tienen que preocupar de qué habitación quieren, en el fondo somos niñas.

Dejo instaladas a la chicas en casa, después de «yo quiero esta, jo, tía esa me la había pedido yo» —lo dicho, somos unas niñas— y me voy a mi trabajo, hoy tengo turno de tarde en el hospital, soy enfermera desde hace 15 años y trabajo en el hospital de Getafe, o sea, que si la carretera va bien tengo como 20 minutos de trayecto, y es que el problema está en que la carretera de Toledo siempre va mal, con lo cual siempre tengo que salir con bastante tiempo, o sea,

que me despido de ellas hasta esta noche y ahí se quedan preparando sus cuartos.

Estamos Sofía y yo en el aeropuerto para recoger a Carla y Leo, que vienen de su luna de miel, han estado en todo momento en contacto con nosotras para saber el estado de Iratxe.

Cuando los vemos aparecer corremos a abrazarnos, están felices, ellos se lo merecen y empieza Carla a contarnos todo de carrerilla, «espera, espera, no digas nada porque lo tendrás que volver a contar cuando llegues a mi casa, ya que Iratxe y Sole están como locas por que nos cuentes cómo has pasado esos días por la plaza de San Marcos, las góndolas (qué romántico), los gondoleros cantándote y, de paso, ¡cómo están los italianos!».

Vamos derechos a mi casa porque Carla no quiere ni pasar por la suya para dejar el equipaje, quiere ver a Iratxe.

Cuando llegamos nos están esperando en el salón con un pisco labis preparado, después de los abrazos y besos nos ponemos al día, tanto nosotras como ella.

Por fin estamos juntas, cómo disfrutamos, estamos muy unidas las cinco.

2

Han pasado ya los tres meses de recuperación de Iratxe y todo ha vuelto a la normalidad, ellas han vuelto a sus casas y trabajos y yo vuelvo a disponer de mi casa para mí sola.

He recibido una llamada de Arturo y me ha invitado a cenar a un restaurante muy chulo que hay en el centro de Madrid, pero hoy no puede ser porque tengo guardia (¡¡¡ohhhhh, maldita sea, por qué!!!), así que hemos decidido vernos pasado mañana, qué ganas tengo de tenerlo cerca, porque la última vez que le vi fue en el hospital el día del accidente y, aunque he hablado mucho con él, no le he vuelto a ver.

Después de una tarde de mucho movimiento en el hospital y de estar bastante liada, me dispongo a salir y al llegar al coche me encuentro con Arturo apoyado en él. Me lanzo a sus brazos y nos besamos —qué guapo es—, hablamos durante un rato y le digo que se venga a mi casa, pensamos en dejar su moto en el aparcamiento del hospital, pero al final decidimos que es mejor que me siga y nos vamos, tengo ganas de estar con él.

Cuando llegamos a mi casa, preparo algo de beber y me voy a duchar, es lo que necesito en ese momento, quitarme el estrés con el agua caliente.

Ya estando en el salón, hablamos y hablamos y yo, necesitando más de él, le digo que me acompañe a la cama, nos vamos besando por el pasillo y al llegar a la habitación me tumba en la cama y sin parar de darme besos me va desnudando hasta dejarme con el tanga y el sujetador.

Yo empiezo quitándole la camiseta, cuando me dispongo a quitarle los pantalones suena mi móvil —nooo—, no quiero cogerlo, no sé quién es, pero me niego a que me quiten el momento de placer que tengo por delante, pero insisten y Arturo, nervioso, me dice que lo coja por si es importante. Es Iratxe, me llama para decirme que Carla está sangrando.

—¿Cómo sangrando? —digo.

—Sí —me dice mi amiga—, que parece ser que estaba embarazada sin saberlo y al ver el sangrado se han asustado y han llamado a urgencias y el médico les ha dicho que es un aborto, y que se la llevan al hospital. Las chicas van de camino para allá y yo me voy también en cuanto cuelgue de hablar contigo.

—Me arreglo y nos vemos allí —le digo.

Arturo me está mirando preocupado y cuando le cuento que Carla va de camino al hospital por un aborto su preocupación aumenta, decide venir conmigo, puesto que es amigo de Leo y quiere estar allí con él.

Nos miramos a la cara y, sin palabras, empezamos a vestirnos. Decidimos ir en mi coche y que él recoja luego la moto.

Cuando llegamos al hospital, Sole, Iratxe y Sofía están junto a Leo en la sala de espera. Todos se quedan extrañados de ver que llegamos juntos Arturo y yo, pero ninguno dice nada, no es el momento de preguntar. Nos vamos derechos a Leo y le preguntamos qué ha pasado, nos comenta que Carla empezó a encontrarse mal, con dolor de tripa, y que en un momento tenía todo el pijama ensangrentado.

—Hemos llamado al médico de urgencia y en cuanto la ha visto nos ha dicho que era un aborto, Carla le decía, «¿un aborto?, pero ¿es que estaba embarazada?». No lo sabía, yo no lo sabía y el médico ha llamado para que nos mandaran una ambulancia y la hicieran un raspado, ya que estaba de muy poco. No lo sabíamos —insiste Leo—, sí es verdad que llevaba rara unas semanas, pero no sospechamos que podía ser que estuviera embarazada.

—Bueno, ahora lo importante es que Carla esté bien y lo demás ya llegará —le digo yo, a lo que él asiente con la cabeza.

Dos horas después, sale el médico de guardia y nos comenta que Carla está bien, ha sido un aborto y que estaría de cuatro semanas, lo había expulsado todo, pero que para mayor tranquilidad la habían hecho un raspado para limpiarla todo bien, que cuando la fueran a subir a la habitación podríamos verla en el pasillo —ya que era de madrugada y no nos dejaban subir a planta—. A Leo sí, claro, pero a nadie más. Leo le pregunta cómo se lo ha tomado Carla, lo del aborto, el médico le dice que está tranquila.

Pasada una hora, nos avisan de que podemos verla. Leo va en cabeza y todos los demás detrás, pasamos las puertas y vemos a Carla en una cama, tranquila, Leo la besa y le pregunta cómo está, ella dice que bien, que tiene que estar hasta mañana en el hospital, pero que no se preocupe, que está bien. Leo se

retira para que podamos hablar con ella, y allí nos abalanzamos las cuatro a darle besos y mimos, no queremos decirle más, ya habrá tiempo, ahora solo queremos que esté bien y tranquila. Nos dice el celador que tenemos que irnos y Arturo se acerca a ella y le da un beso, Carla se extraña de verle y le dice: «¿Te ha llamado Leo?». «No —contesta él—, estaba con Jimena cuando llamó Iratxe». Ella me mira, pero no dice nada, no es el momento, además, el celador empieza a impacientarse y ya nos retiramos de la cama. «Hasta mañana, chicas», nos dice Carla y, junto con Leo, se va por el pasillo hacia los ascensores que llevan a planta.

Nosotros cinco nos damos la vuelta y empezamos a dirigirnos hacia la salida, cuando llegamos al aparcamiento nos despedimos de las chicas y, según íbamos alejándonos, oímos que dicen: «Jimena, ya nos contarás, ¡eh!» y nos echamos a reír, tanto nosotros como ellas.

Ya en el coche, me dice Arturo que si quiero que conduzca él, le digo que sí porque con el día tan largo que llevo ya no puedo más y en pocas horas vuelvo a entrar a trabajar. Llegamos a mi portal y me sujeta de la mano y me dice que no sube, que tengo que descansar y que como habíamos quedado para dos días después, que ya me llamaría. «Muy bien», le digo, aunque me da rabia, es mejor así. «Nos vemos en breve, Arturo», y él me da un beso que me deja KO. «Nos vemos», me dice, y se va. Subo para casa, me pongo el pijama y me preparo un colacao antes de irme a la cama. Me pongo a pensar en todo lo que ha sucedido hoy, y después de pensar en Carla pienso en Arturo, en lo que ha pasado, y empiezo a imaginar lo que hubiera ocurrido, nos habríamos desnudado por completo, nos hubiéramos besado hasta que nos doliera la mandíbula y habríamos hecho el amor con locura, con pasión, hasta quedarnos exhaustos..., mmm, bendita locura.

3

Al día siguiente suena el WhatsApp, voy a ver quién es y, sorpresaaaaa, Sole, Iratxe, Sofía y hasta Carla preguntándome por Arturo, tenemos un grupo hecho que se llama «las maris», bueno, ahora se llama así, porque cada dos por tres Sole le cambia el nombre, lo leo, pero no contesto, acabo de despertarme y no tengo ganas de dar explicaciones, y menos a cuatro, ¡¡uff!!, pero Carla ve que lo he leído y empieza a presionar para que diga algo, así es que las escribo «luego os cuento, que me acabo de levantar», y contestan todas que «valeee, lo entendemos», saben que acababa de salir, como quien dice, de currar cuando me llamaron para decirme lo de Carla.

Pi, pi, el WhatsApp. «Pesaditas», pienso, cojo el móvil y veo que es Arturo.

—Buenos días, Jimena, he visto que la última conexión ha sido hace un rato y solo quería preguntarte si has descansado.

—Buenos días, Arturo. Sí, he dormido y descansado bien. ¿Y tú? —le contesto.

—Sí, descansé bien, aunque me hubiera gustado no haber descansado nada y habértelo dicho antes de que amaneciera —me responde él.

Sonrío y le digo:

—A mí también me hubiera gustado que la noche hubiera sido más ajetreada, pero bueno, así podemos decir que nos queda algo pendiente.

—Nos vemos mañana a las 21.00 en tu portal. ¿Vamos en mi moto o en tu coche? —pregunta Arturo.

—Vamos en mi coche mejor —digo.

—Perfecto, pues mañana nos vemos —replica Arturo.

—Hasta mañana —le contesto.

Estoy ilusionada, no sé que saldrá de esto, pero me apetece conocerle y ver qué puede surgir, aunque no espero nada sí tengo ilusión, y es que me gusta mucho lo poco que conozco de él y lo guapo que es.

Tengo que bajar a comprar algo al súper, no tengo de nada, aunque hoy voy a estar poco en casa, ya que vuelvo a tener guardia en el hospital, pero no me gusta tener así la nevera, claro que después del tiempo que han estado mis amigas viviendo conmigo en casa, al ser cuatro, esa nevera estaba a reventar, y ahora da pena, pero bueno, hoy no va a poder ser, ya iré a comprar mañana o pasado. Claro que tendré que mirar que no falte por lo menos para desayunar por si Arturo se quedara en casa mañana por la noche. «A otro tema, que te pones a pensar en lo que puede ser y se te va el día, desayuna y empieza a organizar el día, que lo tienes bien liadito», me digo a mí misma.

Llamo a Carla para ver cómo está y qué le ha dicho el médico, si ha pasado a verla.

—Hola, Jimena —me dice.

—Anda —digo yo—, que estabas con el móvil en la mano, porque no ha sonado ni siquiera la llamada.

—Acabo de colgar a mi madre, que me ha llamado —dice Carla.

—¿Qué tal estás? —le pregunto—. ¿Has dormido bien?

—Bien —me dice—, he pasado una buena noche, después de los dolores de ayer me pusieron medicación y he conseguido dormir.

—Bien, esa es mi chica —le digo—, ¿cómo te encuentras de ánimo?

—Pues es que no me ha dado tiempo ni a asimilar que estaba embarazada ni a asimilar que ya no lo estoy. Pienso y me da pena no haber disfrutado del momento de hacerme una prueba y estar ansiosa por ver el resultado, de ver la cara de Leo al decirle que sospechaba y esperar los dos el resultado. Pero bueno, ahora no hay que darle vueltas al tema, ya que no ha sido posible. Estate tranquila, Jimena, estoy bien. Y cambiando de tema —me dice— cuéntame qué pasa con Arturo.

—No —le contesto—, cuando estés en casa quedamos las cinco a tomar un café en la cafetería que tienes debajo y os cuento, aunque no hay mucho que contar, la verdad, pero sí que os merecéis que os diga algo.

—Vale —dice Carla—, cuídate, cariño, y muchos besitos.

—Cuídate tú —digo yo—, tienes que recuperarte y ser mi chica de siempre, ¡eh!, te quiero, mi niña.

4

Hoy he quedado con Arturo, viene a recogerme a casa a las 21.00, ¿estoy nerviosa? Sí, estoy nerviosa. ¿Por qué? No sé, la verdad, pero es que parece que cada vez que nos vamos a ver pasa algo, realmente no es que parezca, es que es así. «Bueno, chica no pienses en negativo, hoy triunfáis». Todo esto me lo digo yo sola, no necesito que nadie me diga nada, ya que yo me lo guiso y me lo como, bueno, cambiemos de pensamientos, que hay que empezar a organizar el día.

Después de limpiar la casa, que además hacía unos cuantos días que no hacía nada, entre el trabajo y todo lo que ha pasado (qué más quiero), me voy a dar una vuelta por el rastrillo a ver qué hay y a disfrutar del día de sol que hace. Me compro algunas cosillas y me dispongo a irme a casa cuando oigo que me llaman, miro y es Leo.

—Hola, Leo, ¿qué haces por aquí? —le digo.

—Necesitaba comprar unas cosas para el trabajo y me vine —responde Leo.

—¿Y Carla? —le pregunto.

—En casa, está bien.

—Jimena, yo no quiero decirte nada con referencia a Arturo, pero lo ha pasado mal con su anterior pareja y solo te pido que me lo cuides, Jimena, es un buen tío y ahora parece que ya está más tranquilo.

—No te preocupes, Leo, yo no sé qué va a pasar, pero lo que sí te puedo asegurar es que no soy mala tía.

—Eso ya lo sé —dice Leo—, solo te lo quería decir para que lo supieras, no te ofendas, de verdad, Jimena, no es por ti.

Nos despedimos y nos prometemos que pronto nos vamos a ver.

—Muchos besos a mi chica, Leo, y cuídala.

—Así lo haré —dice Leo.

Por el camino no hago más que pensar en lo que Leo me ha dicho de la ex de Arturo, qué pasaría, pero no quiero meterme donde no me llaman porque a mí no me gustaría que me preguntaran por mis ex (que son unos pocos).

Llego a casa y me lío a hacerme la comida, como, recojo la cocina y me tumbo, oh, la siesta, cómo me gusta una siesta, me pongo el despertador, porque cuando duermo dejo de existir, ya pueden caer bombas a mi alrededor que no me entero, además, me lo pongo con dos horas de antelación a la cita, tengo que ir perfecta.

Suena la temida alarma y arriba, voy a ducharme y a prepararme.

Cuando termino de arreglarme faltan 15 minutos para la cita, ¿Dónde iremos?

Cinco minutos antes de la hora suena el telefonillo, descuelgo y es él.

—Ahora bajo —le digo.

—Bien —contesta él.

Cuando abro la puerta del portal, me lo encuentro apoyado en un coche, pensativo, guapísimo, y me acerco a él y tras saludarle le doy un pico, cómo me gusta este tío, madre.

—Vamos —le digo mientras le cojo de la mano—. ¿Dónde me vas a llevar?

—Vamos al restaurante que tienen unos amigos en Arturo Soria, no es muy pijo y se come muy bien.

—Vale, perfecto —le digo—, toma las llaves, que conduces tú. —Y le tiro las llaves, que coge al vuelo.

Nos montamos en el coche y vamos camino del restaurante, hablamos de trabajo y de cómo nos ha ido el día. Cuando llegamos a la zona, aparcamos en un aparcamiento y nos dirigimos al restaurante, al entrar el *maître* le saluda por su nombre y nos acerca a la mesa que él había reservado.

Nos traen la carta de vinos y le dejo que escoja él, me fío. Elegimos la cena y hablamos y hablamos, me encanta Arturo, se puede hablar de todo con él, y ninguno de los dos nos quedamos callados, la conversación fluye y nos relajamos los dos, porque sí, nerviosa venía, pero ya no lo estoy y, por lo que veo, él tampoco. Pedimos el postre, me encantan los postres, él se pide un *brownie* y yo una muerte de chocolate, y tanto que muero, me chifla. Me dice si quiero café, le digo «¿¡por la noche!?» y me río, pero él no lo pilla, es de una serie de televisión, pero claro, me doy cuenta de que él no la conoce ya que lleva poco en España, se lo explico y nos reímos juntos.

Salimos del restaurante y vamos hacia el aparcamiento, le llevo cogido del

brazo, me apetece y él no se asusta, me gusta, vamos hablando y le digo si quiere que vayamos a mi casa o nos tomamos una copa por ahí, prefiere mi casa, y yo también, la verdad.

Vamos en el coche hablando de Carla y Leo, del embarazo que no ha podido ser, Arturo dice que esas cosas le duelen, que aunque ya sabemos que es muy pequeño para él es su niño y que le dio mucha pena.

—Sí —digo yo—, a mí me pasa igual, pero si tenía que pasar esto, mejor que pasara así que no más adelante, cuando ellos ya hubieran sabido que esperaban un hijo.

Llegamos a casa y nos preparamos unas copas, nos acoplamos en el sillón y, según suelto la copa, Arturo me atrae hacia él.

—¡No sé qué hacer, Jimena!

—¿Por qué? —digo yo.

—Porque cada vez que va a pasar algo entre nosotros ocurre algo, entonces creo que me voy a saltar la copa y voy a ir a por lo que quiero, si tú quieres también, claro, me dice él.

Me sonrío.

—Claro que quiero —le contesto.

Nos besamos como si no hubiera un mañana, nos tocamos uno al otro y disfrutamos del momento de la caricia sin dejar de besarnos, me paro y le agarro de la mano y me lo llevo a mi habitación.

Ya allí, él toma las riendas y me tumba en la cama, empieza a desnudarme muy despacio, me desabrocha el pantalón, me lo quita, me coge el tanga e igual de despacio me lo quita y me besa el pubis, uff, me gusta, me abre las piernas y me coge el clítoris con los dientes y me succiona, ohh, «sigue», le digo, y él sigue hasta que empieza a darme besos en la tripa, en el ombligo, y me quita la camiseta y el sujetador, me besa un pecho y luego el otro, se entretiene en el pezón con la lengua, dándome un placer tan intenso que gimo, gimo de gusto. Sube hasta mi boca y nos besamos, ahora me toca a mí y me levanto para desnudarle, primero la camiseta, seguido de los pantalones, no hay más que quitar, no lleva calzoncillos, bien, le cojo el miembro y estando como está de duro me dedico a darle placer con mi lengua en el glande y acto seguido me introduzco el pene en mi boca, gime, me gusta.

Me monto encima de él, me introduzco el pene y empiezo a galopar, nos besamos mientras me muevo, él me toca el clítoris a la vez y yo no paro de restregarme contra él, los gemidos van siendo cada vez más intensos hasta que

yo no puedo más y llego al orgasmo, acto seguido él eyacula dentro de mí, muy mal por nuestra parte, pensamos, no nos hemos puesto protección, por embarazo no es, ya que yo tengo un DIU, pero por enfermedades de transmisión sexual sí ha sido una inmadurez.

Me tumbo a su lado, me da la mano y me dice:

—Me gustó.

—Y a mí —le contesto.

Estamos exhaustos los dos y le digo si quiere pasar la noche conmigo, me mira y me dice que sí, que le encantaría.

—No se hable más —le digo.

Decidimos quedarnos en la cama, me acurruco en él y hablamos hasta que el sueño empieza a hacer mella en mí, me disculpo y le digo que cuando Morfeo viene a por mí soy incapaz de negarme, me dejo ir simplemente, sonrío y, dándome un beso de buenas noches, me abraza y me duermo con una sonrisa en los labios.

5

Cuando me despierto, veo que Arturo no está en la cama, me levanto y voy hacia el comedor para ver si está allí, tampoco, me voy a la cocina y veo que está haciendo café en mi Nespresso, qué bien huele el café recién hecho, me ofrece una taza y me pregunta si quiero unas tostadas.

—Sí, por favor —le digo.

Mientras se hacen las tostadas me pregunta si he dormido bien.

—Uy, sí, de maravilla, he descansado bien, gracias, ¿y tú? —le pregunto yo.

—Muy bien también —me dice.

Ya con todo en la mesa, le pregunto por su familia, ya que otras veces hemos hablado de ellos, pero no me ha detallado.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres —me dice—, somos cuatro conmigo.

—¿Cómo se llaman?

—Pues Iñaky, Rosana y Mary.

—¿Qué edad tienen?

—Pues Iñaky tiene 47, Rosana, 45 y Mary, 43.

—¿Tienen hijos?

—Sí, tengo cuatro sobrinos.

—¿De qué edad? ¿Son pequeños?

—No, la más pequeña es Andrea, que tiene 18 años, Javier, que es su hermano, tiene 21, Lorena, 25 y Aitana, 28.

—Ah, son mayores ya.

—¿Te gustan los niños? —me pregunta.

—Sí, me encantan.

—¿Y tú, tienes hermanos?

—No, soy hija única, con lo cual no tengo sobrinos a los que malcriar. Siempre he echado de menos tener aunque fuera una hermana, por pedir

hubiera pedido tres, pero no pudo ser, mi madre tuvo una enfermedad y no pudo volver a quedarse embarazada, así es que me críe sola, y solo cuando me reunía con mis primos en las ocasiones importantes disfrutaba de estar rodeada de niños de edades diferentes.

—Yo, alguna que otra vez —me dice— también echaba de menos ser hijo único, porque como soy el pequeño me han hecho todas las jugarretas que te puedas imaginar, pero lo pensaba y al momento estaba echando de menos a mis hermanos.

—A mí me hubiera encantado tener hermanos, los he echado mucho de menos aun sin saber qué es, pero mis amigas, que sí tienen, cuando eran las navidades, la mesa estaba repleta de gente. Mis navidades las recuerdo muy bonitas, pero a la vez tristes, no había ese jolgorio de niños dando gritos y corriendo. Venían mis abuelos a pasar las fiestas con nosotros, mi padre siempre ponía en el tocadiscos los villancicos más famosos de coplas y lo pasábamos bien, pero muy solos.

—Te gustará pasar unas navidades con mi familia —dice Arturo—, nosotros nos reunimos dos de las cuatro comidas importantes, porque mis hermanos se reparten con sus suegros y con mis padres, pero siempre coincidimos. Yo, los años que he estado en Escocia, venía siempre por Navidad, como el turrón, me cogía siempre dos semanas para venirme a España con la familia.

—¿Cuántos años has estado viviendo en Escocia? —le pregunto.

—Siete años, me pidieron en el trabajo que si no me importaba irme a Escocia seis meses, que tenía que revisar una empresa que estábamos montando allí, yo acepté, me gustaba Escocia y, de hecho, me encanta y los seis meses que pensaba pasar allí se convirtieron en siete años, porque conocí a Megan y me encandiló, hasta hace tres meses que me vine definitivamente aquí, solo.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

—Infidelidad por su parte.

No dice más, con lo cual yo no pregunto.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo por el Retiro? —le pregunto.

—Tengo que ir a casa de mis padres, hoy van todos a comer y no puedo faltar. Te ayudo a recoger y me voy.

—No hace falta que me ayudes, tengo que hacer zafarrancho, o sea, que por dos platos y dos tazas que hemos manchado no es necesario.

—Insisto —dice—, lo recojo.

—Muy bien —digo yo.

Se levanta y se acerca a mí para darme un beso. Qué mono.

Cuando se va, me quedo pensando en cómo ha sido nuestra primera cita y me gusta lo que siento. No quiero hacerme ilusiones, la verdad, pero me digo a mí misma que disfrute de lo que vaya surgiendo.

Escribo en el grupo de WhatsApp a mis chicas.

—Hola, chicas. ¿Queréis que quedemos esta tarde a tomarnos un café y hablamos?

—Hola —dice Sole—, por mí sí.

—Buenas —dice Iratxe—, por mí también.

Carla contesta con:

—OK, dejad dicho hora y sitio, que estoy ocupada ahora, chicas.

—Buenos días, chicas —dice Sofia—, por mí sí.

—Vale, pues quedamos en el Akelarre a las 6.

6

Solemos ser puntuales las cinco, y cuando llego a las 6 están las cuatro esperándome para pedir.

Se acerca el camarero y pedimos unos cafés y una bandejita de pastelitos, que los hacen riquísimos.

Pregunto a Carla cómo se encuentra.

—Bien— me dice—, no lo estamos buscando, pero aun así nos han dicho que hasta dentro de seis meses no puedo volver a quedarme embarazada. Pero estoy bien, cariño. ¿Y tú?, cuéntanos, ¿cómo estás?

—Pues estoy muy bien, la verdad.

—Ya, eso lo imaginamos, pero queremos saber qué está pasando con Arturo, no te hagas la despistada. —Risas de todas.

—Pues no os puedo decir mucho, lo cierto es que desde tu boda, Carla, que nos liamos en la discoteca, me llamó muy a menudo por el accidente, para saber cómo estaban mis chicas y yo. No fuimos a más porque quería centrarme en vosotras y no pensar en nada más, excepto el curro. Y cuando os fuisteis de mi casa, que Iratxe estaba ya recuperada, me llamó para quedar con él y pasó lo de Carla, con lo cual no pasó nada, pero ayer sí pasó. Nos fuimos a cenar a un restaurante que él conoce, que se está de maravilla, a ver si vamos un día, aunque igual Leo lo conoce, se llama El Pocito Plateado, y genial, bueno, ya iremos. Estuvimos cenando y luego nos fuimos a mi casa, hemos pasado la noche juntos y esta mañana él se ha ido porque había quedado con toda su familia para comer. Resumen, estoy muy a gusto y muy cómoda con él, me gusta, bueno no, me encanta, la verdad. Pero no hemos hablado de nosotros aún, o sea, que poco más os puedo decir. Me encontré con Leo el otro día en el Rastro y me dijo que Arturo lo había pasado mal con su anterior pareja. Carla, ¿tú sabes algo?

—Jimena —cuenta Carla—, cuando Leo y yo fuimos a Escocia, fuimos a casa de Arturo, vivía con Megan, él es un encanto, pero ella..., menuda pájara, él se deshacía con nosotros, todo se le hacía poco, y a ella le daban unos arrebatos delante de nosotros que Arturo no sabía dónde meterse, pero nosotros hacíamos como que no tenía importancia porque para él era un trago. Cuando Leo me dijo que Arturo se venía para España, a mí no me extrañó, y que volvía porque Megan se había liado con un compañero de trabajo y que Arturo la había pillado en plena faena con el tío. Parece ser que ella, muy tranquila, le dijo que él se lo había buscado, él no dudó y le dijo que se iba. Ha estado muy jodido, pero sí que es verdad que ahora está tranquilo, yo le veo bien, la verdad. Espero que salga de todo esto algo muy bonito, porque los dos lo merecéis.

—Gracias, cariño —le digo—, eso espero yo.

—Bueno, chicas, qué hacemos, ¿nos vamos a dar un paseo?

—Perfecto —dicen todas.

Nos dirigimos hacia el parque del Retiro, nos encanta ir allí, a ver el lago y a la gente montada en las barcas, y tumbarnos en el césped.

Pasamos la tarde y cuando decidimos irnos acompañamos a Carla, ya que tenemos los coches aparcados en su zona. Nos despedimos dándonos besos y un hasta luego.

Antes de montarme en el coche, mando un wasap a Arturo.

—Hola, ¿cómo lo llevas? —Le doy a enviar y espero un rato a ver si contesta, cuando veo que no lo ha leído aún, decido irme.

Cuando llego a casa, veo que me ha contestado.

—Lo llevo bien, gracias. Ya hablaremos, chao.

7

Llevo dos semanas sin saber nada de Arturo, esto es muy *heavy*, la verdad. Sé por Carla que se ha ido a Escocia a rematar unas cosas con su ex, no sé, la verdad, creo que me merecía una explicación, aunque luego sé que no era necesario dármele porque tampoco tenemos nada claro, pero sí me hubiera gustado que me lo dijera.

Tengo unos días de vacaciones y me voy a ir a Villarrín de Campos, es el pueblo de mis padres, en Zamora (ellos decidieron irse una vez jubilado mi padre, yo me quedé, aparte de por el trabajo, porque me gusta Madrid). Tengo que despejarme un poco de todo esto.

Me encanta ir al pueblo, siempre que puedo me escapo, me da paz y allí tengo muy buenos amigos también, a los que me gusta ver y saber de ellos y de sus niños, que cada vez son más.

Cuando entro en casa, mi madre está en la cocina haciendo mi comida favorita, ¡¡esa es mi madre!!, me lanzo a sus brazos y le doy unos besos que hasta ella se agobia.

—Quita, quita —me dice.

—Ay, mamá, qué seca eres, hija —le contesto siempre.

—Tú sí que eres seca —me contesta. Nos reímos.

—¿Y papá?

—Echando la partida, ahora viene.

—Mamá, ¿cómo estás?

—Mucho mejor, cariño, he pasado un invierno muy malo, pero ya estoy mucho mejor. Y tú, ¿cómo estás, cariño?

—Bien, mamá, trabajando mucho, pero eso es lo normal.

—Y las chicas, ¿cómo están? —me pregunta.

—Bien, muy bien, Carla muy recuperada y trabajando todas mucho también.

—Me alegro, a ver si os decidís y venís a pasar unos días este verano, sabes que me gusta que estéis aquí, me encanta teneros y veros juntas.

—Lo sé, mamá, se lo propondré y a ver si pueden coincidir unos días y nos venimos todos, y si es para la fecha de las fiestas, mejor, ¡¡benditas fiestas!!

Cuando viene mi padre, me lanzo a por él.

—¡¡¡Papááá!!!

—Hola, hija, ¿cómo estás, cariño?

—Muy bien, papá y tú, ¿qué tal estás?

—Bien, bien, ¿qué tal el trabajo?

—Como siempre, mucho trabajo, pero contenta. Bueno, qué, ¿has ganado a la partida?

—Como siempre. —Risas—. ¿Lo dudabas? ¿Qué tal está Carla?

—Bien, ya está recuperada, papá. ¿Cenamos o qué? Que tengo un hambre...

Cuando estamos sentados en la mesa cenando, mis padres me cuentan que a mi tía Luisa le han dicho que tiene un tumor en el pecho, pero que es pequeño y que lo tiene muy localizado, con lo cual no creen que haya ningún problema, pero que ella está muy preocupada, y con razón, claro, dice mi madre. «Lo estoy yo, cómo no lo va a estar ella».

Yo le digo que ahora hay muchos avances y que no se preocupen, mañana iré a verla, les digo, y mi madre asiente con la cabeza. «Iré contigo», me dice.

Cuando me ponen un poco al día de las cosas del pueblo, ya es tarde y además estoy cansada, no estoy durmiendo muy bien que digamos desde que Arturo se fue, no hago más que pensar. Si me llama paso de cogerlo, y luego pienso: «No, se lo cojo y que me dé alguna explicación, no, no se lo cojo. Pero es que sé que si me llama sí se lo voy a coger porque tengo muchas ganas de oír su voz y de que me hable como él me habla». Me estoy rayando, porque a la vez pienso que no me va a llamar y me duele, me dan ganas de llorar. ¿Por qué me tiene que pasar siempre a mí, por qué no puedo conocer a un hombre y tener una relación normal?

Después de recoger la cocina, les digo a mis padres que me voy a la cama, que estoy cansada y quiero relajarme.

Les doy un beso a cada uno y me despido de ellos con un «hasta mañana, que descanséis».

—Igual —me dicen ellos.

Ya en mi cuarto, me pongo mi «piji» y me tiro en la cama, sigo pensando en él. ¿Habrán vuelto?, ¿por qué le llamó ella?, ¿le sigue interesando a él?, ¿y si no vuelve? «Uff, cambia de tema, hija, que eres muy pesadita con tanta suposición».

Pongo a cargar el móvil y me doy media vuelta para dormirme.

Mañana será otro día.

8

En el grupo de WhatsApp de las maris:

—Buenos días, chicas —dice Carla—. ¿Cómo lo lleváis?

—Buenos días. —Se une Iratxe—. ¿Cómo están mis princesas? Carla, ¿cómo estás? Yo bien, aquí, desayunando, que acabamos de bajar de la ofi.

—Bien, Iratxe, yo también estoy desayunando. Sofía, Sole y Jimena, ¿qué pasa, que todavía estáis dormidas o qué?

—Yo no estoy dormida —contesto—, aunque podía, ya que estoy de vacaciones.

—¿Que tal los papás? —dice Sole—. Bueno, antes que nada, buenos días, chicas.

—Bien —contesto—, aquí están los dos, que me voy a ir con mi madre luego a ver a mi tía Luisa, que me dijo ayer mi madre que le han sacado un tumor en el pecho.

—Ohh, pobre —dice Carla—, dale de nuestra parte muchos besos y que no se preocupe, que no va a ser nada.

—Eso le he dicho a mi madre —digo yo—, voy a ir para darle un poco de ánimo, que está bajita de eso.

Iratxe contesta con un emoticono triste.

Ellas conocen a mi tía y se llevan de maravilla con ella.

—Hola, chicas, buenos días —dice Sofía—, ¿cómo lo lleváis? Jimena, muchos besos para los papás y para la tía.

—Sí —digo—, yo se lo digo, que le va a hacer mucha ilusión.

—Ah, por cierto —digo—, me dice mi madre que a ver si nos juntamos todos este año unos días en su casa, que quiere tenernos cerca. Yo le he dicho que si podíamos nos vendríamos en las fiestas. ¿Qué os parece?

—Por mí perfecto —dice Iratxe.

—Y por mí igual —dice Sofía.

—Por mí que no sea —dice Carla—, aunque yo llevo mochila ya, ja, ja, ja.
Y Sole se une a esas minivacaciones diciendo:
—Me apuntoooo, ji, ji, ji. Jimena, cuando vengas lo hablamos y cuadramos fechas. Chicas, os tengo que dejar. Chaíto.
—Chao, princesa —le digo.
—Chao —contestan las otras.
Pero ahí no quedaba todo. Carla me dice:
—Jimena, ¿sabes algo de Arturo?
—No.
—Pues quiero que sepas que vino anteayer, no te he querido decir nada hasta un par de días después para darle tiempo a que te llamara.
—Pues no lo ha hecho —digo— y, viendo lo visto, no creo que lo haga.
Vuelvo a escribir:
—Chicas, la verdad es que no lo estoy pasando bien, intento ponerme mil excusas, pero estoy dolida.
—Es normal, Jimena, estabas muy animada con este chico, jo, tía, es que se te veía tan bien —dice Iratxe.
Carla me dice:
—Estate tranquila, Jimena porque a lo mejor necesita días para borrar todo y empezar de cero.
—No, si días tiene todos los del año —digo yo—, pero a lo mejor está aquí para recoger sus cosas y volverse a Escocia.
—No creo, pero todo puede ser —dice Carla.
—Bueno, lo dicho, Jimena, deja pasar unos días y si no te llama pues nada, das por zanjado ese asunto, pero no te precipites, a lo mejor tiene una buena explicación de todo esto —dice Carla.
—Carla —le digo—, si puede tener una muy buena explicación de todo, pero es que me jode la manera como ha actuado desde el principio, o sea, que se va y ni me lo dice. Qué menos que me hubiera dicho «perdona, Jimena, pero tengo que irme a solucionar unas cosas con Megan, mi ex», que no tengo dos años para no entenderlo. Además —insisto—, me manda un wasap diciendo «hablamos», ¡perdonaaa!
—Yo estoy contigo —dice Sofia—, qué menos que decirte algo, vamos, si pensaba que podía tener algo contigo, claro.
—Pues eso mismo pienso yo —digo.
Carla contesta:

—Chicas, no os alteréis, vamos a darle unos días y luego valoramos la explicación, si la hay. ¿No os parece?

—Sí —dice Iratxe—, vamos a esperar unos días.

—No queda otra —digo yo.

—Ánimo, Jimena —me dice Sole.

—Bueno, chicas, que me tengo que ir con la mamá a ver a la tía, ya os contaré qué pasa.

Y nos lanzamos todas muchos besos.

9

Cuando íbamos llegando a casa de mi tía Luisa, vemos que está el tío Jesús en la puerta con un señor, le pregunto a mi madre quién es y me dice que es el médico, con lo cual me asusto y acelero el paso. Al llegar, saludamos y le doy un besazo a mi tío.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—No, cariño —me dice el tío—, tranquila, el doctor ha venido a ver a la tía para ver cómo se encuentra solamente.

—¡Ah, bien! —le digo—. Con vuestro permiso, voy a entrar a verla.

Me despido de ellos. Abro la puerta y grito:

—Tíaaaa, ¿Dónde estás?

Me contesta desde la parte de arriba.

—Aquí, hija, ya bajo.

Y la veo que baja los escalones corriendo y viene a abrazarme.

—Hola, cariño, ¿qué tal estás, mi vida?

—Bien, tía, ¿y tú, qué tal? Ya me ha dicho mi madre lo del pecho, ¿cómo te encuentras?

—Bueno, pues la verdad es que cuando me lo dijeron me vine abajo, pero estoy mejor, ya me han dicho que está muy localizado y que me van a operar rápido, o sea, que estoy preparada.

La cojo de la cara y le doy muchos besos porque le agobia, como a mi madre, se ríe y me dice:

—Quita, anda,quita, qué pesadita eres hija.

—Sois la dos iguales —le digo yo—, vaya unas hermanas.

—¿Nos tomamos una Coca-Cola a la sombrita en el patio? —dice mi tía.

—Sí, tía —le digo—, y nos vamos a la cocina para prepararnos el tentempié.

No quiero agobiar a mi tía con lo del pecho, así es que no se saca más el tema. Hablamos de otras cosas y, cómo no, llega el tema del novio.

—Y tú, Jimena, ¿hay alguna novedad con respecto a algún novio?

—Pues no, tía, no hay novio.

—Pues ya se ha casado una del grupo, al final te quedas la última tú.

—Bueno, eso no me preocupa, tía. He conocido a un chico, pero hemos salido un par de veces y de momento no hay más.

—De dónde es, si se puede saber —dice mi tía.

—De Madrid —contesto.

—¿Qué edad tiene? —me pregunta.

—Buenooo, ya estamos con el cuestionario. —Risas de todas. Mi madre no habla, pero está al tanto para no perderse una, así son las hermanas, que dependiendo de quién sea el hijo pregunta una o la otra.

—No os voy a decir nada más de él, porque no hay nada entre nosotros. ¿Qué tal las primas? —le digo para sacarla del tema novio.

—Ellas están bien, Adriana, con sus gemelos, es la que está más liada, pero bueno, los deja en la guardería mientras ella trabaja y acostumbándose a ellos, porque cuando no llora uno, llora el otro, se está quedando bien delgada, sí.

—A ver si el sábado me acerco a verlos, ¡tengo unas ganas!, desde la última que los vi estarán enormes. ¿Y Gala, cómo se encuentra?

—Gala está superliada con el trabajo, ya le digo que no trabaje tanto, no debería de haber aceptado ese puesto, porque no la vamos a conocer, es que ni la vemos el pelo.

—Ya, tía, pero es un buen puesto, para eso ha estudiado la prima.

—Sí, ya lo sé, cariño, pero es que se va tan pronto y llega a unas horas que me da mucha pena, aunque ella esté encantada.

—Ya, es así, tía.

Entra el torbellino de mi tío.

—Qué, ¡tan a gustito a la sombra, eh!

—Pues sí, tío, aquí estamos en la gloria. ¿Hoy no vas a echar la partida con mi padre?

—Sí, pero luego, más tarde.

—Tía, ¿quieres venirte con nosotras mañana al mercadillo?, quiero ir a ver qué hay.

—Pues mañana quedamos en la cafetería a las 9.00 y desayunamos antes —

dice mi tía—, ¿te parece, hermana?

—Perfecto —dice mi madre, y me mira—. Nosotras es que siempre desayunamos antes de meternos en el mercadillo, que con tanto puesto que ver, haces un hambre que no veas, hija.

—Pues hecho, un buen desayuno y para los puestos a ver si encuentro los chollos de la última vez, que me llevé medio mercadillo.

Mi tío se ríe y salta mi madre:

—Y es literal, Jesús, sí, sí, medio mercadillo, íbamos cargadas como si viniéramos de vacaciones, yo no podía más y ella «vamos a pararnos en este, ay, mira esto», vaya día nos dio.

—Exageradas —les digo.

—Bueno, tíos, nos vamos que nos queremos pasar por la plaza para ver a Verónica, a ver qué tal y cómo le va la tienda.

—La tienda le va muy bien, ¿verdad, hermana?, siempre tiene mucha gente, da gusto pasar y verla llena —dice mi tía.

—Sí, da gusto, sí, es que Verónica es un encanto y sabe tratar a la clientela muy bien —dice mi madre.

Nos despedimos de los tíos y vamos rumbo a la plaza. Nos paramos varias veces a saludar a los vecinos, siempre que voy al pueblo tardo un montón en llegar a los sitios, porque todo el mundo me conoce y me paro con todos.

Cuando llegamos a la plaza, nos dirigimos a la tienda de Verónica, ya casi es la hora de cerrar, así es que cuando llegamos vemos que está sola. Entramos y, al darse la vuelta y verme, da un grito y me abraza como si no hubiera un mañana.

—Chica —le digo—, que me vas a ahogar. —Ella se ríe y nos damos dos besazos.

—¿Qué tal estás, cariño?, cuánto tiempo sin verte —me dice.

—Pues bien, ¿no me ves qué estupenda estoy? —Me rio.

—Tú siempre estás estupenda reina —me dice ella.

—Tienes una tienda preciosa, ¿cómo te va?

—Muy bien, no me puedo quejar, ha sido abrir las puertas y no parar de trabajar.

—Cómo me alegro, al final conseguiste tener El Rincón de Vero y, además, tiene encanto el sitio. Te mereces todo esto y más. Tú ya lo sabes.

—¿Cómo te va a ti por los Madriles?—me dice.

—Muy bien, trabajando mucho, pero con muchas ganas, ya sabes que

siempre quise ser lo que soy, y la verdad es que disfruto con ello.

—¡Me alegro tanto por ti! ¿Hasta cuándo te quedas? —me dice.

—Pues me quiero ir el domingo, porque entro a trabajar el martes, y así descanso el lunes en casita.

—Quedamos el sábado por la tarde y nos tomamos unas cervezas, ¿te parece? —me dice Verónica.

—Por mí genial, el sábado a las 20.00 en la puerta de la iglesia.

—OK, pues nos vemos el sábado.

Nos despedimos y salgo, ya que mi madre se salió a ver a una vecina.

Me reúno con mi madre y Carmen (la vecina), después de saludarnos y preguntarnos, nos vamos para casa, que nos está esperando el papá para comer, ya que él tiene luego su partida y no puede llegar tarde.

Comemos y después de recoger la cocina me retiro a mi habitación, quiero ver mi Facebook y los mensajes que me sonaban, pero que no se leen en la mesa, está prohibido por la mamá.

Uff, tengo 25 wasaps, pero ninguno de Arturo. Me desinflo. Abro el grupo de las maris y empiezo a leer, les mando un saludo y rápido me preguntan por mi tía.

—Chicas, ella ahora mismo está bien, la van a operar, pero los médicos le han dicho que esté tranquila, que todo va a salir bien. Esperemos que así sea. ¿Qué tal vosotras?

Carla dice:

—Echándote de menos.

—Sí —dicen las otras tres—, mucho.

—Y yo a vosotras, chicas, me voy el domingo, o sea, que si os viene bien podemos quedar en el Akelarre el lunes, que libro todavía.

—Por mí OK —dice Sole.

—Tengo una reunión —dice Carla—, pero no creo que se alargue mucho, ¿sobre qué hora quedaríamos?

—¿Qué os parece las 8? —dice Iratxe.

—Por mí bien —digo.

—Perfecto —dice Carla.

Sofía contesta:

—Vale, a las 8 el lunes en el Akelarre. Además, hay un camarero nuevo que, madre mía, chicas, le vi el otro día atendiendo la terraza, ya veréis.

—Ja, ja, ja. —Nos reímos todas.

A lo que yo añado: «Sofía y sus chicos».

—Jimena —me dice Sole—, ¿tienes alguna noticia de Arturo?

—No —contesto—, nada de nada, voy a intentar quitármelo de la cabeza porque por lo que veo él me eliminó de la suya.

—Dramática —dice Sofía.

—Sí, dramática —digo—, habló la teatrera del grupo, ja, ja, ja.

—Teatrera yo, venga ya... —dice Sofía.

—Chicas, no empecéis —dice Carla—, Jimena, estate tranquilita, ¿vale?, ya hablaremos el lunes.

—OK —digo.

—¿Qué tal tiempo hace por allí, Jimena? —dice Sole—.

—Muy bueno, la verdad —digo—, por el día calorcito y por las tardes rebequita, como dice mi madre.

—Dale muchos besos a la mamá —dice Sole.

—Sí, de mi parte también, y al papá —dice Sofía.

—Bueno, y al papá, claro —dice Sole.

—Eso, muchos besos para ellos de nuestra parte, Jimena, que se cuiden mucho —dice Carla.

—Dales muchos mimos —dice Iratxe.

—De vuestra parte, chicas, yo se lo digo luego, que ahora me he venido a la habitación a relajarme un poquito.

—Descansa, cariño —dice Carla—, os dejo, chicas, que nos vamos a casa de la madre de Leo.

—Pásalo bien, y da besos a Leo —le digo.

—Yo se lo digo. Chao.

—Chao —dicen las chicas.

—¿Tienes planes para el finde, Jimena? —me dice Sole.

—Sí, el sábado por la mañana hemos quedado con mi tía para ir al mercadillo.

—Uff, lo que vas a disfrutar —dice Sofía.

—Sí, mi madre dice que la última vez les di el día con comprarme medio rastrillo, ja, ja, ja, exagerada —digo.

—Sí, exagerada, lo que se ha quedado es corta —dice Iratxe.

—Y luego por la tarde he quedado con Verónica, chicas, tenéis que ver la tienda tan bonita que tiene.

—Qué guay, ¿qué tal le va? —dice Sole.

—Muy bien, estuve ayer con ella allí y me dijo que está supercontenta, —
digo yo.

—Dale muchos recuerdos de nuestra parte, y que nos alegramos de que le
vaya bien —dice Sofía.

—Bueno, chicas, os dejo, voy a ver qué hago o qué no hago.

—Besos para todas.

10

Día de mercadillo. Me encanta ir por los rastros de los pueblos, encuentras tantas cosas y muy bien de precio.

Hemos quedado con la tía para desayunar antes, nos despedimos de papá hasta la hora de la comida, no pensamos llegar antes.

Nos sentamos en el bar de la plaza a esperar a la tía, a la que vemos bajando por una de las calles, viene acompañada de mis primas.

Nos abrazamos y besamos y nos ponemos a charlar.

—¿Dónde tienes a los niños, prima? —le digo.

—Se ha quedado Juan con ellos, es imposible ir al mercadillo con un carro doble, me volví loca la última vez que fui y dije eso mismo, la última.

—¿Cómo llevas tener dos bebés?

—Acostumbrándome, lo he pasado un poquito mal al principio, pero ya está controlado.

—Gala, ¿y tú qué tal con el trabajo? —pregunto.

—Pues muy liada, pero muy contenta. ¿Y tú qué tal?, igual de liada, ¿no?

—Sí, Gala, muy liada también, pero me gusta lo que hago, con lo cual, encantada.

Viene el camarero a tomarnos nota, le pedimos y nos disponemos a coger fuerzas para lo que nos viene encima, además que hace calor ya, bueno, una botellita de agua para el paseo y listo.

Después del desayuno, ponemos rumbo al mercadillo, que ya está con un buen ambiente y vamos a disfrutar.

Nos paramos en uno y en otro, mis primas son como yo, mi madre y mi tía, en el puesto 22, en el que nos paramos, ya ni siquiera entran, nos dejan por imposibles, ellas a lo suyo.

A las 14.00 salimos de allí, cargaditas de bolsas, todas encantadas con las compras, y nos volvemos a ir al bar de la plaza a tomarnos una cervecita, que bien nos lo merecemos.

Nos despedimos de las primas y la tía y nos vamos para casa, que el papá estará a punto de llegar para comer, de hecho, nos lo encontramos de camino y vamos los tres riéndonos de todas las bolsas que llevamos, mi padre es que no se puede creer todo lo que he podido comprar.

Antes de comer, mando un wasap a las maris:

—Chicas, he arrasado en el mercadillo, me he comprado de todo, ya os lo enseñaré y os llevo un regalito, el lunes os lo llevo al Akelarre. Voy a comer, luego hablamos. Chao.

11

Sábado tarde.

Cuando termino de arreglarme, veo que tengo dos llamadas perdidas en el móvil, miro a ver quién es y, sorpresaaaa, es Arturo.

Pero mira tú por donde que no le voy a devolver la llamada, hoy no me apetece, tengo otros planes por delante y no me voy a amargar.

Si quiere, ya volverá a llamar.

—Mamá, me voy, mamá, ¿dónde estás?

—Aquí, hija, en la habitación de invitados.

—¿Y qué haces ahí ahora?

—Pues guardando en el armario unas mantas y unas almohadas que había puesto a lavar —me dice.

—Vale, que me voy, que he quedado con Verónica. No me esperes levantada que no sé a qué hora vendré.

—Vale, hija. Pasadlo muy bien. Adiós.

Según salgo de casa, saco mi móvil y mando un wasap de voz al grupo de las maris.

—Hola, chicas, solo deciros que cuando me estaba arreglando me ha llamado Arturo, no, no se lo he cogido (porque no lo he oído), pero tenía dos llamadas perdidas de él y no le he llamado porque no me apetece que me joda la noche, he quedado con Verónica, o sea, que vamos a disfrutar un ratito de nuestra compañía sin que nadie nos amargue.

Le doy a enviar y sigo con otro:

—Que, estéis donde estéis, lo paséis bien, yo espero que sí. Muchos besos, mis niñas.

Cuando arranco a caminar, oigo el pitido del WhatsApp y saco el móvil para ver quién es, es Carla con un mensaje de voz.

—Hola, cariño, has hecho bien, si él quiere hablar contigo que vuelva a llamarte. Pero si te vuelve a llamar, ¿se lo vas a coger?

—No lo sé, Carla, la verdad —le contesto—. Bueno, chicas, os dejo, que estoy llegando, chao.

Verónica me ve y se para a esperarme antes de entrar a la plaza, me dice que está la cuadrilla en la terraza esperándome.

—¿Todos? —pregunto.

—Pues claro, todos.

—No me jodas que los voy a ver a todos hoy, vamos, que estoy deseando.

Entramos en la plaza y allí están, madre, me emociono y todo de verlos juntos, somos un montón.

Cuando nos ven empiezan a vitorearme todos, empiezo a dar besos y nos calmamos un poco, que estamos liando una, con lo mayorcitos que somos todos, ji, ji, ji.

—Que empiece la noche, chicos —dice Mateo, y nos echamos a reír.

Pregunto a todos cómo están las cosas, cómo les va, los niños, las mujeres y los maridos, los padres y me alegra oír que todo genial. Son gente encantadora, a mí me acogieron con los brazos abiertos cuando iba a pasar el verano y se hicieron un hueco en mi corazón, los quiero tanto a todos...

Pasamos una tarde-noche estupenda, nos reímos de todo, hablamos y nos pusimos al día de todo. «Esto hay que repetirlo, chicos», decía Jorge, y todos al unísono «sííí».

Al final de la noche solo quedamos Verónica, Alberto, Marieta, Annia y yo. Los demás han desertado.

—A ver dónde vamos ahora —dice Alberto.

Marieta contesta:

—Pues vamos yendo a la churrería y desayunamos antes de irnos a casa.

—Perfecto —digo yo.

Y nos vamos los cinco a desayunar un chocolate con churros espectacular, y allí siguen las risas.

Nos despedimos diciendo que hay que repetirlo, que nos lo hemos pasado bomba, y es verdad, qué bien hemos estado todos juntos, cuánta falta me hacía esto a mí, salir y divertirme sin pensar en nada ni en nadie.

Cuando llego a casa, mi padre está levantado ya.

—Buenos días, hija.

—Buenos días —le digo.

—Papá, os he traído porras para desayunar.
—Qué ricas, voy a hacer café. ¿Quieres? —me dice papá.
—No, gracias, acabamos de desayunar —le digo.
—¿Qué tal lo habéis pasado?
—Genial, papá, nos hemos juntado toda la cuadrilla, madre mía, éramos un montón, y cuánto nos hemos reído.
—Me alegro, cariño.
—Me voy a la cama, que hoy quiero irme para Madrid.
—Descansa, cariño. —Y me da un beso.
—Ayyy, cuánto te quiero, papá.
—Y yo a ti, hija.

12

Camino de Madrid me suena el móvil en el navegador.

ARTURO.

Madre, qué hago.

Decido descolgar.

—Sí.

—Hola, Jimena, soy Arturo.

—Hola, Arturo.

—¿Puedes hablar un momento?

—Pues mira, me pillas en el coche de camino a Madrid.

—Ah, vienes de viaje.

—Sí, de ver a mis padres.

—¿Te queda mucho aún?

—Sí, —le digo.

—Pues te llamo más tarde.

—Vale.

—Hasta dentro de un rato —me dice.

—Adiós —le contesto.

Joder, qué incomodo todo, qué inoportuno. La verdad es que no sé si quiero hablar con él. Me gusta, sí, pero no me gusta cómo ha actuado. Y por otro lado me da yuyu lo que me vaya a decir.

«Céntrate en la carretera, que aún tienes camino por delante, no te vayas ahora a poner a pensar en él, que se te va el santo al cielo», me digo.

Me paro a mitad de camino a tomarme una Coca-Cola y a picar algo, así cuando llegue me tomo un vaso de colacao y listo.

Mientras estoy en el restaurante, mando un mensaje de voz a las maris.

—Chicas, voy camino de Madrid, estoy tomándome un descanso y, sorpresaaaa..., me ha llamado Arturo. Le he dicho que iba en el coche de vuelta

a casa y me dice que luego más tarde me llamaría. No sé qué pensar y ya no sé ni qué decir.

Me contesta Iratxe:

—Jimena, no te compliques, a ver qué te dice él y luego valora.

Sole me comenta que no me raye, que una vez en casa tranquilita, si me llama, que le escuche y, al igual que Iratxe, que valore.

Carla me dice que le escuche. A ver qué me tiene que decir.

—Holaaa —dice Sofia—, vente ya para acá, que te echamos de menos, ¡eh! Y lo mismo que te dice Iratxe te digo yo, no te compliques.

—Gracias, chicas —les digo.

—Seguimos manteniendo la quedada de mañana, ¿no? —dice Sole.

—Sí —decimos todas.

—Vale, entonces hasta mañana, os dejo, que tengo que hacer unas cosillas.

—Hasta mañana.

—Ya nos cuentas mañana qué ha pasado, Jimena —dice Carla—, aunque si hablas con él y necesitas hablar, aquí estamos, eso ya lo sabes.

—Ya lo sé, Carla, gracias, mi niña. Mañana os cuento qué ha pasado.

—Dinos aunque sea un «bien» o «regular» para saber algo —dice Sofia.

—Vale, os digo algo.

—Chao.

Salgo del restaurante y me dirijo al coche, vamos para casa.

He tardado más de lo normal por el atasco que me he encontrado al entrar a Madrid, pero ya estoy en casita. Me doy una ducha y me preparo para la llamada que me espera.

El tiempo pasa y nada, me preparo un colacao y cuando estoy tomándomelo, suena el teléfono.

Suspiro. Allá vamos.

—Hola —contesto.

—Hola, Jimena, qué tal el viaje.

—Pues más largo de lo normal, me he comido un atasco que no veas, pero bueno, qué le vamos a hacer.

—Quería hablar contigo, pero me gustaría en persona, no por aquí.

—Ah —contesto.

—¿Podemos quedar mañana? —me dice.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, sobre las 8, ¿te vendría bien?

—No puedo, he quedado con las chicas.

—Bien, ¿y el martes?

—Curro de mañana, o sea, que si te viene bien a ti, por la tarde.

—Sí, me va bien. ¿Te recojo a las ocho?

—Vale. A las ocho entonces —le digo.

—Bien, pasado mañana nos vemos. Que descanses.

—Gracias —contesto.

13

Me despierto tarde, no he dormido mucho durante la noche, mi cabeza no hacía más que pensar en Arturo y en lo que me va a decir.

Desayuno y me voy a dar una ducha para espabilarme.

Cuando salgo de la ducha, me arreglo y decido irme a ver tiendas y a ver si me animo. Me gustaría comprarme algo para mañana, pero no sé el qué, ya veré qué hago.

Me voy al centro comercial Parque Sur, que hay muchas tiendas de todo. Me pruebo un montón de ropa y me decido por un vestido color crudo, monísimo, que me queda genial, con unas sandalias que tengo de muchas perlas va ideal. Me quedo también con unos pantalones chinos en blancos, azul marino y rojos. Es una manía que tengo, como me guste una prenda me la compro de todos los colores, qué le voy a hacer.

Me paro a comer allí mismo una hamburguesa, con sus *nuggets* y sus patatas, me encanta la comida basura. Cuando termino de comer, me paso por unas tiendas que me faltan por ver. Ahí me compro un conjunto de sujetador y tanga precioso.

Vamos, que mañana voy a ir monísima. Ya lo digo yo.

Ya estando en casa, mando un mensaje de voz a las maris:

—Hola, chicas, cómo lleváis el día, yo muy bien porque me he dado un hartazgo de tiendas, me he comprado unas cosillas, luego os cuento.

Sole contesta:

—Cómo te lo montas, maja.

Carla dice:

—Qué morro.

Iratxe manda emoticonos y figuritas de ropa, y me dice:

—Haces bien.

Y Sofía dice que quiere verlo, que mande fotos de todo lo que me he comprado.

Ya por la tarde, llegando al Akelarre, me llama mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, qué tal el viaje, que me mandaste un simple mensaje y me dijiste que me llamarías mañana y todavía te estoy esperando.

—Es verdad, mamá, pero es que me fui de compras y se me ha pasado.

—¿De compras?, hija, pero si estuvimos el sábado en el mercadillo y te lo llevaste entero, bueno, entre tus primas y tú. —Risas. Yo también me río.

—Ya lo sé, mamá, pero esto es más serio.

—Ah, más serio. Bueno, entonces bien todo.

—Sí, mamá, estoy de camino al Akelarre porque he quedado con las chicas, vamos a tomarnos unas cervecitas.

—Muy bien, cariño, te dejo entonces. Da recuerdos a las chicas de mi parte y pasadlo bien. Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, mamá. Chao.

Cuando llego a la terraza del Akelarre aún no han llegado mis amigas y le digo al camarero que vamos a ser cinco (este tiene que ser el camarero que decía el otro día Sofía), pues sí está bien, sí.

Van viniendo mis chicas, nos damos besos y nos ponemos a cacarear, porque parecemos gallinas, todas hablando a la vez.

—Qué escándalo —dice Sole—. Chicas, por favor.

Y nos callamos todas.

Le digo a Sofía que viene el camarero y ella da un silbido.

—Madre, qué guapo es, cuando le vi el otro día me quedé como una tonta mirándole. Se le ve majo, además.

Nos saluda y nos toma nota de la bebida, le decimos que nos ponga además una ración de croquetas, que están exquisitas aquí, y se sonríe.

—Sí es guapete el chico —les digo a ellas, y todas me dan la razón.

Sofía está en otro mundo ahora mismo y le digo:

—Ánimo, Sofía, en cuanto se sepa si está soltero, a por él, no le des vueltas al asunto.

—¿Tú crees que un tío tan bueno va a estar soltero? —dice Sofía.

—¿Por qué no? —le contesta Carla.

—Pues porque no, Carla, parece mentira que no sepas lo que hay —dice Sofía.

Viene a servirnos las cervezas y nos callamos, pero en cuanto se va, volvemos a la carga.

—Sofía —le dice Iratxe—, no seas tan negativa, vamos a esperar a que nos lo digan y ya veremos qué haces después, pero a mí me da que está soltero.

—Cambiando de tema —dice Sole—, ¿y tú, Jimena, no tienes nada que contarnos?

—Pues poco, la verdad. Me llamó el domingo cuando llegué a casa y me dijo que tenía que hablar conmigo, pero no por teléfono. Que si podíamos quedar hoy, y le dije que había quedado con vosotras, que no podía.

—No me jodas que le dijiste eso —dice Sole.

—Pues sí —contesto—, porque si él se ha tirado todo el tiempo del mundo para llamarme, por qué yo voy a cancelar mis planes porque él quiera quedar conmigo el día que he quedado con vosotras. Me niego.

—¿Y que le dijiste? —insiste Sole.

—Pues eso, que había quedado con vosotras, y él me dijo que si podía ser el martes y le dije que trabajaba, pero me dijo de quedar a las 8 y le dije que vale, o sea, que mañana a estas horas estoy hablando con él.

—Joder, tía, con lo cagaprisas que eres y luego te tiras dos días para sentarte con él a ver qué es lo que tiene que decir —vuelve Sole a la carga.

—Madree, esta tiene ganas de jaleo —digo—, pues no me toques mucho las narices, Sole. —Risas.

—Es que si no querías cancelar esta reunión, haber quedado con él para cenar, o qué.

—O nada —le digo—, he quedado mañana a las 8 y punto.

Nos ponemos al día de todas las cosas que nos han pasado en el trabajo, en casa, en nuestra rutina y pedimos la cuenta.

Este camarero tan majo nos la acerca y le pagamos. Cuando nos trae la vuelta decidimos dejarle un buen bote, por lo majo, ji, ji, ji...

Nos despedimos, y me hacen jurar y perjurar que mañana, aunque sea con una señal, les diga si bien o por el contrario mal.

—Hasta mañana, chicas.

14

Martes.

Otra noche mala que he pasado.

Tengo ganas de ver a Arturo, pero estoy nerviosa por lo que pueda decirme.

Me ducho y me arreglo para irme a trabajar, me espera un día muy largo.

Cuando llego al hospital, mis compañeros me ponen al día y me preguntan por mis días libres.

Les resumo mis minivacaciones y nos ponemos a la faena.

El día es tan intenso que cuando menos miro llega la hora de salir.

Cuando llego a casa llamo a mi madre para ver qué tal se encuentran. Todo está en orden, perfecto.

Me tumbo en el sillón para echarme un ratito la siesta.

A las seis me suena la alarma. «Vamos Jimena, ha llegado el momento».

Me ducho y me arreglo, ocho menos cuarto, madre mía, cada vez tardo más en arreglarme.

A cinco minutos de las ocho, suena el telefonillo.

—¿Sí? —pregunto.

—Jimena, soy Arturo.

—Ya bajo —digo.

Suspiro antes de abrir la puerta del portal, estoy nerviosa.

Me lo encuentro apoyado en un coche, como la primera vez, y me da la misma impresión que aquel día.

Qué guapo es.

—Hola —le digo, y me acerco a darle dos besos.

—Hola —me dice—. ¿Vamos en mi moto o en tu coche?

—En mi coche. ¿Conduces tú? —le pregunto.

—OK, yo conduzco —dice él.

Mientras vamos a por el coche, le pregunto dónde vamos a ir.

—Primero vamos a tomarnos algo en una terracita, cerca del restaurante en el que tengo reserva. ¿Te parece? —me pregunta.

—Me parece bien —le digo.

Estamos tensos.

Cuando llegamos a la terraza, que, por cierto, es preciosa, nos sentamos y pedimos.

Llegó el momento.

Cuando nos sirve el camarero y se retira, él empieza a decirme:

—Jimena, te debo una disculpa, no he sabido llevar bien el asunto y no me perdono la forma en la que actué. Te pido perdón por ello.

Cuando voy a decir algo, él me corta y me dice que le deje hablar, por favor.

—Vale —le digo.

—Voy a ser claro, ¿de acuerdo? —sigue diciendo él—. He empezado pidiéndote disculpas y lo siguiente que quiero decirte es que me gustas mucho. Bien, vamos a empezar por el principio. Hace unos cuantos meses, me vine a España después de haber estado viviendo con Megan, la conocí en Escocia y me enamoró. Nos fuimos a vivir juntos, bueno, mejor dicho, me fui a vivir a su casa y aunque me lo ha hecho pasar mal, porque ha sido una relación tóxica, yo seguía muy enamorado de ella, me las ha liado bien, pero cuando la pillé con un tío en la cama, dije «hasta aquí». Y me fui.

»Me vine a España y no quise saber nada más de ella. Lo he pasado mal, pero estaba mejor cuando te conocí. Me gustaste y me gustó la manera en la que, desgraciadamente, nos fuimos haciendo amigos (por el accidente). Pero cuando empezamos a salir, me llama Megan y me dice que o voy a Escocia a arreglar unos temas que teníamos en común o se presenta en España y me la lía.

»Yo ahora mismo vivo con mis padres, hasta que me busque un piso, y lo que no podía consentir es que viniera Megan a España y mis padres vieran lo mala persona que puede llegar a ser. Es vengativa, ahora lo sé, bueno, ya lo sabía, pero no quería verlo. Ellos sufrirían. Y decidí irme en el primer vuelo que encontré.

»Que lo hice mal, sí, lo sé. Pero en ese momento no veía otra solución. Que he pensado en ti desde el momento que me mandaste el wasap, pues sí, porque sabía que lo estaba haciendo mal, sí, lo sabía, pero te quería excluir del problema. Tenía que haberte dicho que me iba a solucionar unas cosas con ella, pero no lo hice y me lo he reprochado todos los días.

»Pero a la vez no quería llamarte hasta que no solucionara todo esto. Y quería que cuando viniera a verte, esto hubiera acabado definitivamente y no te perjudicara ni a ti ni a mí. Estoy aquí, de vuelta, y ya está todo solucionado con ella. Ahora quiero ver si puede solucionarse lo nuestro, que a lo mejor puedes pensar que no hay nada nuestro, la verdad es que no habíamos hablado nada sobre nosotros, pero no sé. ¿Qué dices? Estoy nervioso.

—Yo también estoy nerviosa —digo—. Bueno, Arturo, la verdad es que me has hecho daño, porque, como bien dices, no habíamos hablado de nosotros, pero yo estaba muy ilusionada y muy bien. Habíamos pasado una preciosa noche y cuando te mandé el mensaje y me contestaste tan brusco, me dolió. Y cuando vi que el «ya hablamos» no llega, no entiendo. Y pasan los días y nada, ni un mensaje siquiera. No es que me tuvieras que contar lo que pasaba, porque no es eso, pero sí una llamada diciéndome «mira, Jimena, tengo que irme, pero en cuanto solucione el tema, nos vemos y hablamos».

—Tienes toda la razón —dice él—, no lo he hecho bien. Quiero saber si podemos retomar lo que teníamos.

—Si no tienes la costumbre de, ante un problema, coger el camino corto y desaparecer... —le digo.

—No, Jimena, no es mi forma de actuar normal, pero sí que es verdad que no veía otra solución en este caso. No quería mezclarte en esto, y cuando regresara hablaría sobre nosotros.

—¿Qué quieres que hablemos? —le digo—. Cuéntame.

—Me gustas mucho, Jimena, y quisiera que, si tú estás de acuerdo, me dieras la oportunidad de empezar una relación contigo. He pensado mucho en ti y quiero ver qué pasa. ¿Qué me dices, Jimena?

—Para serte sincera, sí. Tú también me gustas y sí me gustaría empezar una relación contigo.

Se acerca a mí y me da un beso, sonrío, y me dice que está muy nervioso.

—Yo también, Arturo.

—¿Qué has estado haciendo en mi ausencia? —me pregunta.

—Me fui al pueblo a ver a mis padres y a pasar unos días con ellos.

—¿Cuando te llamé el domingo venías del pueblo? —me pregunta.

—Sí —le digo.

—¿Cómo se encuentran tus padres? —me dice.

—Bien —le digo—, allí están de maravilla, la verdad es que es otro modo de vida, todo tan relajado y tan tranquilo...

Llama al camarero y pide la cuenta. Después de pagar, me coge de la mano, se levanta y me dice:

—Vamos a cenar, ¿te apetece?

—Sí, tengo hambre —le digo.

Y vamos agarrados de la mano dando un paseo hasta el restaurante, que no está muy lejos de donde nos encontramos.

Una vez en el restaurante, pedimos la cena, hablamos y hablamos. Cenamos. Y cuando salimos vamos dirección al coche y le pregunto si quiere ir a mi casa.

—Me encantaría —me dice.

—Pues llévame a casa, Arturo.

«Qué bien suena eso. Cuánto le he echado de menos», pienso.

Cuando llegamos a casa ya es tarde, nos ponemos una copa y nos salimos a la terraza de mi casa, bueno, según Sole no es una terraza, es otra casa. La verdad es que tiene 70 metros cuadrados y la tengo muy mona puesta.

Allí estamos tan a gusto, hace una noche maravillosa, y maravillosa espero que sea para nosotros.

Cuando vengo de poner otra copa, Arturo me coge de la mano y me abraza, noto tanto cariño en ese abrazo, le necesitaba tanto...

—Perdóname, Jimena —me dice—, esto no va a volver a pasar.

Y me besa, me besa con tanta pasión que me derrito. Claro que no va a volver a pasar, porque ya está todo hablado y ahora sí sé lo que tenemos entre manos. Tengo mariposas en el estómago y voy a luchar para que sigan ahí. «Me gustas y quiero que seas mío», pienso.

Entonces me mira y espera una respuesta.

—Perdonado —digo—, ahora bésame otra vez.

Y lo hace, con esa pasión que pone, mi piel se eriza, tengo ganas de él, quiero tenerlo dentro y que gocemos juntos.

Me coge en brazos y me lleva para la habitación, me tumba en la cama y se echa sobre mí, nos besamos, nos tocamos como dos desesperados y nos vamos desnudando poco a poco.

Desnuda ante él, me hace sentir una reina por cómo me mira, qué mirada tan intensa tiene, con esos ojos azules y esa piel tan morena, qué contraste. Es todo sensualidad, me acelera el corazón, me vuelve loca y sé que me va a volver más loca aún cuando me haga suya.

Cuando está desnudo del todo, se vuelve a echar sobre mí y me penetra. Uff,

qué gusto, se mueve y se restriega sobre mí, estamos los dos muy acelerados y tenemos ganas uno del otro.

Qué placer.

Nos giramos a la par y acabo encima de él, quiero cabalgarle, quiero poner el ritmo, quiero ver cómo su cara va cambiando ante el placer que le voy a dar.

Quiero ser yo.

Y cuando no puedo aguantar más, cuando mi cuerpo está sudoroso como el suyo, grito, grito de placer y acto seguido lo hace él.

Me dejo caer encima de él, estoy agotada, tenemos la respiración acelerada y estamos los dos sudorosos.

—¿Nos damos una ducha?

—Sí, la necesitamos —dice él.

Y nos levantamos, voy a preparar el baño y a por toallas para él.

Nos metemos en la ducha y empezamos a tocarnos y a besarnos, nos ponemos cardíacos y entonces me pone contra la pared y me penetra, una y otra vez, a la vez que me toca el clítoris y me deshace, el agua cayéndonos encima y los gemidos de placer de los dos inundan el baño, hasta que mi cuerpo da un espasmo y me corro de nuevo, él después.

Nos secamos y nos tumbamos en la cama, abrazados, y nos quedamos dormidos, cuando amanece seguimos abrazados.

Estoy feliz.

15

Después de haber pasado la mañana con Arturo, me preparo para irme a trabajar.

Hemos quedado en vernos mañana.

Mando un wasap a las maris:

—Chicas, siento no haberlo hecho antes, pero no pude, estaba muy ocupada con Arturo.

—Todo OK.

—Ya os contaré.

—¿Todo OK? —dice Sole—, ¿solo nos vas a decir «todo OK»? Ya te vale, tía, ja, ja, ja —insiste.

—¿Cuándo vamos a quedar para que nos cuentes? —dice Carla.

—Yo entro ahora a currar —digo— y mañana he quedado con él, el viernes podría.

—Jo, el viernes yo no puedo —dice Iratxe.

—¿Quedamos el sábado a tomarnos el vermú en el Akelarre? —pregunta Sofía.

Y Sole dice:

—Uy, uy, Sofía quiere en el Akelarre, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, me meo —dice irónicamente Sofía.

—Chicas, portaos bien —dice Carla—, siempre quedamos en el Akelarre, Sole, no te metas con Sofía. Iratxe, ¿tú puedes el sábado para el vermú?

—Sí —dice Iratxe.

—¿Quedamos a la una en el Akelarre entonces? —pregunta Carla.

—Sí —contestamos todas.

—Pues hasta el sábado, chicas, que tengáis un buen día, os dejo que tengo que seguir currando —se despide Carla.

—Yo también me voy para el curro —digo—, tened buen día. Besitos.

—Igual os deseo —dice Iratxe.
Emoticonos de besos nos manda Sole.
—Chao, brujis —dice Sofía.

Hoy en el hospital hemos tenido muchísimo jaleo, soy enfermera de urgencias y hay días que te hacen plantearte la vida de otra manera, hemos tenido el caso de un joven de 35 años que venía en parada, hemos intentado hacer todo por él, pero no ha podido ser.

Ha fallecido.

Y cuando ves estos casos es cuando te das cuenta de que hay que disfrutar de la vida, que no sabemos lo que tenemos por delante, por eso no merece la pena hundirte por nada, disfruta de lo que tienes alrededor y de tu gente.

En mi descanso, llamo a mi madre, necesito hablar con ella, porque estas situaciones te trastocan y quiero escuchar la calma con la que habla mamá.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿qué tal, cariño?

—Bueno, hemos tenido una parada de un chico de 35 años y no hemos podido hacer nada por él —le digo.

—Oh, cariño, cuánto lo siento. Qué pena, tan joven.

—Sí, mamá, una pena.

—Y ¿qué es lo que le ha pasado?

—Le van a hacer la autopsia, pero parece ser que ha sido una muerte súbita. Estaba en casa, empezó a ponerse malo, llamaron a la ambulancia y viniendo de camino al hospital entró en parada y no hemos podido sacarle.

—Qué lástima, hija, tan joven.

—¿Y la familia? —pregunta mamá.

—La familia está destrozada, mamá, los padres, la mujer, los hermanos, todos hundidos. No daban crédito a lo que se les estaba diciendo.

—Normal, cariño, para unos padres que te digan que tu hijo ha muerto es antinatural. Eso no debería de pasarlo ningún padre.

—Aun así, mamá, han querido donar los órganos, eso es un buen gesto. Dentro de su dolor han pensado en otros.

—Sí, hija, es un buen gesto. Ojalá pueda ayudar a unas cuantas personas.

—¿Tenía hijos? —pregunta mi madre.

—Sí, dos. Un niño de cuatro años y una niña de dos —le cuento.

—Pobres hijitos, crecer sin su padre —dice mamá.

—Tengo que dejarte, mamá, ya hablaremos, ¿vale?

—Vale, hija, estate tranquila, habéis hecho todo lo que podíais por él. No sufras.

—Lo sé, mamá, pero hoy ya tienes el mal cuerpo para todo el día, es así, mi trabajo es así. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, hija mía, besos de papá.

—Muchos besos para él también y dile que le quiero.

—Lo haré. Adiós, cariño.

—Adiós, mamá.

Cuando cuelgo de hablar con mi madre, veo que tengo wasap, miro y es de Arturo.

—Hola, preciosa.

—¿Cómo llevas el día?

Le contesto:

—Hola. Día triste, no hemos podido hacer nada por un joven de 35 años. Pero bueno, así es la vida. Tú ¿qué tal? —le pregunto.

Él me contesta:

—Cuánto lo siento. Yo bien, pensando mucho en ti.

—Y ¿qué piensas? —le pregunto.

—La noche que hemos pasado, lo pienso y me excito. Y que me gustas mucho, Jimena.

Sonrío y escribo:

—Sí, hemos pasado una buena noche, yo también he pensado en ello y me gusta lo que siento al pensarlo.

—¿Quieres que quedemos cuando salgas de trabajar y nos tomamos algo?, así desconectas un poco de lo que llevas pasado en el día.

—Pues sí, me apetece, sí.

—¿Te recojo en tu portal a las once? —me pregunta.

—Perfecto, a las once. Tengo que dejarte — le digo.

—Muy bien, luego nos vemos.

—Chao —le digo.

—Tengo ganas de verte. Hasta luego —me contesta.

—Yo también. Besos.

Y me manda emoticonos con besos.

«Qué mono», digo.

Después de un día tan duro, cuando llego a mi casa lo primero que hago es darme una ducha, me alivia del estrés que he pasado. La adrenalina del momento te pasa factura después. Pero una ducha es un buen remedio y eso hago.

Me preparo para cuando venga Arturo y vayamos a tomar algo a alguna terraza de esas que él conoce y que son preciosas.

Me encantan las terrazas de Madrid.

Bueno, en general me gustan todas, pero sí que es verdad que en Madrid las hay preciosas y se está tan a gusto en ellas.

Llaman al telefonillo y voy a contestar que ya bajo cuando me dice Arturo: «Abre, que subo un momento».

Le abro y espero a que suba.

Cuando sale del ascensor, le veo con un ramo de flores precioso.

Sonrío.

Se acerca a mí y me da un beso que me deja KO.

—Esto es para ti —me dice.

—Precioso —le digo—, me encanta. Gracias.

—No hay de qué —dice él.

—¿Y a qué viene esto? —le pregunto.

—Viene a que has tenido un día amargo en el trabajo y porque te lo mereces. —Y me vuelve a besar.

—Pasa —le digo—, vamos a ponerlo en un jarrón con agua y unas aspirinas para que me dure mucho.

Busco el florero y coloco las flores. Son preciosas. Las miro y sonrío.

—Sonrías, eso es bueno —dice él.

—Sí, es muy bueno. —Nos reímos los dos.

—¿Nos vamos?

—Sí, vámonos.

Decidimos ir a una terraza que hay cerca de mi casa, así vamos dando un paseo, ya es tarde, pero con estas noches tan calurosas hay bastante gente por las calles.

Cuando nos sentamos, viene el camarero y le pedimos unas cervezas. Hoy vamos andando, con lo cual nos las podemos beber.

Me pregunta por el día que he tenido.

—Malo, Arturo, siempre te pasa lo mismo, estás preparada para ello, porque encima estoy en urgencias, lo veo a menudo, pero siempre te trastoca, y más cuando es joven.

—Yo no podría estar donde tú —me dice.

—Te tiene que gustar, está claro, yo disfruto con mi trabajo y lo vivo como si fuera siempre el primer día, con mucha ilusión, estudié para ello y me sacrificué para estar donde estoy. Lo malo que tiene es la muerte, la gente se cree que no te afecta, pero sí lo hace. Tienes que vivir con ello, es tu trabajo.

—¿Tenía hijos? —me pregunta.

—Sí —le digo. Le resumo un poco la historia y le pregunto que tal el día para él.

—Mi día ha sido muy raro, estaba en la oficina, pero también estaba en tu casa, contigo, haciéndote el amor, disfrutando contigo y haciéndote disfrutar a ti.

Sonrío.

—O sea, que has estado en varios sitios a la vez, eso está muy bien.

Me acerco y le beso. Y le susurro:

—¿Quieres hacer realidad todo lo que has imaginado hoy?

Él cierra los ojos y cuando los abre me dice:

—Estoy deseándolo.

—Pues para qué vamos a perder más tiempo, nos tomamos la cerveza y nos vamos a mi casa, que vamos a recrearnos uno en el otro.

Y así hacemos, nos vamos dando un paseo hasta mi casa y cuando cierro la puerta, me apoya contra ella y me empieza a besar, me besa el cuello, la oreja, me eriza la piel, y me quita la camiseta y el sujetador.

Me besa los pechos, va bajando hasta mi ombligo y me desabrocha los pantalones, me los baja y mete su cabeza entre mis piernas, me besa el pubis y me baja el tanga. Sube para arriba y me coge la boca, mientras me introduce un dedo, que mete y saca a la vez que me restriega el clítoris, qué placer estoy sintiendo. Estoy húmeda, estoy deseosa de él, quiero más.

Le quito la camiseta, mientras nos besamos le desabrocho los pantalones y me encuentro con el pene duro, me agacho y me lo introduzco en la boca, lametones, muevo mi lengua para darle el mismo placer a él y nos volvemos locos los dos.

Estamos muy excitados.

Nos vamos para el dormitorio, solo queremos poseernos uno al otro, una

lucha de darle placer al otro al igual que recibirlo.

Y lo conseguimos, disfrutamos, gozamos y nos desahogamos de la mejor manera que hay. Haciendo el amor hasta recibir el máximo placer.

Cuando terminamos, nos vamos a la ducha, estamos empapados los dos.

En la ducha, más tocamientos, más placer, más sexo.

Me quedo extenuada, me tiemblan las piernas, «no puedo más», le digo, «me flojean las piernas, Arturo», él se ríe y me coge en brazos para llevarme a la cama.

Me tumba y me pregunta:

—¿Puedo quedarme a dormir? Lo único, que tengo que madrugar para ir a la oficina, tenemos una reunión y hay algunas cosas que hacer antes.

—¿Solo a dormir? —le digo, y me río.

—Estoy para lo que necesite la señorita —dice.

—Claro que sí, me encanta que te quedes, me gusta sentirte —le digo.

—¿Pero si no te enteras? —dice él.

—Sí me entero, te enredo la pierna entre las tuyas —le digo.

—Cierto, lo he notado sí —contesta él.

—Eres mío, ji, ji, ji.

Me abrazo a él y al momento me duermo.

Cuando me despierto, ya no está. Veo que hay una nota en la almohada, la cojo y la leo.

Gracias por todo. Eres maravillosa.

Besos.

«Tú sí que eres maravilloso», pienso.

Me da miedo pensar mucho en lo que tenemos, no quiero hacerme muchas ilusiones, pero estoy tan a gusto con él que he decidido dejarme llevar y que vaya pasando el tiempo y ver qué pasa.

Mando un wasap a las maris:

—Buenos días, chicas, ¿cómo lo lleváis? Yo estupendamente con Arturo. Me hace volar. Ja, ja, ja.

Ellas están trabajando, o sea, que no espero respuesta.

16

Me levanto y me voy derecha a desayunar, tengo hambre. Me preparo un colacao y unas galletas. Me dispongo a ver el periódico a través del móvil cuando suena el teléfono.

Es mi madre.

—Hola, mamá —le digo toda feliz.

—Hija, estamos en el hospital con tu padre, se ha caído y se ha roto la cadera.

—Mamá, soluciono el tema del curro y te llamo.

—Vale, cariño.

Llamo a Angela, mi superiora, y le comento lo que ha pasado, tengo tres días por ingreso, pero quiero saber si, en el caso de que la cosa empeore, puedo disponer de más días.

Me dice que tranquila, que me vaya, que ya lo solucionará ella.

No sabe cómo se lo agradezco, no tengo ninguna queja con ninguno de mis compañeros, siempre intentamos ayudarnos unos a otros, pero cuando te toca a ti, lo valoras mucho más.

Llamo a mi madre:

—Mamá, que preparo la maleta y me voy para el pueblo, ¿vale?

—Sí, cariño —dice mamá.

—Estate tranquila, ¿de acuerdo? Nos vemos en un rato. Besos para los dos.

Mando un wasap a Arturo:

—Arturo, tengo que irme al pueblo, me ha llamado mi madre, mi padre se ha caído y se ha roto la cadera. Ya hablamos. Besos.

Al momento me llama Arturo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—Mi padre se ha caído y se le ha roto la cadera, no sé nada más, imagino que le operarán mañana, no sé.

—¿Quieres que vaya contigo Jimena? —me pregunta.

—No, Arturo, gracias —le digo.

—Jimena, estoy aquí para lo que necesites, ¿de acuerdo? Llámame a cualquier hora, ¿vale?

—Vale, gracias, Arturo. Te tengo que dejar, que voy a hacer la maleta y me voy.

—No me hace mucha gracia que conduzcas hasta allí con los nervios. ¿Te puedo llevar yo y luego me vuelvo en tren?

—Arturo —le digo—, es una paliza eso que dices. Además, tienes muchas cosas que hacer, seguramente estés aún en la reunión.

—Da igual, Jimena, de algo tiene que valer el puesto en el que estoy. ¿Puedo acompañarte?

—Me encantaría —le digo.

—Nos vemos en tu casa en una hora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le digo.

Me pongo a hacer la maleta y a dejar recogida un poco la casa mientras espero a Arturo.

Cuando llama al portero, le digo que ya bajo.

Suspiro.

¿Por qué siempre suspiro antes de abrir la puerta del portal?, me pregunto.

Pues porque te vas a encontrar con el adonis que te hace mover las maripositas en el estómago.

Cuando abro la puerta y le veo allí plantado esperándome, me lanzo a sus brazos y le beso.

Me abraza y me dice:

—Vamos, cariño, yo te llevo.

Cariño, me dice, cómo me gusta.

Él conduce, eso me deja a mí más tranquila, estoy nerviosa por papá, espero que todo salga bien, que no haya complicaciones y que se recupere pronto, esto va a ser para él un mazazo, acostumbrado a la vida que lleva de independencia total.

Me saca de mis pensamientos.

—Jimena, ¿tus padres saben algo de mí?

—Mi madre, sabe que habíamos quedado y que nos llamábamos, pero no sabe nada de ahora.

—Ah, pues quiero conocerlos.

—¿Hoy? —le pregunto.

—Sí, hoy, si no tienes ningún inconveniente —me dice.

—No, claro que no tengo ningún inconveniente. Si cuando llegemos todavía quieres subir a verlos, sube.

—Quiero pasar esto contigo, si me dejas —me dice.

Le miro, y le digo:

—Me encantaría, Arturo, pero también piensa todo lo que tienes que hacer en Madrid. Vamos a ver qué nos dice el médico y según veamos así hacemos. ¿Te parece?

—De acuerdo —me dice.

Paramos para ir al baño y aprovechamos para bebernos una Coca-Cola.

Seguimos el camino y en una hora estamos allí.

Aparcar cerca del hospital tiene su intrínquilis, decidimos dejarlo en el aparcamiento, dice Arturo que, si eso, baja luego él, pero que no me preocupe por eso.

Preguntamos en urgencias por mi padre y nos dicen que están hablando los médicos con él y con mi madre.

—¿Podemos pasar, por favor? —le digo.

—Yo les acompaño —dice la enfermera, que oye la conversación.

—De acuerdo —dice la señora de recepción—, pónganse estas pegatinas para poder entrar y salir.

—Gracias —le digo.

—Muchas gracias —contesta Arturo.

La enfermera nos lleva hasta el box donde está mi padre, llama a la puerta y le dice al médico que están sus hijos aquí.

—Que pasen —dice el médico.

Mi madre, al oír «sus hijos», sube las cejas, pero cuando nos ve entrar a Arturo y a mí, su cara era un poema. Eso no lo hubiera imaginado ella ni en sueños. Pero no dice nada, el médico nos dice que a primera hora de la mañana le van a operar y que mañana nos ve.

Antes de irse, nos dice que, aunque está ahora con medicación, si necesita que se le administre algo para el dolor solo tenemos que llamar.

—Gracias —le decimos todos al unísono.

El médico nos mira, se sonrío y se va.

Me lanzo a dar besos a mi padre y luego a mi madre y les digo:

—Papa, mamá, os presento a Arturo, ha querido acompañarme para que no

hiciera el viaje yo sola.

Arturo besa a mi madre.

—Me llamo Marta —dice ella.

—Arturo —dice él, y se acerca a darle la mano a mi padre.

—Alejandro —dice mi padre.

—Arturo —contesta él—. Encantado de conocerles.

—Lo mismo te digo, hijo —dice mi madre—. Y gracias por acompañar a Jimena.

—No hace falta dar las gracias, lo he hecho encantado.

—Aún así, gracias —insiste mi madre.

—¿Cómo te has hecho esto, papá?

—Pues he tropezado, pero es que no sé ni con qué, y mira la que me he liado.

—Bueno, mañana te operan y ahora estas operaciones las hacen muy bien, ya verás cómo va a salir todo bien —le digo.

—Eso espero, con lo poco me gustan a mí los hospitales —dice papá.

—Ya lo sé, pero ya verás cómo rápido estamos en casa.

Mi madre no hace más que mirar a Arturo. Qué estará pensando.

—Mamá, ¿quieres que te traigamos algo de beber o de picar?

—Tráeme agua, de comer no quiero nada.

—Arturo, vamos a la máquina a por un agua. Ahora venimos.

—Vale —dicen los dos.

Según cierro la puerta, imagino a mi madre diciéndole a mi padre «¿qué te parece, Alejandro?, ¿será su pareja?». Cómo la conozco.

Cuando salimos al pasillo, Arturo me da la mano y juntos nos dirigimos a la máquina a por un agua para la mamá.

—Me gusta que estés aquí, Arturo —le digo.

—Me alegro, no quería que pensaras que me estaba metiendo en tu vida sin tu permiso, pero sí sabía que tenía que venir contigo. ¿Puedo quedarme hasta después de la operación? —me pregunta.

—Claro que sí, pero ¿puedes faltar al trabajo? —le digo.

—Por supuesto, sin problema —me dice.

—Entonces tengo que decirte que me encanta que me acompañes, aunque luego mi madre se dedicará a hacerte unas cuantas preguntas, tú verás lo que le contestas. —Nos reímos.

Volvemos a la habitación, mis padres tienen una relación bonita, son el uno

para el otro. Me gusta verlos así. Cuando entramos, se callan.

—Oh, ya estáis aquí —dice mi madre.

—Sí, mamá. Arturo se queda hasta después de la operación.

—Muy bien —dice mi madre, ¿es necesario prepararle la habitación de invitados o no hace falta?

Qué manera más sutil de preguntar «¿vais a dormir juntos?». Sonrío.

—No hace falta, mamá.

Y se miran los dos, pillines, ya está todo hablado con esa mirada que se han echado los dos.

Pasamos la tarde en el hospital junto a papá, y a las nueve de la noche él mismo nos dice que nos vayamos a descansar, que mañana tenemos un día largo allí, y que él quiere dormir.

—A ver si puedo —dice el pobre.

Nos despedimos de él y salimos hacia el aparcamiento del hospital, mi madre no para de hablar con Arturo, ella es así, siempre pendiente del invitado.

Me gusta verlos hablando, porque veo en Arturo cómo mira a mi madre, la escucha, esa mirada tan atrayente que tiene y esa ternura que sueltan sus ojos.

Conduzco yo y mi madre le cede el puesto de copiloto a Arturo, llegamos a casa y dejo el coche en la misma entrada.

—Esta es mi casa —le digo a Arturo—. Bienvenido.

—Gracias —me dice—, es preciosa.

—Sí —dice mi madre—. La renovamos hace unos años y estamos muy orgullosos de ella.

Cuando entramos, le digo a mi madre que vamos a subir las maletas arriba, ahora que lo pienso, Arturo venía con una maleta, qué bueno, ya tenía pensado lo que iba a hacer. Muy sigiloso él.

—Vale —dice mi madre—, yo voy a darme una ducha y hago algo de cena.

—No, mamá, no hagas nada, picamos de lo que haya.

—¿Seguro? —pregunta ella.

—Sí, seguro. Nosotros vamos a darnos una ducha también y bajamos.

—Perfecto —dice mamá.

Ya arriba y en mi cuarto, le digo a Arturo:

—Anda, ¿cómo es que venías con maleta?

—No quería no poder quedarme por no llevar algo de ropa —me dice él.

—Me gusta tu decisión, Arturo.

—Y tú me gustas a mí —dice él.

—Y tú a mí —le digo—, ¿nos duchamos?

—¿Juntos? —pregunta.

—Claro, así ahorramos tiempo.

Me acerco a él y le beso. Nos vamos al baño y nos desnudamos, mientras el agua se calienta, nosotros aprovechamos para tocarnos y besarnos.

Una vez dentro de la ducha, nos enjabonamos uno al otro y una vez enjabonados los dos, me levanta, yo le enrosco las piernas a su cintura y me penetra, qué placer, Dios mío, nos movemos como podemos, disfrutamos de nuestros cuerpos, gozamos y en el éxtasis final, nos besamos para que no salga ni un ruido de esa ducha.

Cuando bajamos al comedor, mi madre tiene preparado un tentempié. Nos pregunta qué queremos beber y, una vez servidos, empezamos a cenar.

Mi madre le pregunta a Arturo de dónde es.

—De Madrid —dice él.

—¿Tu familia es de Madrid? —pregunta mi madre.

—Sí, somos gatos. Unas cuantas generaciones.

—¿Tienes hermanos? —sigue inquiriendo mamá.

—Sí, somos cuatro conmigo.

—Eso le gusta a Jimena, familias grandes. ¿Verdad, cariño? —me pregunta a mí.

—Sí, mamá. Pero no los conozco aún —le digo.

—Ah, lleváis poco tiempo saliendo, ¿no?

—Sí, mamá, y tú has conocido a Arturo por la situación.

Arturo me mira y me sonrío.

—Vale, vale —dice mi madre—. Pues me alegro de haberte conocido, Arturo, aunque haya sido antes de tiempo, según Jimena, pero tengo que decir que me gusta lo que veo y me alegro de ponerte cara.

—Muchas gracias —dice Arturo—, yo también me alegro de haberles conocido, aunque haya sido en un mal momento.

Cuando cenamos, nos relajamos en el sillón, mi madre al rato dice de irse a la cama, está cansada.

—Sí, mamá, acuéstate, que mañana nos espera un día muy largo en el hospital. A las 7 nos levantamos, ¿vale, mamá?

—Perfecto, hija. —Y se acerca a mí a darme un beso de buenas noches y luego se acerca a Arturo a darle otro beso de buenas noches—. Que

descanséis —nos dice.

—Igualmente, Marta —le dice Arturo.

—Que descanses —le digo yo.

Cuando desaparece del salón, miro a Arturo y le digo:

—Esa es mi madre, la mejor madre que me podía tocar. Todo lo que yo quiero, para ella es sagrado.

—Es una persona maravillosa —me dice Arturo, y me llega al alma que, aunque la conozca desde hace apenas unas horas, haya visto en ella todo lo que desprende. Amor, ternura...

—¿Nos acostamos? —le pregunto a Arturo.

—Sí, vamos a la cama, que tienes que descansar, cariño.

Y juntos, de la mano, subimos a la habitación.

Nos desnudamos, nos ponemos el pijama por si acaso.

Me abrazo a él, me encanta cómo encaja mi cuerpo en el suyo, cómo nos amoldamos. Me gusta que me abrace con esa fuerza. Me siento protegida.

Hablamos hasta que no puedo seguir manteniendo los ojos abiertos.

Mañana será otro día.

Felices sueños.

—¿Familiares de Alejandro Montejo? —pregunta el médico.

Nos levantamos los tres de golpe.

—Sí —dice mi madre.

Tras pasamos la puerta y en el mismo pasillo nos dice el médico:

—Todo ha salido bien, ahora mismo está en reanimación hasta que se le pueda subir a planta.

Mi madre suelta el aire que sin querer estaba reteniendo.

—Gracias —le dice mi madre al médico.

Le paso un brazo por el hombro y la atraigo hacia mí.

—Ya pasó todo, mamá, estate tranquila. —Y le doy un beso.

Arturo nos observa, y antes de que el médico se vaya le dice:

—Gracias, doctor.

—No hay de qué. Cuando puedan verle les avisaremos.

Pasada una hora, nos vuelven a llamar para que podamos verle, aún no van a subirle a planta, pero ya está despierto.

Entramos un momento, que es lo que nos dejan, y allí está él, solo, que indefenso le veo. Qué pequeñito se ve, con lo poco que le gustan a él los hospitales.

—Hola, papá —le digo, y me acerco y le doy un beso—. ¿Cómo estás?

—Bien —dice.

Mi madre se agacha y le besa, cómo me gusta verlos dándose esos besos.

—¿Cómo estás, cariño? —le pregunta mi madre.

—Estoy bien, el médico me ha dicho que todo ha salido bien.

—Sí —dice mi madre—, eso nos ha dicho a nosotros.

—Ahora a recuperarte, cielo.

—Sí, ahora tendré que hacer rehabilitación, según me ha dicho el médico.

—Tú no te preocupes de eso ahora.

Nos dicen que tenemos que salir ya.

—Te esperamos en la habitación, papá.

—Vale, hija, os quiero.

—Y nosotras a ti, cariño —dice mi madre.

Le lanzo un beso y nos vamos.

Como aún le queda para que le suban, convencemos a mi madre para ir a la cafetería a comer algo.

Ya han pasado los nervios y ya le entra algo en el estómago. Después de comer, nos vamos a la habitación y esperamos a que llegue.

Cuando le suben ya es tarde, y mi madre quiere quedarse con él a pasar la noche. No quiere dejarle solo.

Lo veo normal y pasado un rato Arturo y yo nos vamos para casa.

Antes de que lleguemos a casa nos paramos en el bar de la plaza a tomarnos unas cervezas y a picar algo para cenar.

—Voy a mandar un mensaje a las maris, porque habíamos quedado mañana a tomar el vermú y no saben nada de mí.

—¿Las maris?, ¿quiénes son las maris? —dice riendo.

—Mis amigas, tenemos un grupo de WhatsApp que se llama las maris, bueno, de momento.

—Bien, pues aprovecho también para llamar a casa.

—Perfecto —le digo.

Mando un mensaje de voz:

«Chicas, estoy en el pueblo, mi padre se ha caído y se ha roto la cadera, esta mañana le han operado y ha salido todo bien. Cancelo lo de mañana. Ya os

contaré todo porque tengo a mi vera a ARTURO. Sí, ha decidido venirse conmigo. Cuando esté en Madrid me pongo en contacto para ver cuándo podemos quedar y contaros todo. Os quiero, mis chicas. Besos».

Enviado.

Arturo cuelga y me dice que todo perfecto por su parte.

—Me alegro —le digo.

Terminamos y nos vamos para casa, estamos cansados.

Nos damos una ducha y nos acostamos.

Hacemos el amor.

—Hasta mañana, cariño —me dice.

—Hasta mañana, cielo, que descanses —respondo sonriendo.

—Lo mismo te deseo, Jimena. —Y me besa la nuca.

Felices sueños.

Llegamos al hospital y subimos a la habitación, al abrir la puerta decimos buenos días al unísono y se giran cuatro cabezas, las de mis padres y mis tíos.

—Buenos días —nos contestan.

—Arturo, te presento a mi tía Luisa y a mi tío Jesús.

Él le da dos besos a mi tía y se acerca a mi tío a darle un apretón de manos. Hechas las presentaciones, nos dirigimos a la cama, donde está mi padre. Le beso y le pregunto cómo ha pasado la noche.

—Bueno, he tenido dolor, pero la hemos pasado.

Arturo, se acerca a él y le estrecha la mano.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunta Arturo.

—Eso sí que no, no me llames de usted que me haces más viejo. —Nos reímos todos—. A ver qué me dice el médico, me duele, pero es normal.

Nos vamos hacia mi madre y le doy un beso, Arturo hace lo mismo.

En ese momento pasa el médico y nos pide que salgamos fuera, que enseguida hablarán con nosotros.

Estamos en el pasillo cuando se abre la puerta. El médico nos dice que le han levantado el vendaje y que está todo bien, que ahora vendrán a hacerle la cura.

—Si todo sigue así, mañana le levantaremos, tiene que empezar a andar ya.

Mi madre se asusta.

—¿Mañana ya? —dice.

—Sí, tiene que ser así. No se preocupe, poco a poco.

Entramos en la habitación y le miro la herida, tiene bastantes puntos, pero con buena cara. Si todo va bien, en dos días estará en casa. Cuanto menos esté en el hospital, mejor.

Viene la enfermera a la cura, nos tenemos que salir y aprovecho para decirle a mi madre que se vaya a casa cuando se vayan los tíos.

—No, hija, me quedo.

—No, mamá, estamos Arturo y yo con él, ve a casa date una ducha y descansa un rato, porque esta noche también querrás quedarte, ¿a que sí?

—Pues sí, hasta que no se vaya para casa aquí me quedo.

—Entonces hazme caso y vete a descansar un rato, mamá, por favor.

—Tiene razón Jimena, tienes que descansar, no puedes estar así tres días —dice mi tía.

—Está bien, ahora, cuando os vayáis, me dejáis en casa —dice mi madre.

Nos quedamos solos con mi padre.

Él me pregunta por el trabajo, que si no tengo que irme ya.

—Tengo tres días, papá, pero también la opción de quedarme más si lo necesito.

Entonces le pregunta a Arturo:

—¿A ti tampoco te ponen problema?

—No —dice—, puedo estar los días que necesite.

Entonces pienso que no sé exactamente a que se dedica Arturo, bueno, ya se lo preguntaré. No es por nada, simplemente es por curiosidad, por el tema de los días que va a pasar conmigo.

—¿De qué equipo eres? —le pregunta mi padre.

—Del Atlético de Madrid —le contesta Arturo—. Desde la cuna, como dice mi padre. En mi casa todos somos del Atleti, mi padre ha sido siempre socio, hasta que por motivos de salud tuvimos que decirle que no renovara su abono. En el barrio le conocen como Ufarte.

—¿Y tú?, no me asustes —le dice Arturo.

—Del Atleti —dice mi padre todo orgulloso.

Yo me río, yo soy atlética también, pero a la vista está que no tan forofa como ellos.

Empiezan a hablar de fútbol, y conociendo a mi padre tienen para rato, así es que saco mi móvil y leo los mensajes que tengo.

Las maris tienen petado el WhatsApp, por lo que me lío primero con ellas.

—Buenos días, chicas. Estamos en el hospital, todo ha salido bien. En un par de días, si hay suerte, le mandan para casa.

—Hola, cariño —dice Iratxe.

—Holaaa —contesto.

—¿Cómo lo lleva? —me pregunta.

—Bien, Iratxe, lo está llevando bastante bien, tiene dolor, pero es normal.

—¿Y la mamá? —me pregunta.

—La mamá ahora está descansando en casa, que la hemos obligado a que se fuera porque pasó aquí la noche.

—Buenos días —saluda Sole—. Ya veo que el rey de la casa está, dentro de lo que cabe, bien.

—Sí, Sole, buenos días, cariño.

Sofía se une.

—Hola, chicas. Jimena, me alegro de que todo vaya bien.

—Gracias —le digo.

—¿Cuándo vienes? —pregunta Sole.

—Pues aún no lo sé. Quiero dejarle lo mejor posible, si fuera en casa ya, pues mejor.

—Claro —dice Sole.

—Hola, chicas, buenos días —dice Carla—. Me alegro de que el papa esté bien.

—Gracias, Carla —le digo.

—A ver si cuando vaya quedamos y os cuento, chicas. Tengo que ver el tema del curro y os digo algo. ¿Vale?

—Tú tranquila, Jimena, cuando puedas —dice Sofía.

—Eso —dice Carla—, cuando estés de vuelta hablamos. Os tengo que dejar, chicas.

—Besos —decimos todas.

—Yo también os dejo, chicas —les digo.

—Da besos a los papás —dice Sole.

—Besitos para todos —dicen Iratxe y Sofía.

—Gracias chicas —les digo.

Los futboleros siguen con el tema, pero veo a mi padre bien, o sea, mejor así, si está entretenido no piensa tanto en lo suyo.

Arturo y mi padre, juntos, hablando, como si se conocieran de años.

Me gusta verlos.

Mis hombres.

Dejamos a mis padres instalados en su casita, es hora de bajar para Madrid, nos despedimos de ellos con muchos abrazos y besos y mi madre le recalca a Arturo que espera volver a verle pronto. Arturo dice que por supuesto, en breve volverá con Jimena y, si Alejandro está mejor, se bajará con él a su partida.

—Si no me dejan jugar, pues miro —dice Arturo.

Mis padres se ríen y yo también, ya que las partidas están emparejadas, o sea, que difícil tiene jugar, pero me hace ilusión que piense así, en ir con mi padre a sus quehaceres.

Nos montamos en el coche y nos vamos.

Por el camino hacemos una parada para tomarnos algo, Arturo me dice que le ha gustado mucho mi familia, son muy cercanos, muy parecidos a sus padres.

—¿Tus padres son mayores?—le pregunto.

—Mi padre tiene 68 años y mi madre 67.

—¿Cómo se llaman?

—Gabriel y Ati.

—Bonitos nombres, me gustan.

—Mi madre se abrevió el nombre porque le gustaba más, y siempre la han llamado así. No te voy a decir su nombre completo porque a ella no le gusta. A si es que, si no lo sabes, nunca te equivocarás.

Me río.

—Haces bien en no decírmelo porque a mí se me quedan rápido los nombres y puedo llamarla por su nombre y fastidiarla.

—¿Tienes guardia mañana? —me pregunta.

—Mañana curro de tarde, sí.

—¿Vamos a poder vernos? —me dice.

—Si quieres —le digo—, quedamos en mi casa. Yo salgo a las 22.00, así es que a las 22.45 puedes ir, que ya estoy en casita.

—Pedimos algo de cena, si te parece, y nos tomamos algo —me dice.

—Vale, me parece bien —le digo.

Nos vamos del restaurante y seguimos el camino hacia casa, cuando llegamos, él se despide de mí en el portal, me dice que tiene que ir a la oficina

a por unos papeles.

—¿A estas horas? —le pregunto.

—Sí —me dice—, tengo que recogerlos para mirar unas cosas antes de mañana, ya que la reunión es a primera hora.

—Bueno, ya me contarás a qué te dedicas —le digo. Me mira y se sonríe

—Es verdad, no hemos hablado de mi trabajo. Mañana te cuento a qué dedico mi vida, de momento, claro. —Me besa—. Hasta mañana, cariño, que descanses —me dice.

—Hasta mañana, descansa tú también, y gracias por todo —le digo.

—Gracias por nada —me dice—, ha sido un placer estar contigo, chao. —Y me vuelve a dar un beso.

—Chao —le digo.

17

Cuando llego a la oficina, veo que Ariadna sigue ahí. Me voy derecho a mi despacho y según entro en él, entra ella y cierra la puerta.

—¿Se puede saber dónde has estado estos días? —me pregunta.

—¿Perdona? —le digo.

Sin tantos humos, se acerca a mí y me dice:

—Perdona, Arturo, pero es que he estado muy nerviosa, no saber de ti y no tener ni idea de dónde estabas... ¿Has vuelto a irte a Escocia? —me pregunta —.

—No, no he estado en Escocia, y no creo que tenga que darte a ti explicaciones de nada —le digo.

—Ya —me dice ella—, me hacen daño tus palabras, Arturo.

—Ariadna, nos conocemos desde hace muchos años y no quiero hacerte daño, pero estoy con una persona y no quiero que te entrometas. ¿De acuerdo? —le digo.

Ella me mira con una frialdad en sus ojos, aunque en su boca haya una sonrisa que me deja frío. Desgraciadamente, esa mirada la conozco y sé que puede ser fatal.

—De acuerdo, Arturo. No voy a inmiscuirme, no te preocupes, que sé cuándo me dicen que me retire.

—Bien, ahora déjame, que tengo que hacer unas cosas —digo.

—Hasta mañana, Arturo.

—Hasta mañana —le digo.

18

Cuando veo que Arturo se va, apago las luces de mi despacho y marchó tras él.

Le sigo, me cuesta porque va en moto y tengo que ir más pendiente.

Se para en la gasolinera y, tras echar gasolina, se retira un poco con la moto y coge el teléfono, le han llamado y la sonrisa que veo en su cara no me gusta, tiene que estar hablando con ella.

Espero, y cuando cuelga el teléfono, se monta en la moto y sigue su camino.

Voy tras él.

Cuando veo que se dirige al garaje de su casa, paso de largo. «Otro día será, pero no pararé hasta encontrarla, Arturo», se dice Ariadna.

19

Salgo de trabajar y me dirijo al aparcamiento cuando veo que Ana, mi compañera, está apoyada en su coche, un poco alterada.

—¿Qué ocurre, Ana?

—Nada, Jimena, solo he recibido una llamada de Juan y me altera los nervios —me dice.

—Ana, te lo llevo diciendo mucho tiempo, no sigas con él, te va a hacer una desgraciada, ¿es que no lo ves? Joder, Ana, nosotras vemos todos los días, desgraciadamente, casos de mujeres que han sido maltratadas, y ellas salen del hospital y siguen con ellos y vuelven al hospital. Él no te va a hacer ir al hospital, pero te va a mandar al psicólogo de cabeza con esa manera que tiene de ser. Ya vale, Ana, tienes que decir basta.

—Lo sé, tienes razón, pero tengo que tener el valor suficiente para hacerlo, no es fácil, Jimena.

—Ya lo sé, no es fácil, nadie dice que sea fácil, pero tienes el apoyo nuestro, de todos tus compañeros y de toda tu familia, que ellos también sufren de verte a ti cada día más consumida y sufres al ver que ellos se callan y no te dicen nada para que no sufras, pero tú sabes que sus formas no son las correctas, ni con ellos ni contigo —le digo.

—Lo sé, sí, Jimena, ya lo sé, pero necesito tiempo. Tengo que irme —me dice.

—¿Estás bien para coger el coche? —le pregunto.

—Sí, tranquila, estoy mejor. Muchas gracias por todo, Jimena.

—Gracias a ti, tonta, por ser genial —le digo.

Nos abrazamos y nos vamos cada una a su coche.

Llego tarde a mi cita.

Cuando paso por mi portal, veo que Arturo está esperando en la puerta. «Pobre», me digo, entonces veo que hay un sitio más adelante y en vez de ir al garaje lo aparco ahí. Total, es una noche.

Me bajo y me dirijo a mi portal, sin sospechar, que una persona está muy pendiente de mí, voy derecha a Arturo y le planto un besazo que pierde hasta el equilibrio. Nos abrazamos y nos reímos. Le agarro de la mano y entramos en el portal.

Está guapísimo.

Vamos a disfrutar de una agradable y romántica noche.

Le digo que si le gusta la comida china, me dice que sí y hago el pedido. Como hay media hora de espera hasta que traigan la cena, le digo que se acomode, que me voy a duchar.

Cuando salgo de la ducha, oigo música.

«¿Qué música le gustará?», me digo.

En mi casa hay de todo un poco, casi todo música en español, pero por lo que oigo a puesto a Adele, me encanta, es de las pocas que escucho en inglés.

Salgo con la toalla enroscada al cuerpo y me dirijo a mi habitación, cuando oigo un silbido, miro para atrás y le veo, está sonriendo, madre mía, si supiera lo que hace en mí esa sonrisa.

—Gracias —le digo—. Me visto y salgo.

—No te vistas mucho —me dice él.

—De acuerdo —le digo yo.

Salgo con una camiseta de tirantes y un *short* que me compré en el mercadillo de mi pueblo, me queda genial y me costó baratísimo. Me encantan esas compras.

Tiene preparada la mesa en la terraza, hace una noche maravillosa, y me ofrece una cerveza bien fría, brindamos y nos sentamos a esperar que venga nuestra cena.

Hablamos mucho y eso me gusta, siempre tenemos algo que contarnos y disfrutamos de las conversaciones que tenemos.

Cuando terminamos de cenar, nos pasamos a los sillones que hay en la terraza, nos ponemos una copa y seguimos hablando.

—Dime, Arturo, ¿a qué te dedicas? —le pregunto.

—Trabajo en una petrolífera —me dice.

—¿En una petrolífera?, ¿de las que están en medio del mar? —le pregunto.

—Sí —me dice—, pero también están fuera del mar. Y yo estoy fuera del

mar, tenemos las oficinas centrales en el centro de Madrid, y ahí estoy.

—¿Cuál es tu función? —le pregunto.

—Dirijo la empresa junto con mis dos socios, Javi y Gonzalo —me dice.

—¿Quieres decir que eres el jefe?

—Sí, junto con mis socios, claro —me dice.

No sé qué decir, la verdad, no entiendo mucho de petrolíferas y tampoco le voy a hacer un cuestionario de su trabajo.

—Te has quedado callada, Jimena, ¿qué piensas? —me dice.

—Nada, simplemente que no esperaba que dirigieras una empresa, la verdad. Tampoco me imaginaba a qué te dedicabas, pero sí que es verdad que me ha chocado —le digo.

—Pero eso no es malo, ¿no? —me dice.

—No, claro —le digo.

Pero no le convencen mis palabras, y no va mal encaminado, porque sí que es verdad que me puede echar un poco para atrás, tengo la experiencia en propias carnes de lo que puede ser un pez gordo con las mujeres. Se creen que lo tienen todo ganado y terminan tratándote como si tuvieras que servirles para lo que ellos te necesiten.

No me gustó esa sensación cuando la tuve, y salí disparada de aquella relación. Veremos en esta.

«Bueno —me digo yo misma—, no tires la toalla y dale una oportunidad, no todos son iguales. Vamos viendo».

Le he dicho si quería quedarse y me ha dicho que sí, así es que nos vamos a la habitación, nos desnudamos y se acerca a mí.

Me dice que soy espectacular, que tengo un cuerpazo de diez, a mí se me suben hasta los colores y le digo: «Tú tampoco estás nada mal Arturo, la verdad, y siendo sincera, estás muy bien».

Sonríe.

Él sabe que está muy bien.

Nos besamos y nos tumbamos en la cama, nos empezamos a tocar y, como tenemos ganas de más, nos comemos uno al otro, queremos darnos placer y cuando estamos en un punto en el que no podemos más, me tumba bocarriba y me introduce el pene de un golpe, solo se oyen nuestros jadeos, es lo único que queremos oír, jadeos hasta que llegamos al clímax los dos a la vez y se oyen los gritos de placer.

Se deja caer sobre mí, me besa y me dice: «Eres perfecta».

Felices sueños.

Cuando me despierto, ya se ha ido a trabajar.

Estoy feliz.

Hago mis cosas de casa y me doy una ducha. Tengo que acercarme a arreglar unas cosas en el banco.

Cuando bajo a por el coche al garaje, veo que no está.

«Dios, no me jodas que me han robado el coche». Me pongo a pensar y se me enciende la bombillita, «joder, si lo aparqué fuera».

Cuando me voy acercando al coche, veo que tiene algo.

«PUTA, ES MÍO».

¿Pero esto qué es?

No le daría importancia si pusiera solo «puta», pero lo de «es mío» me asusta.

No soy persona de jaleos, no me gustan las movidas, intento evitarlas.

¿Qué me quiere decir?

¿Arturo es de ella? No veo otra lógica.

Le hago una foto, nunca se sabe...

20

Han pasado dos días desde el escrito en mi coche, no he querido comentar nada a nadie. No quiero que se preocupen, pero yo sí lo estoy.

Hemos quedado Arturo y yo esta tarde, pero cuando paso por delante de sus oficinas, me paro y, en un arranque de curiosidad, entro.

Me acerco a recepción y pregunto por él.

—¿De parte de quién? —me dice la recepcionista.

—Dígale que soy Jimena Montejo —le digo.

—Un momento, por favor —y le dice al receptor que Jimena Montejo quiere hablar con don Arturo Jiménez. Asiente con la cabeza y dice—: de acuerdo.

Cuelga y me mira.

—Puede subir —me dice—, tercera planta a la izquierda.

—Gracias —le digo, y me dirijo al ascensor.

Cuando subo, me encuentro con unos despachos llenos de gente trabajando, me dirijo a la izquierda y veo a través del cristal a una señorita sentada en la mesa de Arturo con las piernas cruzadas y con aspecto de *miss* Daysi con la subida y bajada de pestañas. ¿Esto qué es?

Me paro con la secretaria y le digo que vengo a ver a Arturo, que la recepcionista llamó para avisarle.

—Sí —me dice—, hablé yo con ella. Ahora mismo aviso a don Arturo, siéntese, por favor.

Y me siento, pero con una mala leche que no veo.

La secretaria le avisa y se levanta de un salto, como si le hubieran dado una patada en el culo, que es lo que yo tenía ganas de darle.

Ella se baja inmediatamente de la mesa y se estira la falda. «Del pelo te estiraba yo», pienso.

Abre la puerta y viene directo a mí.

—Jimena, qué sorpresa, ¿qué haces por aquí? —me dice.

—Pues que estaba mirando tiendas y al pasar por aquí he dicho, «voy a verle». ¿Te ha molestado? —le digo.

—No, para nada, me gustan las sorpresas. Pero pasa, por favor.

Cuando entro en el despacho, la chica está aún ahí, Arturo se gira y le dice:

—¿Sigues aquí, Ariadna?, ¿no tienes nada que hacer?

—¿Es que no nos vas a presentar? —dice ella.

—No —dice él. Y se va hacia la puerta para hacerla irse. Y ella pasa al lado de él y se gira a mirarme.

«No me gusta nada», pienso.

Cuando cierra la puerta, viene hacia mí y me da un beso.

—¿Qué te parece mi guarida?

—Muy bonito el despacho, me gusta. Y es enorme todo esto, ¿no?

—Sí, es cierto, es grande, pero es que somos muchos trabajando aquí, y hay que estar cómodo, pasamos muchas horas.

La pena es que no están ni Javi ni Gonzalo para que los conozcas —me dice.

—Da igual, otro día me los presentas —le digo.

No sé por qué será, si porque ni él menciona a la chica, o porque de repente estoy incómoda, me quiero ir, no me apetece estar allí y tampoco estar con él, quiero estar sola ahora, lo que he visto no me ha gustado y no me quiero rayar, antes de que haga el ridículo preguntando prefiero irme. Así es que le digo:

—Bueno, tengo que dejarte.

—¿Ya?, pero si acabas de subir, ¿nos tomamos un café? —me dice.

—No, gracias, tengo cosas que hacer. Y me giro.

El me para y me dice:

—¿No me vas a dar ni un beso?

—Sí, claro —le digo, y se lo doy.

Me quedo en la puerta del despacho y busco disimuladamente a la zorra que estaba en el despacho de Arturo, no tardo en encontrarla, ya se deja ella ver.

Me giro y le digo:

—Adiós, Arturo.

21

Salgo de la oficina de Arturo muy cabreada, esa tía no me ha gustado nada. ¿Tendrán algo? No me jodas, estoy que trino. Cojo el móvil y mando un audio de voz a las maris:

—Chicas, tengo que hablar con vosotras, hoy, si puede ser. ¿Que me decís?

Le doy a enviar y me paro en la terraza de una cafetería a esperar la respuesta.

Me pido un café y espero.

Pi, pi. WhatsApp. Es Sole.

—Por mí no hay problema, pero ¿pasa algo?

—Sole, sí pasa, pero no os preocupéis, son dudas mías, ¿OK?

—OK —dice Sole—, ¿quedamos a las 7 en el Akelarre?

—Por mí guay —dice Iratxe.

Sofia dice que también puede.

Carla dice OK.

—Gracias, chicas, luego nos vemos.

Según inclino la cabeza para dar un sorbo al café, veo que sale la zorra con Arturo, ella va colgada literalmente de su hombro. Se dirigen hacia un coche, Arturo le abre la puerta del conductor y ella, dándole un beso, (parece en la mejilla) se mete en el coche y él se va.

Arranca y, justo delante de mí, se para en el semáforo y, casualidad o no, me mira y pone una sonrisa de mala que me dan ganas de decirle cuatro cosas. Arranca y se va.

«Zorra», pienso.

A las seis y media, estoy sentada ya en el Akelarre, estoy rayada, muy rayada.

Mis amigas empiezan a venir, nos saludamos y esperamos a Carla, que es la única que falta, es la que más tarde sale del trabajo.

Me preguntan por mi padre y les cuento que está llevándolo muy bien, yendo a rehabilitación, pero que está estupendo. Poco a poco.

Viene Carla y después de los saludos, exploto.

—A ver chicas, estoy jodida.

—Cuéntanos despacio, Jimena, que te aceleras y no paras —me dice Sole.

—Vale —digo—, empiezo. Cuando mi padre se cayó, mandé un mensaje a Arturo de que me iba al pueblo porque mi padre se había roto la cadera, ya que había quedado con él esa misma noche. Él me pregunta si puede venirse conmigo, le digo que no, que es una paliza, porque decía de conducir él y venirse luego en el tren, pero insiste y acepto. Cuando llegamos al hospital, ya habíamos hablado de entrar y ver a mis padres y al final se queda conmigo hasta la vuelta, todo perfecto, mis padres muy bien con él, él encantador con ellos y nos venimos. Todo genial.

»Al día siguiente habíamos quedado después de mi guardia, me entretuve en el hospi y cuando llego estaba esperándome en el portal, veo un aparcamiento y decido dejarlo ahí por no llevarlo al garaje y que este más tiempo esperando, «total, por una noche», me digo. En definitiva, que al día siguiente por la mañana, bajo y me encuentro en el coche un arañazo que pone: «PUTA, ES MÍO».

Las caras de mis amigas son un poema, no les está haciendo ninguna gracia, como es normal, claro.

—Lo de puta como que me da un poco lo mismo, me jode por el coche, pero lo que me asusta en ese momento es lo de «ES MÍO», pero no os digo nada porque pienso que tampoco os voy a preocupar.

—¿Y a Arturo se lo dices? —me pregunta Carla.

—No, Carla, no se lo digo.

—Mal hecho —me dicen.

—Bueno, sigo. Me voy de tiendas y paso por delante de las oficinas de Arturo y decido subir. Cuando llego a donde esta la secretaria, veo a través de los cristales a una petarda sentada en la mesa de Arturo, con las piernas cruzadas y con un movimiento de pestañas que no veas, le avisan de que estoy allí y sale a por mí, pero la petarda no se va y Arturo la pide que se vaya, pero la tía, cuando va a salir, me mira, se sonríe y se va.

»A mí no me apetecía para nada estar allí ya, él ni la nombra ni da

explicaciones y yo me quería ir, me dice Arturo de ir a tomar un café y le digo que no, que tengo cosas que hacer. Me bajo y es cuando os mando el mensaje de audio y me siento en una terraza a tomarme un café. Pues veo que bajan juntos, ella colgada del hombro de él, y se dirigen a un coche, más bien cochazo, le abre la puerta del conductor, le da un beso, creo que en la mejilla, ella se monta y se va. Con tan mala suerte de que se para delante de mí, me mira y sonrío. Sospecho que ella es la del arañazo en el coche, pero no lo sé.

A todo esto, deciros que, para más inri, es dueño, junto con otros dos de una empresa petrolífera. Estoy venga a darle vueltas a la cabeza, no sé qué hacer, pero es que ya pasé por ahí y no me apetece volver a pasar por lo mismo, no sé si decirle algo, que me dé alguna explicación o directamente ir dejando el tema aparte ya. No sé.

—¿Podemos hablar ya? —pregunta Sole.

—Sí —le digo.

—Bueno, primero —dice Sole—, estás haciendo las cosas muy mal, Jimena. Cuando voy a replicarla me dice:

—No, ahora escucha tú. Nosotras estamos aquí siempre para lo que sea, y lo sabes, entonces, si no querías decirle nada a Arturo, no es que me parezca bien, pero bueno, es tu decisión, pero que no nos lo hayas dicho a nosotras, eso está mal y lo sabes, porque si no le hubieras dado importancia, pues vale, pero tú misma has dicho que te asustaste.

»Lo de la menda esa, sí se lo tienes que decir a él, le coges y le dices: «Arturo, y esta tía que se cuelga de ti, ¿quién es?», porque muy lógico no es, y más sabiendo lo que te ha pasado en el coche. Es más, es que lo del coche, habiendo visto lo que has visto de la tía, se lo tenías que haber contado, porque igual él sí puede sospechar de ella, además, ¿y si es una loca de estas?, no me jodas, Jimena, que el coche es lo de menos, pero ¿y si te ocurre a ti algo?, no me digas que no lo has pensado, ya que te asustaste.

—Sí, me asusté, pero no por el hecho de que me pasara a mí algo, sino por Arturo, porque si esta tía está con él, adiós.

Carla me mira, y me dice:

—Jimena, como tú comprenderás yo sí sabía que era dueño de una empresa, pero no quise decírtelo para que no pusieras la etiqueta de prohibido. Te vi tan ilusionada que me dije: «Carla, chitón». Él no es mal tío, ya te lo he dicho, y esto tendrías que hablarlo con él, pero me extraña mucho que esté con otra. De

todas formas, le voy a preguntar a Leo a ver si sabe algo de la tía esta. ¿Es de su trabajo, no?

—Parece ser que sí, allí estaba pavoneándose, y al salir la vi en la puerta de otro despacho —le digo.

—Vale, tú tranquila, voy a ver si me puedo enterar de algo —me dice Carla.

—Bien —le digo.

—¿Y que es lo que piensas hacer al respecto con Arturo? —me pregunta Iratxe.

—No lo sé, sinceramente —le digo.

Sofía me dice:

—Jimena, esto ya lo hemos vivido y sí sabes lo que vas a hacer y nosotras también. Vas a desaparecer. Ya lo has hecho. Y creo que te estarías equivocando si lo hicieras. No conozco a Arturo, pero creo que antes yo le dejaría que me diera una explicación. ¿No te parece?

—Puede que lo haga, ya veré —le digo.

—Eres cerrada de mollera maja —me dice Iratxe.

—Lo sé, y vosotras también sabéis que paso de movidas, que no tengo edad para ir a arrancarle el pelo a la zorra esa —les digo.

—Que es lo que querrías hacer ahora mismo —me dice Sole.

—Pues sí, es cierto, ahora mismo, si la tuviera delante de mí, la cogería del pelo ese que tiene y la arrastraría por la calle abajo. —Nos echamos a reír las cinco.

—Poco podemos hacer por ti con relación a Arturo. Pero ten mucho cuidado con la tía esa, Jimena, no me gusta nada —me dice Carla.

—Lo tendré, Carla, no te preocupes. Y con respecto a Arturo, pues voy viendo lo que me apetece hacer, ahora mismo, es nada.

En ese momento me suena el móvil, lo saco del bolso y veo que es Arturo, decido no descolgar, que suene.

Me da igual.

22

Han pasado dos días desde que quedé con las chicas en el Akelarre. He hablado con Arturo, aunque no del tema, me ha dicho de quedar, pero le estoy dando largas, no sé qué hacer aún, pero lo que si sé es que de momento no quiero verle.

Cuando bajo a hacer unas compras, me paro en el buzón y recojo un sobre sin remitente, le abro y veo dos fotos de Arturo y la zorra agarrada al brazo de él, detrás de la foto está escrito «TE LO DIJE, ERA MÍO».

Esto ya es la gota que colma el vaso.

Hasta aquí.

Me subo para casa y según entro me pongo a llorar como una niña, esto es lo que quería evitar, pero ya lo tengo claro.

¿Por qué, Arturo?

¿No soy lo suficiente para ti, no me merezco una explicación?

Tres horas después, sigo llorando, me ha roto el corazón ver esas fotos, ver la realidad que no quería ver.

Lo veo todo tan injusto, les mando a las chicas las fotos para que las vean.

Rápido me dicen que dónde estoy.

—En casa, les digo.

—Quedamos en tu casa en una hora, ¿OK? —me dice Sole.

—Aquí estoy —le digo.

Cuando vienen las chicas, mi cara es un horror, se asustan y Carla me coge, me da un abrazo y me dice que si he hablado con él.

—No, Carla, y no lo voy a hacer, yo no me merecía esto. —Y me pongo a llorar, mis chicas me apretujan para darme el consuelo que no consigo—. Es tan injusto —les digo—, por qué ha tenido que hacerlo así.

Y sigo llorando.

Me dice Sofía que nos vayamos unos días a la playa, sabe que yo tengo unos días, le digo que no, que no me apetece, pero ella insiste y me dice que mañana nos vamos para Calpe, al chalé de sus padres. Es más, es que se va a mi dormitorio y sale con la maleta echa.

—Nos vamos para mi casa y así salimos desde allí —me dice.

—Yo creo que debería de hablar con Arturo —dice Carla.

—Yo también lo creo, Jimena, es lo que tienes que hacer —me dice Sole.

Iratxe asiente con la cabeza.

—Sí, Jimena, tienes que hacerlo. Por lo menos que sepa lo que hay.

En ese momento coge Sofía las fotos y la gira, y ve el escrito.

—Jimena, ¿has visto esto? —pregunta Sofía.

—Sí —le digo.

—Esto es la prueba de que la zorra esta te rayó el coche. Hay que ir a denunciarlo. Vamos a por el zorrón, ella misma se ha delatado.

—A esta pava la da igual haberse delatado, ella ya tiene lo que quería —le digo.

—Vamos a denunciarlo, Jimena, venga —dice Carla.

Y nos plantamos las cinco en la comisaría a denunciar un arañazo en el coche, llevamos como prueba la foto en la que pone «te lo dije, era mío».

El policía que nos toma nota de la denuncia, muy agradable, por cierto, nos dice que puede que no llegue a nada todo esto porque no admitan la prueba de la foto. Pero nosotras le decimos que da igual, hay que intentarlo.

Y al salir de la comisaría parece que me siento un poco mejor.

23

De camino para la playa.

Cuando estemos instaladas, tengo pensado llamar a Arturo y decirle que se terminó, que no soy juguete de nadie, y que si lo que quería era pasar el tiempo, pues que ya pasó.

Estoy decidida.

Pi, pi. WhatsApp.

Cojo el móvil y veo que es Arturo.

—Hola, cariño, ¿hoy vamos a poder vernos?

Me duele en el alma que me diga cariño sabiendo que hay otra.

Le contesto:

—No, Arturo, estoy de camino a la playa con Sofia, cuando esté instalada te llamo y hablamos.

—Ah, OK —me dice.

—Chao —le digo.

—Chao —contesta.

Sofia me mira y me dice:

—Jimena, tienes que hablar con él y decirle todo, a mí me da que te estás equivocando, no sé, cuéntale lo de la tía, díselo todo.

—Ya veré —le digo.

Sofia hace un gesto, la veo, pero me da igual.

Ha llegado el momento.

Me salgo a la piscina, me siento en una butaca y marco el teléfono de Arturo.

Estoy nerviosa.

Al segundo tono, lo coge.

—Holaaa —me dice.

—Hola —le contesto.

—¿Pasa algo Jimena? —me pregunta.

—Sí, Arturo. No sé por dónde empezar, la verdad.

Y lo que no quería sucede, me pongo a llorar. Arturo, preocupado, me dice que me tranquilice y que, por favor, le diga qué pasa.

—No puedo —le digo—, no tengo ni fuerzas. Ya hablaremos, Arturo.

—No, por favor, no me cuelgues, Jimena, dime dónde estás y voy a verte, no me hagas esto.

—No, Arturo, dame estos días y cuando llegue a casa hablamos.

—Jimena, por favor, dime qué pasa.

Y sigo llorando, él está desquiciado ahora mismo, pero no puedo contarle nada estando como estoy.

—No tengo fuerzas.

—¿No me puedes decir donde estás y me acerco? Jimena, estoy desconcertado, llevo días pensando qué pasa y no puedo estar más días con esta incertidumbre y viendo cómo estás tú. Dime dónde tengo que ir —me dice Arturo.

—No, déjalo. Me van a venir bien estos días, voy a desconectar de todo y a poner mis ideas claras. Cuando llegue hablamos, imagino que estaré mejor.

—No lo veo justo, Jimena, ahora eres tú la que me aleja de su lado —me dice Arturo.

—¿No lo ves justo tú? —Me altero—. Perdona, esto no es justo para mí.

—Pero ¿por qué?, dime.

—Arturo, ya te lo he dicho, no tengo fuerzas. Dame estos días que me tranquilice y ya hablaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, si así lo quieres —me dice.

—¿Puedo llamarte al menos? —me pregunta.

—No, mejor no me llames. Cuando esté en Madrid te llamaré yo.

—Como quieras, Jimena, cuídate. Te quiero.

Y me pongo a llorar como una loca.

Cuelgo, no puedo más.

Sofía sale al jardín, asustada por mis lloros, me abraza y me pregunta qué ha pasado.

—Nada Sofía, no ha pasado nada porque no he podido ni hablar con él, no puedo, me duele tanto... Le he dicho que cuando llegue a Madrid yo le llamaré. Quería venir aquí, pero le he dicho que no. Que me dé estos días para poner mis ideas claras. Qué injusto es todo, Sofía, cuánto dolor siento.

—Tranquila, cariño, venga, que estos días vamos a pasarlo muy bien y

cuando lleguemos a Madrid vas a tener las ideas muy claras y el valor suficiente para enfrentarte a todo.

Me limpia las lágrimas de mi cara y me da un beso.

Me coge de la mano y me lleva para adentro.

Dentro de lo que cabe, lo estoy pasando bien. Nos vamos a la playa todos los días, nos tomamos unas cervezas en el chiringuito y nos vamos a comer, después de una minisiesta, o bien nos volvemos a la playa o nos quedamos en la piscina. Por la tarde-noche salimos a dar un paseo y a recorrernos todos los puestos que hay, lo que me encanta.

Mi cabeza no para de dar vueltas al tema de Arturo. Todavía no sé que voy a hacer, bueno, cómo voy a hacerlo, si le voy a decir todo o directamente se terminó. Ya veré.

Sofía está haciendo todo lo que puede conmigo. Hablamos con las chicas y Carla ha decidido no decirme nada de él directamente, pero insiste en que hable con él y le cuente todo. Mis chicas están preocupadas por mí. Se lo agradezco, esto me ha afectado mucho, la verdad.

Después de mucho pensar, he tomado una decisión.

Se terminó, no puedo seguir con él, así no.

Mañana nos vamos para casa y creo que lo mejor es que hoy mismo le llame y se lo diga, no quiero que tenga la oportunidad de ir a mi casa, no sabe cuándo vuelvo, con lo cual no tiene por qué buscarme.

Le digo a Sofía mi decisión, ella me abraza y me dice que cree que me estoy precipitando, pero yo no lo siento así.

—¿Cuándo se lo vas a decir, Jimena?

—Hoy mismo, esperaré a mediodía para decírselo.

Nos vamos a hacer unas compras que nos hacen falta. Cuando llegamos a casa guardamos todo en la nevera y siento que ha llegado la hora.

—Voy a llamarle, Sofía.

Ella se gira y me mira, su cara lo dice todo, es pura preocupación, pero yo estoy decidida. Asiente con la cabeza y me dice:

—Ánimo, cariño.

—Gracias, lo voy a necesitar, me salgo fuera, ¿vale?

—Claro —me dice Sofía.

Me siento en una de las tumbonas que hay alrededor de la piscina, busco su nombre en el móvil y doy a llamada.

Uno, dos, tres pitidos y lo descuelga.
—Hola, Jimena —me dice—. ¿Qué tal estás?
—Mejor, gracias —le contesto.
—Arturo, solo te llamo para decirte que he estado pensando mucho en el tema y dándole muchas vueltas, he tomado una decisión.
—Dime —me dice.
—Que se terminó —le contesto.
—¿Por qué, Jimena? —me pregunta él—. No entiendo nada, de verdad.
—Bueno, no he podido con ello y ya está.
—¿Pero con qué no has podido? Dime algo, Jimena.
—Ya da igual, Arturo, no voy a hablar más del tema —le digo.
—¿Crees que has hablado suficiente? —me pregunta alterado.
—No, ya lo sé, pero esto ha podido conmigo y no estoy dispuesta a seguir —le contesto.
—¿Estás en Madrid? —me pregunta.
—No, sigo en la playa, pero da igual, no quiero que vayas a casa.
—No quieres que te vea, ¿por qué? —me dice.
—Porque es mejor así —le digo.
—Tú lo ves mejor así, yo no, Jimena, no sé qué ha pasado, pero lo que sea se habla —me dice.
—Sí, pero esto ya no —le digo—. Tengo que dejarte.
—Jimena, por favor, no puedo creer que esté pasando esto. Cuando vengas llámame y lo hablamos.
—No, Arturo, ya está decidido. Que te vaya bien. No me llames, por favor.
—Jimena, por favor, en cualquier momento llámame, yo estaré aquí. No dejes de hacerlo, te quiero, y lo sabes.
—Adiós, Arturo.
Le cuelgo, las lágrimas me caen solas, me echo en la tumbona y suelto toda la rabia que tengo dentro, mis lágrimas no paran, me duele lo que he hecho, estoy destrozada, siento un vacío tan grande dentro de mí que me supera, pero tenía que ser así.
Cuando Sofia ve que ya no tengo el móvil, sale y viene a mí.
—Mi niña, no llores, cariño, es tu decisión, tienes que ser fuerte —me dice.
—Ya lo sé, pero me duele —le digo.
—Lo sé. ¿Quieres que hablemos con las chicas?
—No, ahora no.

—Bien, cuando te apetezca —me dice Sofía.

Después de pasar una de las peores noches de mi vida pensando en Arturo, nos ponemos en marcha de regreso a casa. Sofía intenta animarme, pero yo no tengo ganas de nada. Estoy deseando llegar a mi casa y tirarme en la cama a hartarme de llorar, que es lo que quiero en estos momentos.

Paramos en Albacete para comprar unos miguelitos a las chicas, que si nos presentamos sin ellos nos matan directamente, es otra de las tradiciones que tenemos, quien pasa por Albacete tiene que comprar miguelitos.

Cogemos una caja para cada una y Sofía lleva para sus padres también, nos tomamos un café y seguimos con el viaje. Cuando llegamos a Madrid, Sofía me pregunta si quiero pasar la noche en su casa.

—No, Sofía, muchas gracias, pero voy a casa.

Me deja en el portal, nos damos un beso y nos despedimos. Cuando ve que entro, se marcha.

Subo a mi casa y dejo las cosas en el pasillo, no tengo ganas de nada. Me tiro en el sofá y me pongo a llorar, es de lo único que tengo ganas.

Me dan las doce de la noche tirada allí, decido acostarme, debería de ducharme, pero no me apetece, mañana, me digo.

Cuando me despierto, veo que tengo mensajes de las maris, lo abro y leo que esta tarde vienen a mi casa sí o sí.

Como veo que va a ser imposible decirles que no me apetece nada, les pongo un OK, a las 20.00.

Al rato, contesta Carla con un «vale».

Me levanto y me meto en la ducha, sigo sin tener ganas, pero tengo que hacerlo.

Me preparo el desayuno y cuando me siento me suena el móvil.

Miro y es Arturo.

—Jimena, ¿puedo llamarte? —me pregunta.

—No —le contesto.

Al cabo de un rato, me pregunta si, por favor, puede hablar conmigo.

Viendo lo visto, le contesto y le digo:

—No, Arturo. No quiero hablar contigo y te pido que no me llames ni me mandes mensajes, por favor.

—No entiendo nada Jimena —me dice.

—Hazme caso, es mejor así.

No vuelve a contestarme y se lo agradezco, aunque me duele el alma.

Las chicas acaban de llegar y se preparan el pisco-labis que les tendría que haber preparado yo, pero que no tengo ni fuerzas para ello. Llevo un día de mierda, solo hago que llorar y pensar en él.

Mis amigas están preocupadas por mí, no me han visto nunca así.

—Así no puedes estar Jimena —me dice Carla.

—Ahora mismo tiene que ser así, porque no me apetece nada más —le digo.

—Arturo estuvo en casa el otro día —dice Carla.

—¿Ah, sí?, no quiero saber para qué —le digo.

—Jimena, creo que estás haciendo las cosas mal. Tendrías que hablar con él. Está desquiciado.

La corto con un «¿no entiendes lo que quiere decir que no quiero saber nada?».

—Sí sé lo que quiere decir, pero soy tu amiga y te veo, y sé que lo estás pasando mal, al igual que él, pero con la diferencia de que tú sabes el motivo y él no. Tú eres la que ha tomado la decisión y él tiene que aceptarla sin ninguna explicación. ¿Tú eso lo ves lógico?

—Sí, ya le dije que era mejor así —le digo.

La cosa está tensa, Sole, Sofía e Iratxe ni siquiera hablan.

—Tú misma, sabes que puedes contar con nosotras para lo que sea, y que estamos contigo siempre, pero tienes que saber encajar que te digamos los fallos que estás cometiendo. Si no quieres estar con él, habla cara a cara y se lo dices, por el motivo que sea, se lo cuentas a él.

—Da igual, Carla, que lo esté haciendo mal, así he decidido hacerlo y a mí me vale —le digo.

—¿A ti te vale? —me dice indignada—, ¿y si te lo hubiera hecho él a ti, te valdría? Te recuerdo que cuando se fue a Escocia y se esfumó tú estabas indignada, ah, porque eras tú, ahora es él y a ti te vale eso.

—Sí, me vale y punto, Carla.

—Muy bien —dice Carla.

Viendo lo visto, Sole cambia de tema y nos pregunta por la playa.

—Lo hemos pasado bien —dice Sofía.

—Sobre todo yo —contesto.

Todas me miran, están extrañadas de mi comportamiento, yo no soy así, pero no lo puedo evitar.

Cuando deciden irse, la verdad es que me parece una buena idea, qué triste, pero es así. Quiero seguir ahogándome en mi pena.

Yo sola.

Suena el despertador, uff, no puedo levantarme, no puedo ni abrir los ojos, he estado toda la noche sin dormir y ahora que lo había conseguido tengo que levantarme para ir a trabajar. No tengo ni fuerzas para ello. Mal día me espera.

Me ducho y me pinto porque mi cara es espantosa, tengo los ojos hinchados y ojeras, así es que no me queda otra, arreglar esta cara.

Cuando llego al hospital, después de comerme una caravana de flipar, mis compañeros me dicen que vaya careto llevo. «Gracias», les contesto.

Ana se acerca a darme un beso y me pregunta qué pasa.

—Nada, Ana, ya hablaremos, estoy de bajón, ¿vale?

—Vale, cuando tú quieras, ya sabes dónde estoy.

—Gracias —le digo.

Me pongo manos a la obra con el curro y desgraciadamente hemos tenido mucho jaleo, con lo que se me pasa el día volando. Cuando salgo, Anabel me para y me pregunta si está todo bien con mis padres.

—Sí, tranquila, están bien —le digo.

—Es que te veo mal, Jimena, ¿qué pasa? —me pregunta.

—Ya hablaremos, ¿vale?, ahora mismo no tengo ni ganas ni tiempo de hacerlo. —Me acerco a darle un beso y ella me mira con cara de preocupación.

—Ya sabes, Jimena, no hace falta que te diga que lo que necesites, ¿eh? —me dice.

—Sí, lo sé. Gracias —le digo.

Cojo el coche y me voy, es lo que quiero.

Irme a casa.

24

Han pasado cinco meses desde que Arturo y yo no estamos juntos, cinco meses de mierda, para qué voy a decir otra cosa. Mis amigas me lo han repetido por activa y por pasiva que estaba pasando por todo esto por ser tan cabezota.

Tengo que decir que Arturo me ha mandado más de un wasap, pero que a ninguno he contestado.

Cabezota, puede ser. Pero sigo pensando en él y sigo sin ser yo.

¿Que me estoy haciendo daño? Eso me dicen mis amigas, puede ser.

Mi madre y mi tía tienen la misma opinión que ellas, que tendría que haber hablado con él, que a lo mejor lo he magnificado todo, pero por más que me lo dicen, más me cierro en banda, así es que, prohibido el tema con las matriarcas. Cuando me lo sacan, cambio de tema. Ellas insisten, pero yo más.

Las chicas no han parado de llamarme y de estar a mi lado, aunque fuera una compañía pésima para ellas, pero ellas son un amor.

He quedado con Iratxe para ir a comprar un vestido para el bautizo de su sobrino. Cuando salimos de la tienda con la compra hecha, decidimos tomar un café.

Me pregunta Iratxe si voy a ir al pueblo a pasar las navidades.

—Voy en Nochebuena, en Nochevieja trabajo —le digo.

—Madre mía, parece mentira que estemos a una semana de la Navidad, —me dice.

—Es verdad, si te digo la verdad, no tengo ninguna gana de que sea Nochebuena, no tengo ánimo de fiestas este año, Iratxe.

—Jimena, tienes que remontar, son muchos meses ya —me dice.

—Ya lo sé, pero no tengo fuerzas.

—Pues tienes que sacarlas —me dice—. Anda, ¿has hablado con Carla?

—Llevo unos días sin hablar con ella —le digo—. ¿Por?

—Leo se cayó cuando estaba revisando una obra y se fracturó el brazo. Se lo han escayolado. Tiene para un mes, en principio.

—Joder, Leo, qué mala suerte, pobre. Pues a ver si me paso, que hace un montón de tiempo que no le veo.

—Pues si decides pasarte, llámame y vamos a verle las dos —me dice.

—Vale, ya te digo algo.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia el metro, al final decidimos ir esta tarde a ver a Leo.

25

Son cinco meses sin saber de Jimena. No contesta a mis mensajes, no quiere saber de mí.

Cinco meses haciéndome las mismas preguntas.

¿Qué ha podido pasar?

¿Por qué?

¿Por qué no quiere verme, ni siquiera hablar conmigo?

Tengo tantas preguntas, y ninguna respuesta.

Me he parado tantas veces en su portal, pero no he tenido la fuerza necesaria para llamar.

Lo estoy pasando mal.

Decidí irme a Escocia dos meses a despejarme de todo, pero ni allí ni aquí lo he conseguido.

Hoy he quedado con Leo, se ha roto el brazo y tiene para largo, me ha dicho que me pasara y veíamos el partido. Así es que llevaré unas *pizzas* y cenaremos algo, imagino que Carla estará, a no ser que hayan quedado todas las amigas.

¿Cómo estará Jimena?

No puedo dejar de pensar en ella, por más que quiero, no puedo.

La quiero.

A las 20.00 llego a casa de Leo, llamo al portero y subo. Cuando entro en casa, él me está esperando con una cara que parece más un poema, le pregunto si pasa algo y rápido me dice que no.

Entramos dentro y, al pasar al salón, veo a Jimena sentada con Carla y con Iratxe.

Jimena se queda mirándome con cara de sorpresa y yo me paro en la puerta sin saber qué hacer.

Saludo a todas en general, pero mi mirada está puesta en Jimena.

Ella me saluda y también se queda mirándome como si hubiera visto a un fantasma. No lo habíamos pensado ninguno de los dos, pero esto podía haber pasado mucho antes.

Cuando reacciono, me acerco a ella y le pregunto cómo está.

—Bien —me dice.

Su cara me contesta otra cosa, aunque para mí está preciosa. ¿Por qué todo esto si ella está pasándolo mal también? No entiendo nada.

Se levanta y dice que se tiene que ir.

Yo le digo que si es por mí, me voy yo.

—No, para nada, es que ya me tenía que haber ido. Tengo cosas que hacer.

—Ahh —le digo.

Y se despide de todos con un adiós.

26

No podía creerme lo que estaba viendo. Arturo en la puerta del salón de Carla, allí plantado, tan guapo como siempre, aunque algo cansado se le veía. No he sabido reaccionar muy bien, parecía que había visto un fantasma y, sin embargo, estaba viendo al hombre que tantas noches se mete en mis sueños.

He salido, como quien dice, corriendo, no podía estar en la misma sala que él.

Carla e Iratxe fueron detrás de mí preocupadas.

—Jimena —me dice Carla—, no te vayas.

—Sí, Carla, no puedo estar aquí junto a él. Mañana hablamos, ¿vale? Me voy, chicas.

Después de tantos meses sin verle...

Cuando he llegado a casa me he hartado a llorar, no puedo soportar el dolor que me produce. Podía haber sido todo tan bonito... Cuando estoy quitándome la ropa, suena el móvil. Salgo corriendo a por él y veo que es Arturo.

Quiero cogerlo, pero no puedo, es empezar de nuevo.

Pero el verle me hace flojear y lo descuelgo.

—¿Sí? —digo.

—Hola, Jimena, gracias por coger el teléfono —me dice.

—No debería haberlo cogido, Arturo —le digo.

—Jimena, ¿cómo estás? —me pregunta.

—Estoy —le digo.

—Déjame verte —dice.

—No, Arturo, es mejor que no nos veamos, mira lo que está pasando ahora por habernos visto antes —le digo.

—¿Qué está pasando?, —me pregunta.

—Pues que estamos hablando cuando no deberíamos, no sé a ti, pero a mí esto me hace daño —le digo.

—A mí me hace daño no verte, no poder hablarte, no poder disfrutar de estar junto a ti —dice Arturo.

—Créeme, es mejor así.

—No, Jimena, no es mejor así, tú no estás bien y yo tampoco. ¿Por qué pasar por esto cuando podemos hablar y arreglar las cosas? ¿No te parece? —me pregunta.

—No —le digo. Y no puedo más y me pongo a llorar.

Él se desquicia de hablarme y no sacar nada en claro, pero es que no puedo más y no puedo ni hablar casi y como puedo le digo que tengo que dejarle.

—No, por favor, Jimena, no me cuelgues —me dice.

—Adiós.

Me vuelve a llamar, pero ya no se lo cojo, aunque hubiera querido no hubiera podido hablar. Estoy llorando como una niña, no puedo evitarlo. Al ver que no le cojo el teléfono, me manda un wasap.

—Jimena, déjame verte.

No le contesto.

Al día siguiente me llama Carla.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —me pregunta.

—Mal, Carla, estoy mal, otra noche horrible, llorando, sin dormir, mi vida últimamente es esa —le digo.

—Arturo se fue al rato, no quiso quedarse, le dejaste trastocado y quiso irse —me dice.

—Me llamó anoche —le digo.

—¿Y se lo cogiste? —pregunta Carla.

—Sí, pero tuve que colgarle porque no podía ni hablar, me volvió a llamar pero no se lo cogí, entonces me mandó un wasap —le digo.

—¿Y qué te dijo? —me pregunta Carla.

—Que le dejara verme, pero no le contesté.

—Jimena, no quiero meterme otra vez, ya hemos hablado de este tema y decidimos no sacarlo más, pero ¿por qué no quedas con él y habláis?

—Porque no voy a poder soportarlo, Carla.

—No seas tonta, Jimena, llámale y queda con él.

—Ya veré, Carla.
—Como quieras, cariño —me dice.
—Tengo que dejarte, saluda a Leo de mi parte —le digo.
—Se lo digo, cuídate, cariño —me dice Carla.
—Gracias, igual, besos —le digo.

Desde el día que nos vimos, Arturo me manda de vez en cuando un mensaje, siempre preguntando cómo estoy y que si nos podemos ver. Yo no le contesto, ganas tengo, pero tengo que ser fuerte y pasar por esto. Prefiero que sea ahora que más adelante, porque volvería a pasar, lo sé. Mis amigas me dicen que esto se me ha ido de madre, puede ser, pero es lo que yo pienso.

Mañana es Nochebuena, me voy al pueblo a pasar allí la noche y la comida de Navidad con mis padres, mis tíos y primos. Hubiera preferido no ir, pero mis padres no se merecen esto. Así es que haré de tripas corazón y estaré toda eufórica para que ellos no sufran, aunque sea imposible engañar a las matriarcas, ellas lo saben todo.

Hemos quedado esta tarde en el Akelarre las cinco maris, para despedirnos y desearnos una feliz Navidad. Con las chicas, entre comidas de empresa, unas, cenas, otras, ha sido imposible quedar antes. Yo no he ido este año a la nuestra del curro, no tenía ganas, bueno, realmente no tengo ganas de nada, pero a las maris no puedo decirles que no voy, para qué queremos más, se presentarían en mi casa y volverían a la misma retahíla de siempre. Así que allí estaré.

Hago un poco la casa y pongo la lavadora para que mañana, cuando me vaya, no tenga nada pendiente. Me ducho, me visto y me voy a comprarles unos regalos a todos, ya los tenía que tener hasta envueltos, pero no he podido, el cuerpo no me responde, nada más que para trabajar, una vez que salgo, tengo plomo en el cuerpo.

Me voy a una juguetería a comprar para mis primitos, por lo menos me ha sido fácil decidirme y cuando salgo de la tienda bien cargada y distraída, me choco con una persona.

—Perdón —digo.
—Cuidado, Jimena —me dicen.

Levanto la cabeza y veo que es Arturo. Me pongo como un tomate, no sé qué decir.

—Cuántos regalos, ¿te vas al pueblo? —me pregunta.

—Sí —le contesto.

—¿Todas las fiestas? —insiste.

—No, me vuelvo en Navidad después de comer —le digo.

—¿Quieres que nos tomemos un café? —me pregunta.

—No, Arturo, gracias —le digo.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Es mejor que lo dejemos así, nos vamos a hacer daño —le digo.

—A mí esto es lo que me hace daño, Jimena, vamos a sentarnos en esa cafetería, por favor —me dice.

—Está bien —le digo.

Cuando pedimos dos cafés con leche y el camarero se va, Arturo me mira fijamente y me dice:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué todo esto, Jimena?

—Arturo, este no es sitio para hablar de esto —le digo.

—Entonces busquemos el sitio, pero yo necesito hablar contigo. Te necesito a ti, Jimena, y no puedo comunicarme, no puedo ir a tu casa ni a tu trabajo, me tienes apartado y esto me está matando —me dice.

—Arturo, deja que pasen estos días, cuando vuelva del pueblo, si estoy en condiciones de hablar, te llamo y quedamos —le digo.

—No lo vas a hacer, lo sé —me dice. Llevo más de cinco meses esperando que me llames o a que contestes a un mensaje mío.

Qué guapo es, madre mía, me gusta todo de él, cómo me mira, cómo me habla. ¿Lo estoy haciendo mal?

Tanto mis amigas como mi madre y mi tía insisten en que sí, en que lo estoy haciendo mal.

Puede ser.

Nos tomamos el café y cuando le digo que me tengo que ir me agarra de la mano y me la besa. «No hagas eso, Arturo», pienso.

Entonces él me pregunta:

—¿Vamos a poder vernos después de Navidad?

—Déjame pensarlo, ¿vale? —le digo.

A él mi respuesta no le hace ninguna gracia, pero también ve que no tiene más opciones, tiene que esperar a ver qué hago.

—Bueno, pues espero que me llames, es más, si no me llamas, lo haré yo.

Asiento con la cabeza y me levanto.

—Tengo que irme —le digo.

Él se levanta y se acerca a mí a darme dos besos y a desearme una bonita noche junto a los míos.

Yo le digo que también lo pase bien en compañía de toda su familia.

Él me dice:

—No puede ser, porque me faltas tú.

Le miro y como veo que en cualquier momento voy a echarme a llorar, agacho la cabeza, le digo adiós y me voy, dejándole allí.

Solo.

Me preparo la maleta en el momento, total, llevo ropa para dos días, y cuando me dispongo a salir de casa me suena un mensaje.

Arturo: «Nos vemos después de Navidad. Saluda a tu familia, disfruta y vuelve, que te estoy esperando. Te quiero».

Madre mía, me siento en el sillón, esto me trastoca. Se me caen las lágrimas, qué diferente hubieran sido estas navidades si no hubiera pasado todo esto.

No sé si contestarle, no debería, pero lo veo tan tierno que me da pena. Así es que le doy a contestar.

«Gracias, tú también pásalo bien». Lo envío. Sé que es seco el mensaje, pero no quiero darle alas, no sé qué voy a hacer aún, si hablaré o no con él.

Al otro lado del teléfono, Arturo ve el mensaje. «No dice mucho, pero por lo menos me ha contestado, es un paso. Esperaré al siguiente, Jimena. Tienes que volver a mí. Te necesito», piensa.

Cuando llego a casa, está mi madre con unas vecinas en la puerta, todo son saludos y besos. Me meto en casa y me subo a mi habitación, voy a sacar la ropa de la maleta y a darme una ducha. Cuando bajo, mi madre está haciendo la comida y me siento con ella a verla, siempre me ha gustado observar a mi madre haciendo la comida, es muy buena cocinera. Hablamos de todo un poco. Le pregunto quiénes vienen a cenar esta noche y qué vamos a cenar. Me cuenta todo y me pregunta si sé algo de Arturo.

—Sí, le vi el otro día —le digo como si fuera de lo más normal.

Mi madre alza una ceja y me pregunta:

—¿Y qué tal está?

—Bien —le digo, como si yo lo supiera todo de él.

Extrañamente, mi madre no vuelve a decir nada de él.

—Voy a por los regalos, que los he dejado en el coche —le digo a mi madre. Cuando salgo al coche, veo que mi tía viene.

—¿Dónde vas sin regalos, hija mía? —me dice mi tía.

Se acerca, me abraza, me besa y le digo:

—Es que esta familia es cada vez más grande, tía.

—Es verdad, cariño. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien, tía, estoy mejor.

—Déjame que te ayude. —Y me quita de las manos una bolsa que parece más bien el saco de Papá Noel. Entramos juntas y deja la bolsa en el pasillo, va derecha a la cocina.

—¿Qué tal, hermana? —le pregunta, y le da un beso.

—Bien, aquí liada con la comida, ¿y tú? ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Vengo a traerte esto para esta noche, que si no Jesús empieza a gruñir, siempre tenemos que ir cargados, si no es porque llevas es porque te traes. Y no tengo ganas de oírle.

—¿Has visto a Jimena? —le pregunta mi madre.

—Sí, ya la he visto, ha subido a dejar el cargamento de regalos que trae, madre mía esta chica, siempre igual con los regalos —dice mi tía.

—Ya sabes que a ella eso de ir de compras la encanta, y le gusta tener siempre un detalle para cada uno.

—Sí, lo sé —dice mi tía.

—Bueno, me voy, que tengo que seguir con la faena, hasta esta noche, hermana.

—Hasta luego —dice mi madre.

A las nueve estamos todos alrededor de la mesa, eso también es una tradición, ocho y media en casa, todos y como muy tarde. Madre mía, la mesa está repleta de gente y de comida, qué exageradas estas matriarcas, que no falte de nada, es su lema.

Pasamos una bonita noche, los niños se han portado genial, cuando terminamos de cenar, entre mis primas y yo recogimos todo y lo dejamos como si no hubiera pasado nada, una vez todo arreglado, saco los regalos para todos, a los niños les han gustado los suyos, y a los mayores también, todos los que me han regalado a mí me encantan, ya dados todos los regalos nos sentamos todos y decidimos jugar a las cartas. Cuando se van, son las cuatro

de la mañana. Quedamos en vernos mañana con mis tíos, que vienen a comer, pero mis primas se van con sus suegros.

Cuando me acuesto, estoy un poco «pedete», pero el ambiente lo requería, risas, cartas, ganar, perder, bueno, lo importante es que lo hemos pasado muy bien, cuando voy a cargar el móvil, veo que tengo un mensaje de Arturo, me lo ha mandado a las diez, pero con la norma de la mamá de no usar el móvil en la mesa, ni siquiera lo bajé. Lo leo.

«Feliz Navidad. Te quiero».

Sonrío.

¿Estoy sonriendo?, es la primera vez que lo hago tras leer un mensaje de Arturo.

Me doy media vuelta en la cama.

Mañana será otro día.

Hemos pasado la comida de Navidad más tranquila, pero hemos estado bien. Parece que estoy un poco mejor. Después de comer hago la minimaleta y me dispongo a irme. Bajo y veo a mis padres y a mis tíos hablando en el salón, qué bien se llevan, cómo me gusta verlos juntos.

Los amo.

Entro y les digo que me voy, me acompañan al coche, me despido de todos y les digo que ya les llamaré después de las uvas para desearles lo mejor. Besos y más besos. Me monto en el coche y empiezo el camino a casa. Me siento bien, mi gente me hace sentirme bien, no sé muy bien cuál va a ser el siguiente paso que voy a dar. Cuando me paro a mitad de camino, mando un mensaje a las maris.

«Feliz Navidad, chicas».

Le doy a enviar, ellas estarán liadas con su familia, ya lo verán luego. Se han portado conmigo estupendamente durante estos meses, y puedo decir que se lo he puesto muy difícil a todas, pero ahí han estado.

Cuando llego a casa, me doy una ducha y me pongo cómoda.

Pi, pi. WhatsApp.

Cojo el móvil y veo que es Arturo.

—Hola, ¿estás ya en Madrid?

Madre mía, qué hago, ¿le contesto o no? Decido que sí, que le voy a contestar.

—Sí, acabo de llegar —le contesto.
Estoy nerviosa.
—¿Qué tal lo has pasado? —me pregunta.
—Bien, ¿y tú?
—Bien, con la familia, pero echándote de menos —me dice.
«Madre mía, si tú supieras lo que yo te he echado de menos a ti», pienso.
Me pregunta por mis padres.
—Bien —le digo—, mi padre recuperado del todo y mamá como siempre.
Gracias.
—¿Has tenido buen viaje? —me pregunta.
—Sí, sin problemas.
—¿Vamos a poder quedar para hablar? —me pregunta.
—Dame tiempo, Arturo, déjame que piense y te digo algo.
—Está bien, tienes ese tiempo, pero llámame, por favor —me dice.
—Sí, no te preocupes, lo haré.
—Te quiero, Jimena —me dice.
Y tengo el valor suficiente para decirle:
—Y yo a ti, Arturo.

Hemos quedado en el Akelarre las cinco para darnos nuestros regalos de Papá Noel. Cuando llegamos estamos todas contentas, ellas me miran todo el rato, estoy más animada, pero no me dicen nada (de momento), pedimos de beber y hablamos de la cena con las familias, todas han estado felices junto a los suyos, Carla y Leo han repartido los días con los padres para coincidir con los hermanos. Me preguntan a mí y les digo que muy bien, con toda la familia, nos hartamos de comer, de beber y luego la típica partida de cartas.

—Te veo mucho mejor Jimena —me dice Sole.
—Lo estoy —le digo.
—¿Está asimilado o hay alguna novedad que no sabemos? —me dice Iratxe.
—Hay alguna novedad, sí —le digo.
—¿Y? —me dicen todas a la vez.
—¿Y qué? —les digo.
—Que nos cuentes —dice Sofía.
—No hay mucho que contar, me encontré con Arturo al salir de una juguetería y nos tomamos un café, desde entonces me manda algún mensaje que

otro y tenemos pendiente una conversación —les digo.

—¿Cuándo? —me pregunta Carla.

—No lo sé aún, he dado el primer paso, espero dar el segundo —les digo.

—Bueno, está bien, por lo menos no lo has descartado —dice Carla.

—Eso pienso yo —les digo.

Cuando nos hemos puesto al día de todo, nos despedimos, pasado mañana es Nochevieja, yo curro de noche, con lo cual no hago planes de nada, ellas sí van a salir después de las uvas. Quedamos en vernos el día 2 de enero para felicitarnos el Año Nuevo en persona.

Estos días Arturo me ha mandado mensajes y le he contestado. Siempre se despide con un «te quiero».

Me pregunta qué voy a hacer en Nochevieja. «Trabajar», le contesto.

Día 31.

Entro a las 22.00 a currar, espero que hoy no haya mucho jaleo, que todo sea muy *light*. Cuando dan las 00.00 nos tomamos las uvas deprisa y corriendo, nos besamos todos y a seguir currando. Arturo me manda un mensaje.

—Feliz Año Nuevo. Espero que sea nuestro año. Te quiero.

Sonrío.

Le contesto.

—Feliz año, Arturo, disfruta de la noche, ya que yo no puedo.

—Sin ti no hay disfrute —me dice.

No ha vuelto a decirme de quedar, me está dando el tiempo que le pedí, y eso me gusta. No deja de mensajearme, pero no me presiona. Estoy pensándolo aún, aunque creo que va a ser pronto.

—Tengo que dejarte. Chao.

—Chao —me dice.

Ha pasado la noche, llega la hora de irse a dormir. Nos felicitamos todos los que van viniendo y salgo para casa. Tengo ganas de meterme en la cama.

Tengo tres días por delante.

Cuando me levanto son más de las 16.00. Adiós comida de Año Nuevo. Llamo a casa de mis padres, les felicito el año.

Mi madre me pregunta qué tal estoy.

—Bien, recién levantada.

—¿Mucho trabajo? —me pregunta.

—No, hemos tenido una noche tranquila —le digo.

Hablamos un rato más y colgamos.

Mando un wasap a las maris.

—Chicas, feliz Año Nuevo. ¿Cómo lo habéis pasado?

Rápido me contestan.

—Bien, faltabas tú, nos lo hemos pasado genial. ¿Tú qué tal? —me pregunta Sole.

—Noche tranquila —le digo.

—Seguimos con la quedada de mañana, ¿no? —dice Carla.

—Por mí sí —le digo.

Todas las demás contestan con un sí.

—A las 20.00 —les digo.

—OK —contestan.

Me tumbo en el sillón, no tengo muchas ganas de hacer nada, pongo la tele. Tengo que prepararme algo de comer, pero no me apetece nada, así es que me planteo llamar al restaurante chino, que sé que está abierto en un día tan especial como hoy.

Cuando me traen la comida, tengo la mesa preparada ya, me dispongo a comer cuando me llaman al móvil. Me levanto a cogerlo y veo que es Arturo, es la primera vez que me llama.

Descuelgo y digo hola.

—Hola, Jimena, feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo, Arturo.

—¿Qué tal la noche, mucho curro? —me pregunta.

—No, ha sido una noche tranquila —le digo.

—¿Quieres que nos veamos? —me pregunta.

—¿Hoy? —pregunto.

—Sí, hoy, no puedo ni quiero esperar más —me dice.

—Está bien, ¿te parece bien venir a mi casa a las ocho?

—Sí —dice inmediatamente—, me parece perfecto.

—Hasta luego, entonces —le digo.

—Chao —me dice.

Me siento a disfrutar por primera vez, creo, de la comida. Son las 18.30 cuando termino, madre mía, vaya horas me han dado.

Me tumbo otra vez en el sillón hasta las 19.30 que me dé una ducha y me arregle un poco para la visita de Arturo. Me espera una tarde muy dura. Estoy mejor, pero sé que lo voy a pasar mal, todo sale.

Llaman al telefonillo.

—¿Sí? —pregunto.

—Soy Arturo —me dice.

Le abro la puerta del portal y le espero con la puerta abierta de casa. Cuando le veo que sale del ascensor, mi corazón late a mil por hora, estoy muy nerviosa. Cuando pasa y cierro, me abraza con tanta fuerza que mi fortaleza se viene abajo y me pongo a llorar.

Intenta tranquilizarme, pero no puedo parar, esto me está superando.

—¿Qué ha pasado Jimena? Cuéntame, por favor —me dice.

Me lleva al sillón y nos sentamos, él no me suelta, me tiene abrazada y me habla bajito junto a mi oído.

Cuando parece que estoy mejor, me incorporo, me seco las lágrimas y veo la cara que tiene de sufrimiento. Me recompongo lo que puedo y dando un suspiro decido que ha llegado el momento.

—Bueno, Arturo, voy a empezar por el principio. Déjame hablar primero y luego, si quieres, me contestas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —me dice.

—Bien, empiezo. ¿Te acuerdas cuando vinimos del pueblo, que habíamos quedado al día siguiente según salía de currar?

—Sí —me dice.

—Pues esa noche llegaba tarde y estabas esperando en el portal, por no hacerte esperar más, veo un aparcamiento y decido aparcar ahí. Por la mañana, cuando bajo a por el coche, veo que tengo un arañazo, me acerco y pone: «PUTA, ES MÍO».

Su cara es un poema, va a hablar, pero le paro con un gesto de la mano, se levanta del sillón, empieza a dar vueltas por el salón, muy nervioso.

—Déjame que siga, por favor, Arturo.

Asiente y sigo. Pero tiene una cara que...

—Lo de puta, pues vale, porque a saber quién lo ha puesto, pero lo de «es mío» me asusta, porque la lógica me dice que era por ti. Decido no contarte nada porque..., no sé, la verdad, a lo mejor es lo que tenía que haber hecho, pero no lo hice.

—Es lo que tenías que haber hecho, Jimena —me regaña—. Joder, esto se tenía que haber solucionado al momento.

—Bueno, no lo hice y ya está —le digo—. Sigo, luego decido pasar a verte a tu oficina y me encuentro con una tía subida en tu mesa, como si fuera lo más normal del mundo, y con un tonto por su parte que se ve a la legua. Encima, cuando le dices que se vaya, ella dice que si no nos vas a presentar y tú dices que no, se gira y me mira con una mirada de superioridad y de mala, eso no me gustó, Arturo, y encima tú no me dices nada de ella, como si lo normal fuera encontrarte encima de la mesa a una tía.

—Mal por mi parte —dice Arturo.

—Déjame que siga, por favor. Cuando me entero de que eres socio de una empresa, tú me notas al momento que algo pasa, te digo que nada, pero no era verdad. Yo tuve una relación con un director de una empresa muy conocida y todo lo mandé a la mierda porque era un engreído y se creía que tenía que aguantar todo lo que él quisiera, y enterarme de lo tuyo me echa para atrás, la verdad, pero decido seguir y justo veo lo de la oficina.

»Cuando bajé de allí, me paré en la cafetería de enfrente a tomarme un café y os vi que salíais juntos y tú la acompañabas a su coche. Bien, pues se para justo enfrente de mí y me lanza una mirada de zorra, qué ganas me dieron de decirle cuatro cosas, pero vale, no le digo nada. Pero el broche final para alejarme de ti me viene el día antes de irme a la playa con Sofía. Recibo en mi casa, ¿me entiendes?, en mi casa, un sobre.

Me levanto y voy a por las fotos, las saco y se la doy. Cuando él ve esas fotos, se enfurece y empieza a decir pestes.

Le digo que mire detrás y cuando las gira ve lo que pone. «Te dije que era mío».

—Esto ha pasado cualquier límite, tengo que llamar a Ariadna ahora mismo —dice.

—No —le digo.

—Jimena, escúchame, entre Ariadna y yo no hay nada, y nunca lo ha habido, la conozco desde hace muchos años, trabaja con nosotros, y sí, es verdad que

por ella estaríamos casados hace 15 años, pero nunca he querido saber nada de ella. También sé que puede llegar a ser mala persona cuando no consigue lo que quiere. Estando con Megan la tuve que parar los pies, si tú me lo hubieras contado, nos habríamos ahorrado el sufrimiento durante muchos meses. ¿Te puedes imaginar cómo lo he pasado? No, claro que no te lo puedes imaginar, porque me acusabas de algo que no ha pasado NUNCA. Me lo has hecho pasar muy mal, Jimena.

—Peor lo he pasado yo, Arturo, créeme.

—Ya tendré unas palabras con ella y, además, no la quiero en mi empresa, mañana mismo la despido, a una persona tan dañina no la quiero en mi equipo. De esta no se salva, ha excedido el límite —me dice—. Y sigue, ahora dime tú, Jimena, ¿hay alguna posibilidad de poder arreglar esto y estar juntos?, ¿de que esto sea una anécdota mala, muy mala? Dime que sí, por favor.

Me pongo a llorar de nuevo, me abraza y me besa y yo me dejo. Le necesito, necesito todo esto que me da y la forma en la que me lo da. En definitiva...

Le quiero.

Entre beso y beso él me dice:

—Te quiero, Jimena.

Yo le contesto:

—Y yo a ti, Arturo.

«¿Tenía que haberlo hecho antes?», me pregunto.

«Sí», me contesto.

Pero tenía que pasar por todo esto, así es la vida.

29

Han pasado nueve meses estupendos, mañana sábado voy a conocer a la familia de Arturo, tengo muchas ganas porque, por lo que él me cuenta, son gente maravillosa y me van a recibir con los brazos abiertos, de hecho, es que saben de mi existencia y están deseando conocerme.

Ariadna fue despedida al día siguiente, como me había dicho Arturo. Ella no daba crédito, pero sus socios estuvieron de acuerdo en que lo que había hecho estaba muy mal y en que no cabía en su empresa una persona así.

Arturo y yo estamos muy ilusionados y hacemos planes de vivir juntos muy pronto, nos apetece estar juntos. He viajado con él a Escocia, uno de mis destinos que tenía pendiente y, gracias a que él se lo conoce como la palma de su mano, he disfrutado del viaje más que si hubiera ido un mes.

Estamos felices.

Hemos pasado tres días en el pueblo con mis padres y Arturo es genial, mis padres están encantados con él, se deja querer y demuestra que quiere. Mis padres están estupendos.

Mi tía Luisa está perfecta, la operaron y todo bien. Así es que, qué más puedo pedir.

Mis chicas están estupendas, con sus trabajos y sus vidas, y Carla también junto a su marido, al que adora.

Todo marcha bien.

Me gusta.

30

Sábado.

Hoy voy de comida a casa de Arturo, hoy voy a conocer a todo su clan, estoy deseándolo, aunque también estoy algo nerviosa. Son muchos. Tengo preparado un conjunto muy mono que me compré el otro día junto a las chicas, que nos fuimos de compras, y este les encantó a las cuatro cómo me quedaba, así es que decidí que sería el modelito para conocer a su familia.

Cuando termino de arreglarme, me miro y me veo espectacular, «buena elección», pienso.

Llaman al telefonillo, pregunto y me dice Arturo:

—¿Bajas?

—Sí, ahora bajo —le digo. Cojo mis cosas y salgo de casa.

Antes de abrir la puerta del portal, suspiro y me digo: «Adelante».

Cuando salgo, veo a Arturo apoyado en un coche, va con traje y corbata, está guapísimo, me mira de arriba abajo y silba.

—Espectacular, Jimena —me dice. Me sonrojo.

—Gracias, tú también lo estás —le digo.

—He traído el coche, vamos, que lo tengo aparcado allí. —Me coge de la mano y nos dirigimos a él.

Vamos hablando por el camino, me pregunta si estoy nerviosa.

—Un poco —le digo.

—No te preocupes, ya verás como rápido se te pasa, en cuanto los veas.

Llegamos al garaje, nos bajamos y, cogidos de la mano, nos dirigimos al ascensor.

Sexta planta.

Arturo saca la llave y abre la puerta. No sé si les ha dicho que estén todos en el comedor, porque se escucha, pero no se ve a nadie. Entramos y cuando giramos me encuentro con una prole de gente, todos se giran y me miran.

«Ay, Dios», pienso.

—Familia —dice Arturo—, os presento a Jimena, mi chica.

Los primeros en venir son sus padres.

—Mis padres, Gabriel y Ati —me dice.

Me acerco a su madre y le doy dos besos.

—Encantada de conocerla, Ati —le digo.

—Igualmente, hija —me dice su madre—. Pero no nos llames de usted, por favor.

—Vale —le digo.

Luego me dirijo al padre, y hago lo mismo y le digo:

—Encantada de conocerte, Gabriel.

—Lo mismo, Jimena —me dice el padre.

Y hago lo mismo con todos.

Arturo me dice que me los va a presentar por matrimonios, así no dudo quién es de quién. Y nos echamos a reír todos.

—Perfecto —le digo. Y empieza el desfile.

—Este es Iñaky, mi hermano, su mujer, Alba, y mi sobrina Aitana, su hija.

—Encantada —les digo.

—Igualmente —me dicen ellos.

—Esta es Rosana, mi hermana, su marido, Pedro, y mis sobrinos, o sea, sus hijos, Javier y Andrea.

—Mucho gusto en conocerlos —les digo.

—El gusto es nuestro —me dice Rosana.

—Y María, también mi hermana, su marido, Luis, y mi sobrina, e hija suya, Lorena.

Les doy dos besos a cada uno y les digo que encantada de conocerlos.

María me dice que ya era hora de conocerme a mí.

Gabriel dice:

—Bueno, ya están hechas las presentaciones, vamos a tomarnos un vermú para celebrarlo.

Y cuando tenemos todos una bebida en la mano, Iñaky dice de brindar por Jimena, ya que se lleva a la joya de la casa, y todos nos empezamos a reír.

Muy buena impresión me he llevado con toda su familia, son supercercanos, me han hecho sentir muy bien, como si me conocieran de toda la vida, y las sobrinas son un encanto de personas, además de guapísimas, incluido Javier,

que, aunque más cortado, hemos estado hablando de festivales de música y me ha encantado, la verdad.

Sus hermanas también, unas locas, como yo, hemos hablado mucho y nos hemos reído un montón, tienen un carácter muy parecido al mío, incluso Iñaky, un cachondo también, junto con sus cuñados.

A Arturo se le veía feliz, ha estado superpendiente de mí, pero como ha visto que me integraba perfectamente con su gente, me ha dejado a mi aire.

De los padres qué voy a decir, gente noble y sencilla. Me gustan.

Hemos pasado un día perfecto y, además, les he dicho que tenemos un viaje que hay que organizar al pueblo de mis padres, para que se conozcan, quiero que se conozcan, y ninguno ha dudado en decir que sí. Hasta las chicas decían que para cuándo, que había que hacerlo ya.

Gabriel dice:

—Somos muchos, Jimena, ¿no será mejor que sean ellos los que vengan a Madrid?

—No, Gabriel, hay sitio para todos y lo vamos a pasar genial todos juntos allí.

—Pues no se hable más. ¿Cuándo nos vamos? —dice Gabriel.

Y empiezan a decir fechas.

—La semana que viene es el día del Pilar, si libramos todos, vamos, y así tenemos tres días para estar allí. ¿Te parece, Jimena? ¿O es muy precipitado? —me dice Iñaky.

—Me parece perfecto, si me decís que todos podéis, llamo a mis padres y lo organizamos en cero coma. Ellos están deseando conoceros a todos. Les va a encantar la idea, ya veréis qué bien lo vamos a pasar —les digo.

Y así se hizo, se quedó en que el día 11 a las 9.00 salíamos todos para el pueblo.

Bonito día.

Feliz.

31

Llamo a casa para contarles a mis padres cómo ha salido todo y decirles que preparen la casa, que vamos todos la semana que viene.

Mi madre encantada, le gusta mucho tener gente a su vera, es muy anfitriona ella.

Me pregunta por todos, cómo lo pasamos, si son majos y si me han acogido bien.

—Fenomenal, mamá, de verdad, ya lo vas a ver, son gente estupenda, me han encantado y sé que a ti también te van a gustar.

Pregunto por papá y me dice que todo bien. Nos despedimos mandándonos muchos besos y hasta la semana que viene.

Está emocionada, lo sé.

He quedado con Arturo después de salir de trabajar, nos vamos a ir a cenar a casa de su hermana Rosana, nos ha pedido que vayamos, aunque sea tarde.

Me recoge en casa y nos vamos. Allí están todos menos sus padres. Cenamos unas *pizzas* y nos reímos un montón, son unos cachondos todos. Además, que los jóvenes entran al trapo también, estamos todos alrededor de la mesa y nos lo pasamos divinamente.

Me encantan.

Quedamos en vernos el día del viaje, las niñas, bueno, niñas, las chicas me dicen si allí hará frío.

Un poco más que aquí, pero por la noche, como dice mi madre, una rebequita. Y se ríen.

—Vamos, como la abuela, que siempre está con que vamos muy frescas — dice Lorena.

—Cierto —dicen Aitana y Andrea.

Nos despedimos hasta el jueves.

Madre mía, la que tenemos liada en la calle de los padres de Arturo, todos con sus coches en doble fila esperando a los padres, se vienen con nosotros, ya que somos solo dos e irán más cómodos, aunque todos tienen unos cochazos, pero llevan niños y nosotros no.

Cuando bajan, Iñaky los vitorea y se echan a reír, «qué tonto eres», le dice la madre.

Colocamos la bolsa de viaje y nos metemos en el coche, Arturo y Gabriel van delante, Ati y yo detrás.

Y comienza el viaje a mi pueblo querido.

Paramos a mitad de camino, es mi tradición, podríamos ir del tirón, porque no se tarda mucho, pero a mí me gusta parar, mi padre siempre paraba cuando nos íbamos a pasar el verano allí, y así lo sigo haciendo yo.

Nos tomamos unos refrescos y nos echamos unas risas, me gusta esta familia, siempre está alegre.

Terminamos y nos montamos en el coche, vamos hablando los cuatro todo el rato, y en un rato entramos en el pueblo.

Villarrín de Campos.

Mi pueblo.

Nos dirigimos a casa de mi madre, ella tiene que estar como loca por que lleguemos, es que me la imagino. Cuando aparcamos en la puerta, sale, y detrás mi padre, qué majos son.

Nos bajamos todos de los coches y cuando les voy a decir que mejor entramos dentro para las presentaciones, veo que la madre de Arturo va directamente a mi madre y se dan dos besos, así es que allí mismo empieza un desfile de besos e incluso abrazos que me emociona y todo.

Una vez hechas las presentaciones, sacamos las maletas y nos metemos en casa. Mi madre ya tiene hecho el reparto, cuánto habrá disfrutado esta semana, todo esto le encanta. Va a disfrutar de lo lindo, lo sé.

Una vez instalados todos, bajamos y salimos al jardín a tomarnos un tentempié, hoy vamos a comer paella, que tan rica le sale a mi madre.

Nuestras madres han hecho buenas migas, ahí están las dos como si se conocieran de toda la vida, han tomado las riendas de esta familia tan numerosa y están felices.

Dice mi padre que luego van a venir mis tíos a tomar café, que no se querían perder esta ocasión para conocer a la familia. «Perfecto», decimos todos.

Nos ponemos todos alrededor de la mesa y empezamos a degustar ese

pedazo de paella que han hecho las madres, son únicas las dos. La comida estaba buenísima y la sobremesa ha estado genial, hemos tenido de todo, chistes, anécdotas, cantos, jo, esta familia es la leche. Arturo está feliz y yo también.

Cuando vienen mis tíos, los presentamos a todos y otra madre más que se une al clan de las anfitrionas, vaya tres, mi tía Luisa siempre está es los momentos buenos, pero también en los malos. Siempre ahí. La quiero.

Y cuando recogemos ya lo del café, Arturo entra y, cuando sale, se acerca a mí y saca delante de todos una cajita, la abre y me dice:

—¿Quieres casarte conmigo?

Mis ojos no dan más de sí, no sé qué decir, no sé qué hacer, me acabo de quedar sin palabras.

Le miro, miro a mis padres, que están expectantes, vuelvo a mirar a Arturo y grito:

—Sííí.

Todos aplauden, silban, se ríen.

No doy crédito a lo que está pasando, la verdad. No puedo creerlo.

Estoy en una nube y no quiero bajarme.

Me abalanzo sobre Arturo y nos besamos.

Andrea dice:

—¿Y para cuándo la boda?, porque tenemos que comprarnos los mejores vestidos para esta ocasión.

Aitana, que está de acuerdo con Andrea, dice:

—Por favor, que no sea en invierno, que no nos lucimos igual.

Y todos nos echamos a reír.

—Claro, claro —dice Lorena—, tiene que ser que podamos ir sin abrigo, por favor.

A lo que Javier dice:

—¡Cómo no van a organizar ellas la boda, sería un sacrilegio que no tuvierais en cuenta sus opiniones!

Y las chicas se lanzan a por él.

Las anfitrionas ya están organizando el tema también, madre mía, de aquí salgo hasta con el vestido hecho, pienso, y sonrío de ver a todos tan felices.

Todo a su debido tiempo.

32

Hemos quedado con las maris y Leo en el Akelarre. Vamos a darles la noticia, no he querido decírselo por teléfono, tenía que verles las caras, es una noticia muy importante para mí.

Arturo y yo hemos estado mirando fechas y hemos decidido que sea en mayo, una fecha en la que normalmente hace buen tiempo, por lo menos que no nos llueva para disfrutar mejor del día y para que las niñas también luzcan sus vestidos. Bueno, les digo niñas, pero son unas tiarronas las tres.

Cuando vienen las chicas y estamos ya todos acoplados, les digo:

—Bueno a ver como os lo digo, no sé. —Miro a todas y tienen una cara las cuatro de no saber por dónde les va a venir, y cuando el suspense ya pesa, les salto—: ME CASOOO.

La cara de todas es de incredulidad, no se lo pueden creer.

—Pero ¿cómo no nos has dicho nada? —dice Iratxe.

—Os lo estoy diciendo ahora, Arturo me lo pidió en el pueblo cuando estuvimos con su familia en el puente del Pilar.

Se levantan todas y me abrazan, me besan.

Leo se abraza a Arturo y viene a darme a mí la enhorabuena.

—Gracias Leo —le digo.

—Te llevas una joya, Jimena —me dice Leo.

—Lo sé —le digo.

Y me giro y le planto un beso a mi chico.

—¿Para cuándo es el bodorrio? —me pregunta Sole.

—Queremos para mayo, iremos la semana que viene a ver si hay fechas.

—Joder, Jimena, eso es ya mismo —me dice Sofía.

—Quedan unos meses aún, tenemos tiempo de sobra.

—Bueno, bueno —dice Carla. Ahora te toca a ti. ¿Tienes pensado como va a ser el vestido?

—Más o menos tengo una idea, pero después de todo lo que pasamos contigo, no sé si será la correcta —le digo.

Y nos reímos, porque con Carla fue tremendo, cuántos vestidos no se probaría y ninguno le llenaba, si no era por una cosa, era por otra. Pero el resultado fue maravilloso, porque era una novia guapísima ese día.

—Pues entonces nos tendremos que poner manos a la obra, chicas, tanto para Jimena como para nosotras —dice Iratxe.

—Empieza el desfile —dice Sole.

—Que empiece —dice Carla.

Son maravillosas.

33

Hemos ido a la iglesia para ver qué fechas hay disponibles y al final nos hemos decidido por el 15 de mayo, que además es San Isidro, una fiesta muy castiza de Madrid y que nos encanta a todos.

Luego hemos buscado un restaurante, encontrarlo nos ha costado más de lo que esperábamos, pero ya está hecho. Hemos alquilado una finca para dos días que tiene de todo para celebrar el banquete y que, además, nos permite pasar allí la noche. Y como no quiero que nadie coja el coche después, pues nos quedamos a dormir. Esto va a ser la caña, lo sé.

Llevamos mirando vestido de novia una temporadita, tengo tres apartados, pero no me decido, voy a irme con las maris, las hermanas de Arturo, su madre, mi madre y las niñas para que me vean y me ayuden a elegir.

Mis padres vienen hoy para ayudarme a mí con el vestido y elegir el de mi madre, que está entusiasmada, cuando llaman a la puerta y veo que también se han apuntado mis tíos.

—Pero bueno, ¿qué hacéis vosotros por aquí? —les pregunto.

Mi tía Luisa me dice:

—Es que yo también me voy a comprar el vestido, además, no podía perderme verte en la prueba.

—Me alegro de que hayáis venido, tía, además no es la prueba, es elegirlo, ya que no sé cuál de ellos coger, los tres son geniales. Tengo que llamar a Arturo un momento para decirle que somos dos más, tiene mesa reservada para cenar todos esta noche.

—Estupendo —dice mi madre.

Hablo con Arturo y le digo que somos dos más, que han venido mis tíos, que no venga a buscarnos, que voy yo con ellos.

—Me alegro de que estén aquí tus tíos —me dice.

Quedamos a una hora en el restaurante y nos decimos lo que nos queremos.

—Hasta luego, vida —le digo.

—Chao, cariño —me dice.

Cuando nos juntamos todos en el restaurante, ya casi lo hemos llenado, somos un montón.

Cómo me gusta todo esto. Qué familia tan grande tengo ahora. Esos niños que son encantadores conmigo y me tienen como una más, porque sus hermanos es más normal, pero que los chicos, que ya son mayores, estén tan pendientes de mí, me emociona.

Pasamos una noche preciosa, cenamos, hablamos de todo el tema boda, de la fiesta que vamos a preparar en la finca, tanto el día de la boda como al día siguiente. Les ha gustado a todos eso de estar todos un día más en el jaleo, cómo nos gusta una fiesta.

A todos.

Al día siguiente, hemos quedado para ir a ver los vestidos de novia. Cuando estamos todas en el punto donde hemos quedado, nos dirigimos a la tienda.

—Ya la fachada me encanta —dice mi tía.

—Es verdad —dice mi madre.

Una vez dentro, me meten para dentro y me ponen el primer vestido. Cuando salgo, todos están expectantes y un ¡ohh! sale de sus bocas, mi madre se emociona.

—Qué guapa, hija.

—Sí que lo está —dice la madre de Arturo.

Todas están de acuerdo, este vestido es precioso y realza más mi figura, me dicen.

Cuando salgo con el segundo vestido, también les gusta, pero no tanto como el primero.

Y con el tercero pasa lo mismo que con el segundo, es muy bonito, pero no dice tanto como el primero.

Una vez hablado todas, decido que mi vestido de novia es el número uno. Todas aplauden, «buena elección», me dicen todas.

—Estás preciosa, hija, con ese vestido —me dice mi madre, y me da un beso.

La abrazo y le digo:

—Gracias, mamá.

Una vez que yo ya he terminado con lo mío, empieza la búsqueda de vestidos para las demás. Empiezan a probarse unas y otras. Tenemos a las de la tienda locas, pero al final todas tienen encargados sus vestidos, tocados, carteras y demás. Menos los tocados de las niñas y el mío, que de eso se encarga mi tía Luisa, que tiene unas manos que *pa* qué.

Las maris han triunfado en la tienda, las niñas ni te cuento, van a ir espectaculares, y las madres también, muy guapas.

Ya veréis.

Cuando salimos de la tienda, nos vamos a merendar a una cafetería, tenemos que coger fuerzas, ya que las hemos gastado con tanto probarse. Vamos todas contentas con nuestras compras.

Muy importante.

34

Arturo me dice de comprar un piso e irnos después de la boda allí.

—¿Qué te parece?

—Me da pena mi casa, Arturo. ¿Por qué no vivimos de momento en ella? Y si luego vemos que nos viene mejor otra cosa, pues miramos.

—Me parece bien, tu casa es grande y, además, muy céntrica —me dice.

—¿Dónde te gustaría ir de luna de miel? —me pregunta.

—Me gustaría ir a Nueva York, es otro viaje pendiente que tengo —le digo. Al final todos los pendientes los voy a hacer contigo.

—Ya has visto que soy muy buen guía —me dice.

—Sí, desde luego, doy fe.

—¿Qué te parece si hacemos la ruta 66 y cuando lleguemos a Chicago cogemos un vuelo hacia Nueva York? —me pregunta.

—No puedo, Arturo, no tengo tantos días —le digo.

—Bien, pues voy a organizar el viaje, ¿de acuerdo? —me dice.

—Me parece perfecto, porque yo estoy muy liada. —Pongo cara de ñoña.

—Mañana mismo me pongo manos a la obra con ello, y ¿no hay que ir a la finca para que elijas el menaje, mesas y demás? —me pregunta.

—Sí, tenemos que ir la semana que viene, ya quedé con el Sr. Antonio para el miércoles a las 12.00, ¿podrás venir, no? —le pregunto.

—Por supuesto, ese día te recojo a las 11.00 y nos vamos a la finca, ¿vale, Jimena?

—Perfecto —le digo.

Cuando llegamos a la finca, el Sr. Antonio nos muestra otra vez el salón donde va a ser la celebración y empezamos a elegir las mesas, las preferimos redondas, elegimos el mantel y el cubremantel, la vajilla, las copas, los

cubiertos, las flores que irán adornando todas las mesas, todo se elige en estos tiempos.

Va a quedar precioso, me lo estoy imaginando y me encanta.

Una vez hecho esto, nos volvemos para Madrid y Arturo me lleva directamente a un restaurante a comer. Hablamos de la familia, de la ilusión que tienen todos en esta boda.

Le digo a Arturo que las maris me están preparando la despedida.

—Miedo me dan —me dice.

—No las temas, mejor huyeee. —Nos reímos.

Cuando terminamos de comer me dice si me importa pasar por casa de sus padres, tiene algo que enseñarme. Nos vamos y cuando llego están allí sus hermanas, Rosana y María. Nos saludamos y me preguntan por el restaurante.

—De allí venimos —le digo. Hemos elegido todo ya, y ya veréis, va a quedar precioso.

Ati, la madre de Arturo, me pregunta por mis padres y mis tíos.

—Bien, Ati, están muy bien, la verdad.

Sale Arturo de su cuarto con un libro gordísimo de viajes y me abre el libro por la página de Nueva York.

Me pongo a brincar, mi sueño lo tengo delante.

—Me encanta, me encanta, —digo eufórica—, precioso.

Y Arturo, riéndose, me dice:

—Pero si no has visto el hotel.

—Ya, pero sé que me va a gustar, ¿es este?, me encanta.

Parezco una niña con zapatos nuevos.

Las hermanas y la madre de Arturo se parten de la risa.

Arturo me explica que ha cogido excursiones para ver todo lo posible, pero que también hay algún día y algún rato libre para hacer lo que queramos. Tiene ya todo preparado. Que ilusión me hace. Qué ganas tengo de que llegue. Qué ganas de todo.

Nos vamos para mi casa, vamos a refrescarnos y nos quedaremos en casa a cenar, porque yo entro de mañana y con todo el ajetreo que tengo no estoy descansando lo suficiente.

Cuando llegamos nos vamos directos a preparar la ducha, una vez dentro Arturo se entretiene con mis pechos, me giro, nos besamos con pasión, empieza a bajar su boca por mi cuello y me agarra entre los dientes el pezón, me excita, mientras le agarro su miembro y empiezo a subirlo y bajarlo muy

despacio, nos comemos la boca y Arturo me coge y me penetra de golpe, nos movemos como podemos, queremos más, estamos ansiosos uno del otro y sin previo aviso sale de la ducha, aún dentro de mí, y me lleva a la habitación, nos tumbamos y nos movemos uno al ritmo del otro, hasta que nos llega el éxtasis y gritamos de placer.

Esperamos un poco para recomponernos, nos levantamos y nos vamos a la ducha, ahora sí nos duchamos. Cuando nos hemos vestido, decidimos salir a la terraza a picar algo de cena.

Mañana será otro día.

35

Esta noche es la despedida de soltera. Estoy a una semana de la boda y ya estoy de los nervios. Las maris se han encargado de prepararlo todo. Ya les avisé de que tuvieran cuidado con lo que tenían pensado hacer, que van las niñas también.

Hemos quedado todas en mi casa, somos unas pocas, al final vienen:

- Sofía.
- Iratxe.
- Carla.
- Sole.
- Rosana.
- María.
- Alba.
- Aitana.
- Lorena.
- Andrea.
- Ana.
- Lucía.
- Guadalupe.
- Carmen.
- Anabel.

Tiene todo muy buena pinta, menudo cartel.

Vamos a cenar a un restaurante muy chulo que lleva poco tiempo abierto, es grande y es lo que necesitamos, espacio. La cena está resultando ser un éxito, los camareros un encanto, la comida exquisita y las risas que nos estamos pasando no tienen precio.

Cuando salimos de cenar ya es tarde y nos vamos a un *pub* al que nos gusta mucho ir a nosotras, donde se puede bailar y también hablar.

Está siendo una noche genial.

A las 5.00 decidimos que ya es hora de marcharnos y cuando íbamos saliendo por la puerta, nos encontramos a Arturo con todo el grupo suyo de la despedida.

—¿Dónde van estos bombones? —dice Iñaky.

Todas nos echamos a reír.

—Nos íbamos ya a casa —le digo.

—De eso nada —dice Arturo—, vamos a tomarnos la última todos juntos.

—¿Qué decís, chicas? ¿nos quedamos? —les pregunto.

Las niñas dicen rápido que sí, normal, decimos todas, divina juventud.

Así es que al final nos quedamos con ellos a tomarnos la última. Nos dan las 7.00 de la mañana cuando íbamos Arturo y yo de la mano para entrar en el portal. Venimos contándonos la noche que ha tenido cada uno. Nos reímos.

Ha sido una noche maravillosa.

36

Y llegó el día.

Mi día.

Nerviosa.

Feliz.

Estamos en mi casa todos, y es literal, todos. Mis padres, amigas, tíos, primos, los niños de mis primos. Es una locura, pero me gusta.

En la habitación donde me estoy vistiendo solo están mi madre, mi tía Luisa y mis amigas. Son unas cachondas, mi madre y mi tía se lo están pasando genial. Cómo me gusta verlas reírse, qué sanas son las dos, cómo las quiero.

Mi tía Luisa ha sido la encargada de hacerme una tiara de flores en tono *beige*, como el vestido, me acaban de poner el vestido y me están dando los últimos retoques en la cara cuando saca la tiara y mis amigas se quedan con la boca abierta.

—Es preciosa, tía —le digo.

—Sí que lo es —dice Sole.

—Preciosa —comenta Iratxe.

—Estás guapísima —me dice Carla.

Sofía está emocionada.

Llaman a la puerta y entran mis niñas, qué guapísimas vienen, al final se decidieron por el rojo, mi color favorito, son mis damas de honor, las tres. Llevan un vestido de gasa que les sienta escandalosamente bien. Entonces mi tía se va hacia la cómoda y trae las tres tiaras que les ha hecho a ellas, en rojo y blanco.

Son divinas, las niñas y las tiaras, cómo les queda.

Cuando salgo de mi habitación están todos esperándome en el comedor y en la terraza (hace un día estupendo, por lo menos de eso no me tengo que

preocupar), todos sueltan una exclamación, «viva la novia», dice mi primo, y todos contestan «vivaaa».

—Estás preciosa, hija —dice mi padre.

Llevo un vestido en color *beige*, de corte imperio, con brocado en el cuerpo y mangas, hecho en seda. Los zapatos son forrados con la misma tela, un velo corto y la tiara de flores.

El coche que me va a llevar a la iglesia está abajo esperándome, así es que mi padre dice que empezemos a bajar, que somos muchos. Empieza el desfile y al final nos quedamos mi padre y yo solos.

—Hija, qué feliz te veo, te deseo con toda mi alma que así sea siempre, — me dice mi padre.

—Así será, papá, te lo prometo.

Nos abrazamos y salimos de casa.

Cuando salgo del portal, la calle está llena de gente, me aplauden, me dicen «guapa», «viva la novia», los saludo a todos con la mano y me monto en el coche.

Cuando llegamos a la iglesia están todos dentro menos mis damas de honor.

Nos paramos mi padre y yo en la puerta, ellas se colocan delante de mí y cuando suena la música entramos los dos tras ellas, despacio, hasta el altar.

Miro a Arturo, qué guapo está, nos sonreímos y llego a donde está él, mi padre suelta mi mano y se coloca a mi lado.

Mis niñas se ponen al otro lado, su tío está emocionado de verlas allí, tan guapas en su boda.

Nos miramos los dos y Arturo me dice bajito:

—Estás guapísima, Jimena.

—Y tú —le digo yo.

—En lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad...

—Sí, quiero —dice Arturo.

Y acto seguido digo yo:

—Sí, quiero.

—Os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia.

Aplauden.

Y Arturo me levanta el velo y nos besamos.

Están todos emocionados, nosotros estamos felices.

Tenemos a toda la gente que queremos allí con nosotros y nos acabamos de casar. Vamos a disfrutar de un buen banquete y de los dos días que nos quedan

de estar todos juntos.

Llegamos a la finca, allí es donde nos van a hacer las fotos con todos, así es que empieza el desfile.

Cuando entramos en el banquete nos quedamos impresionados de cómo ha quedado de bien, espectacular, diría. Comimos, nos reímos, me quitaron la liga entre mis chicas, mis niñas y mis nuevas cuñadas, a Arturo la corbata, brindamos con todos, estábamos disfrutando de lo lindo. Los padres de ambos, felices de ver lo bien que estaba saliendo todo y de vernos a nosotros disfrutar. Después nos fuimos a la discoteca y seguimos con la juerga hasta altas horas de la madrugada. Yo no quise quitarme el vestido, quería disfrutarlo hasta el último minuto, pero los zapatos sí, no podían más mis pies, tenía unas manoletinas del mismo color para esa ocasión. El ramo se lo lleva mi madre al pueblo para ponérselo a mi abuela Gala, la madre de mi madre.

Mis chicas lo están pasando en grande y, además, he observado que Sole y Javi, el socio de Arturo, llevan toda la noche hablando. Uy, uy, qué pasará ahí, cómo me gustaría oír de lo que hablan, ya me enteraré mañana.

Subimos Arturo y yo al escenario, él coge el micrófono y empieza a decir:

—Solo os puedo dar las gracias por querer compartir este día tan especial con nosotros. Estamos felices de teneros aquí, mañana sigue la fiesta, ahora nos tenemos que ir a descansar.

Se oyen silbidos y algún que otro, «sí, sí, a descansar».

—Silencio, por favor, —dice Arturo en broma—, no escandalicemos a nadie. Nosotros nos vamos y vosotros podéis seguir hasta que el cuerpo aguante. Hasta mañana.

Le quito el micrófono y les digo a todos que me han hecho muy feliz y que descansen esos cuerpos, que mañana hay más.

Besos a todos.

Y Arturo y yo abandonamos la discoteca y nos dirigimos a nuestra *suite*.

Lo que pasa allí es *top secret*, solo puedo decir que...

Gracias.

EPÍLOGO

Un año después.

—Venga, que es tarde, Arturo, al final cuando vayamos a por tus padres van a estar todos, ya verás —le digo.

—Que no, ya nos vamos. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, después de haber echado todo lo que tenía, ya estoy mejor.

Cuando llegamos a por los padres de Arturo, efectivamente, están todos esperando.

—Te lo dije —afirmo.

—No pasa nada, Jimena, ya salimos todos de tirón.

Y desfilamos para el pueblo, todos los hermanos, cuñados, sobrinos de Arturo. Las maris y Leo, claro, y para mi sorpresa también Javi, el socio de Arturo. La que vamos a liar allí, madre mía.

Mi madre está deseando que lleguemos, se le va a llenar la casa tres días, pero ella está encantada, al igual que mi padre. No querían que faltara ninguno.

Cuando llegamos al pueblo y me bajo del coche, un poco mareada, mi madre viene derecha a mí, «¿qué tal, hija, como estás?». Y me toca la minitripa que tengo.

Estoy embarazada de tres meses, pero lo estoy llevando un poco mal.

Nos acoplamos todos en la casa y bajamos a tomarnos un tentempié, me gusta ver a toda la familia y a los amigos reunidos y llevándose tan bien todos. La verdad es que he tenido mucha suerte de que Arturo no desistiera, le quiero con locura, mejor dicho, nos queremos, estamos felices y nos van bien las cosas. Que más puedo pedir. Ah, sí.

Salud.